

97  
48  
ON

19

OTOGRAFIA

A

LA SOMBRA

PQ7297

.G5548

F6

108679

M. I.

\$ 200

lta  
di-



1020006139



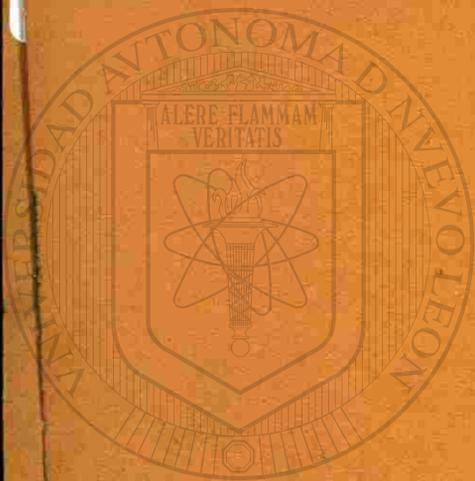
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



108679



FOTOGRAFÍAS A LA SOMBRA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ita  
di-

EDICION DEL "SIGLO XIX."

# FOTOGRAFIAS A LA SOMBRA.

RETRATOS EN SILUETA

DE LAS MUJERAS

## CARICATURAS SOCIALES

QUE NOS ESTORBAN EL PASO  
Y NOS SALEN AL ENCUENTRO POR TODAS PARTES

Escritas en prosa desaliñada y criticable.

POR

### DEMÓCRITO.



MEXICO.-1871.

Imprenta de Ignacio Cumplido. Calle de los Rebeldes número 2.

Ita  
di-

EDICION DEL "SIGLO XIX."

# FOTOGRAFIAS A LA SOMBRA.

RETRATOS EN SILUETA

DE LAS MUJERAS

## CARICATURAS SOCIALES

QUE NOS ESTORBAN EL PASO  
Y NOS SALEN AL ENCUENTRO POR TODAS PARTES

Escritas en prosa desaliñada y criticable.

POR

### DEMÓCRITO.



MEXICO.-1871.

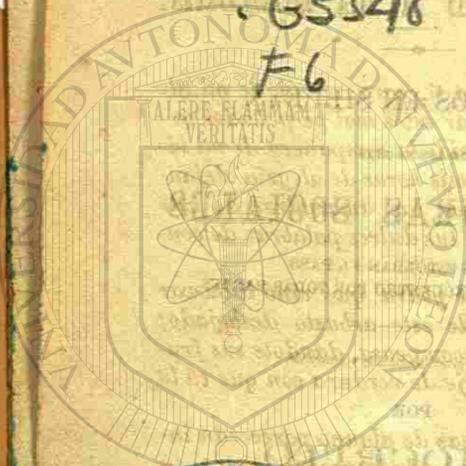
Imprenta de Ignacio Cumplido. Calle de los Rebeldes número 2.

Ita  
di-

PA7297

G5548

F6



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

## A GUADALUPE.

¿A quién sino á tí, cara mitad de mi alma, pudiera dedicar estos mal pergeñados artículos? Tú has sido la compañera de mi vida, y has doblado mis horas de alegría alejando de nuestro hogar las amarguras de este pícaro mundo, con tus dulces palabras de consuelo.

Tú eres la débil yedra que vino á buscar apoyo al arrimo de este arbusto deshojado; hoy este arbusto recompensa, dándote sus frutos, el florido ropaje de verdura con que tú le engalanaste.

Bien sé que á mas de alguno parecerán insípidos (y á fé que tendrán razon), pero si tú los aceptas con agrado, cuenta que mi alegría será completa y que procuraré corregirme, para que en lo sucesivo agraden á los demas, y pueda ofrecerte con los partos de mi magín, la aprobacion de los inteligentes.

DEMÓCRITO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

...que para el dibujo y la ejecución de los  
...en las universidades del arte de la  
...en las universidades por medio de los profesores  
...los trabajos de los profesores.  
...Pero es claro que una obra que me  
...armonía los datos, el desarrollo de los  
...ordenados para conseguir un objeto, y es  
...momento en que me  
...de un signo que sea el resultado de  
...una forma más clara que en cualquier  
...de la obra, y es el resultado de  
...de la obra, y es el resultado de

### ANTE SCRIPTUM.

Crean vdes., carísimos lectores, que no me  
haría maldita la gracia que se tachara de pre-  
tensioso el título del presente escrito; pues ni  
de chanzal he tenido la barbaridad—dispen-  
sándome el mal término—de creer que los bo-  
cetos que he trazado sean una copia fiel de los  
modelos que he procurado trasladar al papel.  
Deseando que ciertos tipos, que abundan  
por desgracia entre nosotros, no fueran á per-  
derse sin dejar memoria de su paso por la tier-  
ra de Moctezuma, me eché á buscar un medio  
de *fixar* su efigie, sin que me costara mucho  
trabajo conseguirlo, atendidas mi poquísimas

Ita  
di-

aptitud para el dibujo y la ignorancia absoluta en que me encontraba del arte de reproducir las imágenes por medio de los procedimientos fotográficos.

Pero cátense vdes. que una noche que me arrancaba los pelos, desesperado de ver mi impotencia para conseguir mi objeto, ví repentinamente que en la pared de mi cuarto se movía una figura negra que tenía exactamente mi misma forma; mas clare: ví que mi sombra, que se proyectaba en la pared, resolvía satisfactoriamente el árduo problema que me había propuesto hacia algun tiempo.

Si yo fuera griego, no les quepa á vdes. la menor duda de que en aquel instante hubiera exclamado:

—¡Eureka!

Pero soy mexicano mondo y lirondo, y..... no dije nada, sino que me levanté poco á poco (estaba sentado), con los ojos abiertos desmesuradamente, y me quedé contemplando de hito en hito aquella mágica silueta que me sacaba de apuros de una manera tan inesperada.

Después tomé un lápiz, y en menos que lo cuento, dejé convertida la pared en un verdadero mapa-mundi, á fuerza de copiar mi poco artística cabeza en todas las posiciones imaginables, colocando la vela en diversos puntos.

Algunas de aquellas copias no eran ciertamente un trasunto fiel del original; pero noté que su defecto consistía en abultar demasiado las irregularidades de mi fisonomía, cosa que me pareció muy á propósito para hacer resaltar los defectos de aquellas gentes á quienes pensaba aplicar mi procedimiento.

No teniendo, pues, nada que desear, esperé el día, y armado con los utensilios de mi nueva profesion, tomé la calle y me solté copian-do á mas y mejor, hasta formar la coleccion de retratos que hoy tengo el gusto de exponer al público.

He oido decir que la palabra *Fotografía* se compone de dos palabras griegas que significan, *luz* la una, y la otra una cosa parecida á *línea*, ó *raya*; así es que *traduje* de esta *traducción*, que á mi método muy bien podría dársele aquel nombre, por cuanto que la luz y las

rayas eran sus dos únicos componentes, ó bien las dos únicas cosas que intervenían en la ejecución de los retratos.

Hechas estas explicaciones, creo que nadie buscará en mis *oscuros cuadros* los detalles, el colorido, el modelado y demás requisitos que se exigen en una pintura, pues sería mucho pedir á un aficionado que solo ha querido presentar algunas *Fotografías á la sombra*.

## EL BAILE DE CONFIANZA.

CIERTA noche caminaba yo á la ventura por las calles de esta populosa ciudad, fastidiándome grandemente sin saber qué hacer de mi individuo, cuando al entrar al portal de Mercaderes oí detras de mí la marcha precipitada de varias personas, y por la ligereza de su paso conocí que pertenecían á la bella mitad del género humano.

Pensando en la mala situación del país, como diría un diputado descolado, no tuve humor de volver la cabeza para ver quienes eran las que venían, y seguí andando sumido en mis meditaciones; pero no habia avanzado mucho

rayas eran sus dos únicos componentes, ó bien las dos únicas cosas que intervenían en la ejecución de los retratos.

Hechas estas explicaciones, creo que nadie buscará en mis *oscuros cuadros* los detalles, el colorido, el modelado y demás requisitos que se exigen en una pintura, pues sería mucho pedir á un aficionado que solo ha querido presentar algunas *Fotografías á la sombra*.

## EL BAILE DE CONFIANZA.

CIERTA noche caminaba yo á la ventura por las calles de esta populosa ciudad, fastidiándome grandemente sin saber qué hacer de mi individuo, cuando al entrar al portal de Mercaderes oí detras de mí la marcha precipitada de varias personas, y por la ligereza de su paso conocí que pertenecían á la bella mitad del género humano.

Pensando en la mala situación del país, como diría un diputado descolado, no tuve humor de volver la cabeza para ver quienes eran las que venían, y seguí andando sumido en mis meditaciones; pero no habia avanzado mucho

cuando una mano suave y perfumada se posó sobre mi hombro y una voz dulce me preguntó al oído:

—¿A dónde bueno, Fulanito?

—¡Ah! ¿son vdes? pregunté deteniendo el paso; ¿para dónde tan solitas?

Era una viuda de muy buenos bigotes entrecanos, porque bastante edad tenía para ello, que llevaba á sus dos hijas empergiladas y compuestas como un trinquete, y perdónenme vdes. la comparacion.

Al ver á la viuda, me supuse desde luego que alguna diversion tendria aquella noche, pues iba la buena señora cargada de adornos y flores y perfumes, como un aparador de modista; y sin duda para disimular sus muchos años, se habia puesto como un brazo de mar.

—Acompáñenos—me dijo, tomándose de mi brazo—que vamos á un bailecito de confianza á casa las Gonzalez.

—Pero si yo no tengo el gusto de tratar á esas señoras!

—Ande, déjese de cuentos, que son muy

buenas y nada han de decir. Verá cómo las quiere luego que las vea.

—Pero.....

—No hay *pero* que valga, vamos andando.

Y la viuda me llevó á remolque, por mas esfuerzos que hice para que me dejara continuar mi paseo.

Anduvimos un buen trecho y nos aventuramos despues por las tenebrosas calles del rumbo de San Pedro y San Pablo de esta buena ciudad, en que sus habitantes se recojen temprano por falta de sociedad, cerrando las puertas de sus casas á las nueve de la noche.

Las calles estaban escuetas y la oscuridad era tan profunda, que no bastaba á desterrar la el miserable alumbrado de que disfrutaban los habitantes de los barrios.

Despues de un cuarto de hora de camino, en que dejamos atras siete ú ocho calles, el corazon me dió un vuelco de susto al distinguir á lo largo de la que íbamos procurando dejar á nuestra espalda, una fuerte luz que salia por una ventana, á la cual estaban asomadas muchas personas.

Allí era el mencionado bailecito.

Llegamos por fin, y en el zaguan nos recibieron cuatro ó cinco mozalvetes cuidadosamente peinados, que fumaban y se daban aire con los pañuelos.

Dos de ellos ofrecieron el brazo á las muchachas, que eran bonitas como dos soles, y la mamá soltando el mio, se enganchó del de un pollo para que la introdujera á la sala.

—Véngase—me dijo,—y las tres parejas desaparecieron entre un grupo de jóvenes que invadían la puerta de la sala y que les hicieron lugar para que pasaran.

Yo seguí detras, pero me fué imposible trasponer aquella muralla humana, y tuve que quedarme en el corredorcito, donde no conocía á nadie, ni nadie me conocía á mí.

Pensaba volverme por donde habia venido, cuando un jovencito que tendria diez y seis años escasos, salió de la sala, y quieras que no quieras me quitó el sombrero que tenia en la mano y desapareció en el interior de la casa.

Los músicos templaban sus bandolones, y bien pronto comenzaron á tocar una habanera

alegre como un cascabel y provocativa como una *tapatía*, y entonces, como un torrente, se precipitaron á la sala los caballeritos que obstruían la puerta.

En un *sancti amen* estuvieron arregladas las parejas, pues aunque era la segunda pieza que se bailaba, ya todos los hombres estaban *abonados* y tenían pedida la *pieza que sigue*.

Comenzaron á bailar, y naturalmente quedaron muchos asientos desocupados, y entonces hallé ocasion de acomodarme en una silla detras de la puerta.

La sala era pequeña, pudiendo contener á lo mas seis ú ocho parejas bailando á la vez; pero como sucede siempre, á estos bailecitos se convida á todos cuantos conocidos y conocidas tiene la familia, y estos á su vez llevan á las fulanitas ó se hacen llevar del menganito, como me sucedió aquella noche; por cuya razon hay, cuando menos, doble número de parejas de las que puede contener la sala.

Quando empezó la gresca, salieron de la recámara unas cuantas muchachas que no habian encontrado lugar en que sentarse, y como

yo, tomaron posesion de los que hubieron mas á mano.

El adorno no era ciertamente cosa de mucho mérito.

Dos docenas de sillas de tule, tan perfectamente juntas que no era posible mover una de ellas, llenaban la mayor parte de la sala. En una cabecera un sofá con el forro hecho pedazos y con un cojin tan duro como si estuviera lleno con piedras. En las esquinas, y frente á la ventana, habia unas raquílicas mesas de ocote pintadas de negro y malísimamente doradas, que tenian encima ramos de flores naturales colocados en vasos, y dos velas de á cuartilla en candeleros altos de laton, ostentando gruesas estaláctitas de sebo que se desprendian de ellas por el mucho viento que hacian los bailadores.

En la mesita de frente á la ventana se podia ver un tocador pequeño, y delante de él un quinqué de gas con el tubo roto y ahumado, porque las señoras de la casa no supieron cómo se manejaba, é hicieron el favor de romperlo á la persona que se lo prestó.

De un alambre atravesado de un costado á otro de la sala, pendia un aparato de diez lucécitas derramando una trémula y chilladora como un mosquito del tiempo de aguas.

Pude observar estas cosas cuando tomé posesion de mi asiento, y entonces ví también la concurrencia femenina.

Por cada dos ó tres muchachas, habia una respetable vieja que las acompañaba; solamente que las de este género, atraidas por una extraña simpatía, se habian reunido á charlar en el sofá y sillas colindantes.

Allí aquellos vigilantes Argos se habian vuelto ciegos, corriendo ante sus ojos el risueño velo de su no menos risueño pasado, recordando los venturosos tiempos en que bailaban las boleras y el *minuet de las cortes*, mientras los civilizados galancetes del baile gozaban y hacian gozar las bienaventuranzas del Koran á sus hijas ó sus sobrinas, estrujándolas en medio de la danza y taladrándoles los oidos con una descarga de necedades tan amorosas como insulsas.

Y era de ver aquel frenesí con que bailaban

las parejas, completamente abstraídas y embriagadas con el arte de Terpsícore, al grado de no sentir los pisotones que daban á los que no bailaban.

Y eran de oír aquellos fragmentos de conversaciones que se pillaban al vuelo, en que se revelaban, ya una carga cerrada del galán á la púdica é inocente compañera, quien no hallando qué contestar, se contentaba con resollar gordo y fuerte, mas por el rubor y el atolondramiento que experimentaba al verse acometida de una manera tan ruda por la primera vez en su vida, que por la fatiga del baile; ya los celos que un Otelo de saquito inglés daba á una Desdémona de vestido de percal, porque al *hacer figura* con otra pareja, notó que ella apretaba la mano del contrario; y ya, en fin, las insinuaciones á boca de jarro y las indirectas del padre Cobes, de una muchacha que, pasando de los veintitantos, quería por fuerza que su imberbe compañero le hiciera una declaración amorosa, cuando él no pensaba en ella.

Y todo esto á ciencia y paciencia de los sen-

tados, entre quienes se encontraban las madres y las tías; *ellos* haciendo alarde de Tenorios, y algunas de *ellas*, de Margaritas de Borgoña.

Después de una media hora, los músicos fueron tocando cada vez mas piano, hasta que los bailarines, queriendo prolongar mas su dicha, se quedaron bailando unos segundos *en seco*, es decir, sin música.

Terminó por fin la habanera, y cada mochuelo á su olivo, tomando las niñas sus respectivos asientos.

Eran las diez de la noche, y la señora de la casa se levantó del sofá, llevándose á la viuda mi conocida para la recámara; pero como nadie ofrecía el brazo á aquellas dos fósiles ó apergaminadas hermosuras, mi amiga Clarita divisiéndome, por mas que procuré ocultármelo, me llamó con voz imperiosa, como haciendo ver que tenía dominio sobre mí.

Me acerqué á ellas, y *sans ceremonie*, se tomaron de mis dos brazos llevándome á la recámara.

Allí, sobre los poyos de una ventana que daba al patio, había unas cuantas botellas de

Jerez, Carlen y Cognac; pero que en lugar de sus respectivos vinos, contenian *ponche* la mayor parte, y una ó dos aguardiente de caña, vulgo *chinguirito*, cuyo olor repugnante impregnaba la atmósfera de la recámara.

De sobre un baúl forrado de cuero, la señora de la casa tomó un azafate lleno de vasos y copas, y otro con rebanadas de pan y queso seco; y mientras llenaba los vasos de *ponche* y las copas de aguardiente, me dirigió la palabra en estos términos:

—¿Y vd. por qué no baila, caballero?

—Señora, si yo no bailo ya hace tiempo.

—¿Pero por qué? No se parecen los jóvenes de ahora á los de mi tiempo. Entonces habia humor; pero hoy parecen vdes. viejos en la flor de su edad.

—No le creas—dijo la viuda Clarita—si baila; pero ahora se está haciendo *chulo* por que le gusta que le rueguen.

—Eso sí—repuso la dueña de la casa—y ya yo me admiraba, pues aquí donde vd. me ve, todavía se me mueve un pié con el aire del

otro; á pesar de que ya no me cuezo del primer hervor.

—No diga vd. eso—tartamudée en el colmo del fastidio—si está vd. todavía joven.

—¡Galanteador!—dijo la señora torciendo los ojos como ruborizada y dándome una palmadita cariñosa en la mejilla.

La viuda Clarita hizo un gesto detras de su amiga guiñando un ojo con despecho.

Esta, para manifestarme su gratitud por mi galantería, llenó una copa grande de aguardiente, y me la puso en la mano con una sonrisa y una mueca de coquetería, que le sentaba como un enemigo malo, diciéndome:

—¡Vaya! para que vd. se alegre tómese este traguito á salud de quien vd. quiera.

—¿Y vdes. no toman?—pregunté.

—Sí, de aquí vamos á hacer *un dos* esta y yo—respondió tomando otra copa.

—A ver, diga vd. algo—me dijo Clarita—no se la ha de tomar como quien llena un cántaro.

—Pero si yo no sé decir nada.....

—¿Cómo no, y hace vd. versos? Vamos, díganos vd. uno.

—Pero si nada se me ocurre. Y vean vdes. precisamente cuando me obligan como ahora á decir algo, se me *tupe el adobe* y no ato ni desato.

—Ya se ve—dijo la casera como picada, dejando en la ventana la copa que tenía en la mano—como nosotras no le simpatizamos.....

De buena gana hubiera yo querido que en aquel momento cien mil demonios hubieran cargado con aquel par de viejas tan necias y tan fátuas; pero no era posible quitarme el lazo, y la cosa no tenía mas remedio que desembuchar alguna necesidad.

Afortunadamente para mí, los músicos preludiaron unas cuadrillas, y aquel preludio, aunque muy mal tocado, me pareció la música celeste, porque venia á sacarme de apuros.

—Vamos, que se hace tarde—dijo mi viuda impaciente.

—Pues á la salud de vdes.—reventé al fin, y me eché á pechos aquel brebaje inmundo.

Las dos viejas hicieron otro tanto, y mien-

tras yo me ahogaba, sin alcanzar respiracion, y me lloraban los ojos y todo lo demas, con aquel vino infernal, ellas se saboreaban como si hubieran tomado miel hiblea.

En seguida Clarita, para mas atormentar al divino paciente, me dijo que acompañara á su jóven amiga á bailar las cuadrillas. Un rayo no me hubiera hecho peor efecto que la compañera que me caia como llovida.

Al ser preludiadas aquellas, un alud de compañeros se precipitó á sacar las suyas respectivas, y se armó una de Dios es Cristo para ganar las cabeceras, en que no se podia pedir mas de descortesía y mala crianza, de donde resultó que aunque la sala era pequeña, se colocaran cinco parejas en cada cabecera; eso sí, como cigarros en la petaca, quedando los costados sin una que les hiciera el favor de bailar en ellos.

Los galantes compañeros trasladaron cada uno al lugar que habian ganado á fuerza de sus piernas y de su brazo, una silla para que no se fuera á lastimar su ninfa estando de pié el rato que duraran las cuadrillas.

Mi compañera, sin aflojarseme ni tanto así, me dijo con una cara muy placentera, que donde quiera se bailaba *bien* y que nos colocáramos en un costado.

Lo hicimos así, é inmediatamente se nos puso enfrente otra pareja compuesta de un jóven de cuarenta y cinco años, y una *señorita* de doce que todavía no gastaba vestido largo.

Empezaron á tocar las cuadrillas, y en averiguar si salian á la vez todas las parejas de la cabecera, ó primero unas y despues otras, se pasó la mitad del primer número, conviniéndose al fin que tres parejas bailaran primero, haciéndolo despues las otras dos restantes.

Cuando esto estuvo acordado, se lanzaron al galope los favorecidos, dándose codazos y empellones al encontrarse en medio de la sala, por no ser posible que cupieran en ella doce bárbaros de frente y corriendo á escape.

Cuando nos tocó la vez á las dos tristísimas parejas de los costados, sentí una cosa parecida á un baño de agua hirviendo, pues todos los pares de ojos de la concurrencia estaban fijes en nosotros, y veian á mi lado derecho

con una ironía y una burla, como deben ver á los ángeles los condenados del infierno.

Y yo era el foco de todas aquellas visuales matadoras; y yo excitaba la risa de los hombres y la compasion de las mugeres; y consideraba la mayor de mis desventuras, haber venido al mundo únicamente para ser el Ecce Homo de aquella apócrifa sociedad.

En menos que canta un gallo, dimos cuenta del primer número de las cuadrillas, echándole á perder; el jóven de los cuarenta y cinco, porque no sabia bailar; su compañera de doce, porque tenia vergüenza; la mia de qué sé yo cuantos, porque estaba mas para rezar el rosario que para andarse en danzas, exponiéndose á bajar al sepulcro de un *derrengaditis* fulminante; y yo, porque no sabia si me hallaba en cielo ó en tierra. Agréguese á esto que desde la primera majadería que hicimos, un pollete, que se hallaba en el centro de una cabecera, empezó á servirnos de maestro de ceremonias, y á importunarnos con "ahora vd.," "no sea vd. bárbaro" "no es eso" "mano derecha á la contraria" "¡Jesus, qué animal!"

y otras advertencias tan comedidas como estas, que sufrí con paciencia por no dar un escándalo.

Y á cada barbaridad nuestra, las muchachas se tapaban la boca con el pañuelo y reían hasta desternillarse, y los hombres hacían otro tanto volviendo la cara para otro lado.

Al acabar el primer número, el pollete, que no me perdía pisada, como si le importara un comino que yo bailara como una bayadera ó como el oso de la fábula, dió un fortísimo resoplido, como quien tira una carga muy pesada, y sonando las manos puso fin á la música exclamando con efusión:

—¡Vaya! ¡Bendito sea Dios!

De buena gana le hubiera hundido las narices de un bofeton, pues aquella nueva expansion suya provocó la risa mal contenida de la concurrencia.

—No le parece á vd. que nos sentemos?— dije á mi compañera por lo bajo, sudando á cántaros y mordiéndome las uñas.

—¡No faltaba mas!—me contestó ella subiéndome los hombros y cruzando los brazos con

satisfacción, al tiempo que se sentaba muy caripareja.—¿Qué obligación tiene uno de saber bailar?

—Es cierto que ninguna—insistí yo—pero se tiene de no pretender hacerlo cuando no se sabe.

Los concurrentes nos seguían mirando, y la vergüenza hacia que yo sintiese que me engrosaban las mejillas y que me subían vapores.

Como el primer número, salieron los demas, pues yo, que me propuse salir con bien de todos ellos, porque mal que bien sabía bailar las malhadadas cuadrillas, me encontré con que aquellos bailarines las habían adornado de tal manera con mil vueltas y revueltas, que era imposible aprenderlas de un vistazo.

En *el engaño*, la muchachita de los doce años, que ya había perdido la vergüenza que tuviera al principio, y que bailaba, por cierto, divinamente, me dejó ir con toda serenidad, y cuando iba yo andando de lado como un cangrejo, doblando las piernas con mucha gracia, y llevando el compas de la música con un movimiento de cabeza que parecía que iba di-

ciendo *que sí*, y cuando con una sonrisa que quería decir "*mal rayo te parta!*" le tendí políticamente las manos para llevarla al lado de su compañero, dió violentamente la media vuelta, y me dejó plantado en medio de aquellas desnaturalizadas gentes que tornaron á la risita de costumbre.

—¡Lluevan desdichas! dije para mí, y seguí bailando hasta terminar la figura.

En seguida se bailó *el solo*, y allí tuve mi rato de diversion á pesar de lo mal humorado que estaba, porque cuando le llegó el turno, salió mi vieja zarandeándose de lo lindo, y yendo y viniendo á derecha é izquierda, con un salero y un garbo que era lo que había que ver, y esto en medio de las palmadas de los doce varones que formábamos la mitad del grupo.

Llegó á donde esperábamos la pareja contraria y yo, y queriendo hacer una cabriola muy superior á sus fuerzas, hizo un molinete y cayó desplomada cuan larga era.

Acudimos á levantarla creyendo que le había dado algun accidente, y con sorpresa vi-

mos que sonreía de buena voluntad, y que asiéndose de la mano que le ofrecí, siguió con mucha fresca y como si tal cosa, aunque cojeaba un poco.

Es malo alegrarse del mal del prójimo; pero en aquellos momentos sentí una satisfaccion interior, un bienestar tan grande y una alegría tan completa, como nunca espero volverlos á experimentar, al ver que en algo habia pagado aquella muger los atroces martirios que me causó sacándome á bailar.

Saboreaba todavía mi triunfo, cuando el pollo de las advertencias, el descastado muchacho que habia sido mi Cabrion durante las cuadrillas, y que la daba de gracioso, dijo con una voz de gallo-gallina:

—¡Solo de hombres!

Aquello fué mi toque de agonía, mi sentencia de muerte y todo lo que vdes. quieran, y sentí que las piernas me temblaban, haciendo un redoble con los tacones.

El *solo de hombres* es la mayor de las groserías que hayan podido discurrir los cerebros peor intencionados, y solo algun pollo ridículo

que tiene pretensiones de buen bailarín, ó que cree que todo lo que hace le cae en gracia por ser muy simpático para las muchachas, puede atreverse á semejante cosa sin que se le caiga la cara de vergüenza.

Los músicos repitieron el cuarto número de las cuadrillas, y al llegar al solo, sustituián la parte correspondiente con algun sonecito del país, como la *Media muerte*, *El perico*, *La sarna*, *El jorobante* ú otra simpleza por el estilo.

Allí sí que los hombres tenían que bailar el son que se les tocaba, y avergonzados y como Dios les daba á entender, procuraban desempeñar su cometido con la mayor gracia posible.

Nos llegó el chubasco á los de los costados, y la pareja contraria tuvo que empezar.

Yo, entre tanto, meditaba el modo de salir mejor del apuro, y me puse á observar lo que hacia el jóven de los cuarenta y cinco años.

La música tocó la "*media muerte*," y el jóven, despues de pensar un rato, se vino hácia nosotros dando saltitos con el cuerpo agar-

rotado y como si fuera de una pieza; los del grupo rieron, y seguí yo con mi pareja, con la galopita de estilo, para dejar á la compañera al lado del varon de enfrente.

Me volví solo á mi sitio, y un vahido oscureció mi vista, y oí que la sangre se me agolpaba á la cabeza como un bramador torrente.

La música tocó "*los enanos*," y yo me quedé como tonto en visperas.

Entonces el muchachito que me habia hecho rabiar toda la noche, me dijo enfadado:

—Ande vd., hombre, no haga vd. mala obra, que por vd. nos detenemos!

—Pero si no sé cómo se baila esto—le respondí.

—Así, mire vd.

Y el muchacho se puso en cuclillas y empezó á sacar un pié despues de otro, levantándose un poco.

Me hice el ánimo. Cerré los ojos, y colocándome en la incómoda postura que me habia enseñado mi gratuito maestro de baile, comencé á extender las piernas á uno y otro lado, con tal furor que rayaba en frenesí.

A los tres ó cuatro saltos que dí en aquella forma, los oídos me zumbaron, sentí que mis ideas se extraviaban y me desaté en un torrente de brinco, cabriolas y contorsiones á cual mas ridículos é inverosímiles; dancé y salté sin conciencia de lo que hacia, llevado de un sentimiento que nunca habia experimentado, é impulsado por una fuerza extraña que me era imposible contrarestar. Aquello era el vértigo, el delirio, la locura; eran el rencor y la burla mas sangrienta, lanzados contra mí mismo. Y hubiera permanecido saltando hasta la consumacion de los siglos, si una salva de aplausos espontáneos, unánime, atronadora, acompañada de bravos entusiastas, no me hubiera venido á despertar de aquel acceso.

Cuando cesó la música caí desfallecido en una silla, y un murmullo sordo se dejó oír en toda la sala.

Los concurrentes celebraban mi habilidad; y mi compañera, acercando su cara á la mia, me dijo:

—¿Qué dice vd., picaron? Y decia que no sabia bailar!

—Era para causar mayor efecto, le respondí con una sonrisa amarga, y pudiendo apenas respirar.

Cuando acabaron las cuadrillas, todos aquellos imbéciles que veian un dios en el baile, me miraban con ojos alelados y con cierto respeto por mi superioridad. Yo habia causado sensacion.

Un jóven de aquellos entró á la recámara siguiendo á mi pollo, y á poco salieron trayendo los azafates con el ponche, y las rebanadas de pan y de queso.

Entre tanto yo conversaba con la señora de la casa, quien seguia importunándome con cumplimientos sándios, y vulgaridades insoprtables acerca de mi supuesta habilidad coreográfica.

Los que repartian *el refresco*, atormentaban sin compasion á las pobres muchachas haciéndolas tomar por la fuerza grandes copas de aguardiente, y reservando el ponche para las señoras mayores que se ponian en las faldas una buena porcion de pan y queso.

Al acercarse los repartidores á donde yo es-

taba, lancé una mirada de hiena al muchacho consabido, y apretando los puños, pregunté en voz baja á mi compañera:

—¿Me quiere vd. dar razon, señora, para que convidan á estas tertulitas á muchachos tan ordinarios y faltos de educacion como ese?

—Si no se le convidó.....

—¡Cómo no! ¿Luego ha venido con alguna familia amiga de vd? Pues debe vd. darle las gracias.

—No ha venido con nadie—me contestó la señora poniendo la cara muy fea y con la voz temblorosa por la cólera—porque ese niño es mi hijo para lo que vd. guste mandar, y si hace groserías, está en su casa y puede hacer lo que le dé su mucha gana.

Al oír esta respuesta me mordí la lengua, y para enmendar mi yerro le dije poniéndome como una amapola:

—¿Luego los dos jóvenes son de vd?

—¡Cómo los dos!

—Es claro, el de vd. y ese de quien le hablo.

—¡Ah! no, ese es hijo de una amiga mía, que no sabe educar á sus muchachos.

—Ya se conoce.

La música empezó á tocar un lindísimo wals de Straus, y las parejas empezaron á levantarse.

Las muchachas que no habian bailado todavía, se deslizaron hasta la orilla del asiento, como diciendo á los hombres que se acercaban: "alto, amiguito, que yo no lo he probado esta noche;" pero ellos iban en busca de sus compañeras, y dejaban burladas á aquellas infelices que sufrían el suplicio de Tántalo.

A poco rato, las parejas giraban con una rapidez vertiginosa, y la atmósfera se convirtió en una niebla de polvo de ladrillo y suela de zapato.

Entonces pude observar á mi sabor la concurrencia, é informarme de quienes la componían, sirviéndome de cicerone la dueña de la casa.

De los datos biográficos que me proporcioné, solo pude sacar en limpio que yo no conocía á nadie, y que los hombres, unos eran dependientes de abarrotos, otros peluqueros, otros estudiantes de medicina, y otros, en fin, nada

entre dos platos, teniendo la honrosa y lucrativa profesion de vagos.

Las mugeres eran todas hijas, mugeres, hermanas ó sobrinas de otros de igual categoría, y se hallaban como el pez en el agua en aquella reunion homogénea por mas de un título.

En el vals hubo pisotones, roturas de vestidos, mas de un "*Vd. dispense,*" mas de un "*No hay de qué,*" y mas tambien de un regaño de las mamás, que veian romper el vestido de sus hijas, con mas dolor que si les rompieran la crisma.

En lo restante del baile tuve ocasion de ver lo siguiente:

Un enamorado doncel, que se cosió al cuadril de su Dulcinea y charló toda la noche con ella, casi en alta voz, ponderándole la fuerza de su infinita pasion, con todas las exajeraciones mas ridículas que puede discurrir un adorador de Cupido, y faltando uno y otro á la concurrencia con el mayor descaro.

Un casado alegre de corazon, que se *abonó* con una de las hijas de la viuda Clarita, hasta que la muger ofendida empezó á hacer ca-

ra de sargento primero y arrimó un par de pellizcos al marido, que le hizo ver las estrellas.

Un estudiante de medicina que regañó á una pobre muchacha poniéndola de grosera y mal educada, que daba compasion verla, porque salió á bailar con otro la pieza que habia ofrecido al estudiante.

Y por último, ví venir hácia mí un indignado jóven, que encarándoseme con altanería, me llamó al órden con palabras poco decentes, porque dizque yo estaba haciendo á su novia telégrafos con los ojos, cuando solo procuraba despabilarme del sueño que me acometió despues de la media noche.

Entonces, deseando poner término á aquella noche toledana, propuse á Clarita que nos retiráramos de aquella casa que habia sido para mí un potro de tormentos; á lo que ella accedió con gusto porque tenia sueño, y las muchachas, á regaña dientes porque querian seguir bailando.

Pidieron sus abrigos, y el muchacho hijo de la dueña de la casa dijo que no los daba

porque todavía era muy temprano, y que además, se había perdido la llave del zaguán.

Esta grosería me sacó de mis casillas, y le supliqué de muy mal humor que los entregase á las señoras porque se querían ir á dormir y yo no podía desvelarme mas.

El muchacho, convencido por el tono agrio de mi súplica, nos llevó á la recámara para que las señoras tomaran sus abrigos, pues él no los conocía, y mis acompañadas se echaron á buscar entre una montaña de ellos que se había formado sobre una cama.

Pronto los encontraron; pero yo mas desgraciado que ellas, no pude hallar mi sombrero entre todos los que había allí mismo, porque un concurrente que se retiró del baile antes que nosotros, había reemplazado el suyo, que era viejo y sucio, con el que á costa de economías me acababa de comprar la semana anterior.

Dí por bien empleada aquella pérdida, resignándome á llevar el sombrero viejo con tal de salir de aquella casa maldita, que había sido para mí un infierno continuado.

## EL NOVIO CASERO.

—¡Tan, tan, tan!—Llama un jóven envuelto en un gaban color de castaña, al cancel de una vivienda en una casa de vecindad.

—¡Allá van! ¡Allá van!—responde en el interior una voz gruñona que se acerca.—Qué hombre tan imprudente!—continúa abriendo la puerta, y quedándose boquiabierta la propietaria de la voz al ver al visitante.

—Dispéñseme vd.—añade—pero yo creía que era el aguador.

—Buenos días, Ursulita.

porque todavía era muy temprano, y que además, se había perdido la llave del zaguán.

Esta grosería me sacó de mis casillas, y le supliqué de muy mal humor que los entregase á las señoras porque se querían ir á dormir y yo no podía desvelarme mas.

El muchacho, convencido por el tono agrio de mi súplica, nos llevó á la recámara para que las señoras tomaran sus abrigos, pues él no los conocía, y mis acompañadas se echaron á buscar entre una montaña de ellos que se había formado sobre una cama.

Pronto los encontraron; pero yo mas desgraciado que ellas, no pude hallar mi sombrero entre todos los que había allí mismo, porque un concurrente que se retiró del baile antes que nosotros, había reemplazado el suyo, que era viejo y sucio, con el que á costa de economías me acababa de comprar la semana anterior.

Dí por bien empleada aquella pérdida, resignándome á llevar el sombrero viejo con tal de salir de aquella casa maldita, que había sido para mí un infierno continuado.

## EL NOVIO CASERO.

—¡Tan, tan, tan!—Llama un jóven envuelto en un gaban color de castaña, al cancel de una vivienda en una casa de vecindad.

—¡Allá van! ¡Allá van!—responde en el interior una voz gruñona que se acerca.—Qué hombre tan imprudente!—continúa abriendo la puerta, y quedándose boquiabierta la propietaria de la voz al ver al visitante.

—Dispéñseme vd.—añade—pero yo creía que era el aguador.

—Buenos días, Ursulita.

—¿Cómo va, Miguelito? ¿Qué milagro que se le ve á vd. la cara tan temprano?

—¿Qué quiere vd? pasaba por aquí, para la oficina, y quise informarme de su salud, de pasadita.

—¿Pues qué, ya son las nueve? ¡Virgen santa! y esas niñas que todavía están como á media noche!.....

Y Ursulita, que es una respetable matrona de cuarenta y ocho años, hace pasar á Miguelito, y cerrando la puerta del cancel se mete gritando como desesperada:

—¡Cuca! ¡Chole! ¡Challo! Ya son las nueve y vdes. no dan traza de levantarse. ¡Alabado sea Dios, qué criaturas tan flojas!

—Siéntese, Miguelito, voy á avisar á las niñas.

Miguelito se queda solo en la sala, con el corazón palpitando de emoción, y cuando Doña Ursula ha desaparecido, se levanta de puntitas y va á depositar un apasionado beso en el retrato de Chole, que se halla encajado, como los de sus hermanas, entre el marco y la lina del espejo, dejándole como muestra de

aquel ósculo, adheridas las migajas de pan que llevaba en los labios.

En la pieza inmediata, que es la recámara, Doña Ursula pugna por despertar á las niñas; y despues de un rato de regañar, Miguelito oye roce de ropa almidonada, y el ruido que producen dos zapatos al ser golpeados uno con otro.

El corazón le dice que aquella ropa y aquellos zapatos pertenecen á Chole, y toma desde ese momento una postura elegante en el canapé, despues de haberse arreglado el pelo al espejo.

Sus ojos están vueltos hácia la puerta de la recámara, hasta que entreabriéndose esta, aparece el soñoliento rostro de Chole, cuya mirada no puede resistir al alegre rayo de sol que penetrando por el balcon de la calle, se refleja en los rojos ladrillos del piso.

—Buenos dias—dice sonriendo con coquetería y frunciendo los párpados que cubre con la mano.

—Buenos dias, flojita—contestó Miguelito viendo aparecer el astro de su existencia.—

¿Quiere vd. que le encienda una vela?—añade sonriendo y devorando á Chole con una mirada, como queriéndosela *comer de ojo*.

—¡Oh! no sea bromista—dice Chole haciendo un dengue graciosísimo, muy semejante á los de una muchachita de escuela.

Y durara mas aquel tiroteo de pullas y dengues, si Doña Ursula no apareciera detras de Chole haciéndola salir de un empujon á la sala, muy envuelta en un tápalo de lana estampado con flores de colores vivos.

—Vamos, ya le dejo á vd. acompañado, y voy á disponer el desayuno. Con su permiso. Y diciendo esto, Doña Ursula vuelve á entrar á la recámara, encargando á sus otras dos hijas que se vistan pronto y salgan á acompañar á Chole, pues ya está allí el impertinente y molesto Mignel, que no las deja ni dormir á gusto.

Y en efecto; apenas han tenido tiempo Mignelito y Chole de darse un par de apretónes de mano capaces de romperse con ellos las falanges de sus diestras, cuando entran á la sa-

la, una despues de otra, las dos futuras cuñadas del madrugador novio.

Cuca y Challo se sientan, despues de saludarle de muy mal humor, y se ponen á sonreir y hablar en secreto, viendo á su hermana y á su cuñado en ciernes.

Embarazosa es la tal situacion para uno y otro, y de buena gana se hubiera marchado el novio al ver salir á las dos hermanas que le fastidian como dos demonios.

—¿Qué tal fué anoche?—pregunta al fin por decir algo.

—Bien: responden á *duo* volviendo á quedarse como antes.

En aquel momento suenan algunas campanadas dando la última llamada para la misa, y la banda de un cuartel inmediato comienza á tocar *asamblea*.

Aquella es la salvacion de nuestro hombre, pues como por un resorte se levantó exclamando:

—¡Jesus! ya son las nueve, y debería estar en la oficina.

—Pues corra vd.—dicen las dos hermanas—no le vayan á reprender por eso.

Chole da una mirada rencorosa á estas, y Miguelito, mordiéndose los labios de cólera por el desprecio con que era tratado; pero fingiendo grande amabilidad, se despide de las dos hermanas que apenas se dignan contestarle, y da un estrechón de mano á la novia, quien le dice al oído:

—¿Vuelves cuando salgas?

—Sí—responde Miguel con un movimiento de cabeza, y cerrando los ojos tan expresivamente, que hiciera reír á otro que no fuera la novia.

Y se va á la oficina, murmurando de aquellas inciviles muchachas.

Su gefe le reprende por su tardanza; pero aquella reprension le parece muy dulce en cambio de haber visto á su ángel tutelar antes de ir á su trabajo.

Durante el dia, el novio echa á perder seis ú ocho comunicaciones, pues por poner la fecha, escribe el nombre de su adorado tormento; y cuando no tiene quehacer, se ocupa en

llenar de Choles todos los papeles que halla á mano, ejercitando la pluma en todas las formas de letra que conoce, é inventando otras *de fantasia*.

Al oscurecer, ya está Miguelito en la casa de Doña Úrsula, llevando algun regalillo para esta, porque el buen muchacho no olvida el refran que dice: *Dádivas quebrantan peñas*, y quiere tener grata á la mamá aunque las otras hijas rabien de envidia.

Chole es la menor de las hijas de Doña Úrsula, y tambien la única que tiené novio, por cuya razon Cuca y Challo se mueren de envidia al ver á su hermana en vía de casarse, y no omiten medio de humillarla delante de su futuro, aborreciendo á este, y pareciéndoles mal todo lo que hace.

Desde que oscurece, todos los dias, hasta las diez de la noche, Miguel y Chole se están sentados en el canapé sin hablar mas que palabras sueltas, tomados de las manos con disimulo, hasta que por la continúa presion y el mucho abrigo en que las tienen les comienzan á sudar como dos esponjas llenas de agna.

La madre y las hermanas dormitan cada una en su asiento, rascándose con frecuencia por encima de la ropa, porque las pulgas no las dejan poner pié en postura, y pujando con marcadas muestras de fastidio.

De las nueve en adelante las dos muchachas empiezan á preguntar qué hora será, y asomándose al balcon dan noticia de que la noche está como boca de lobo, de que el dulcero que vive en el cuarto número tantos de la casa, se retira á acostar, y de que fuera de él ni moscas andan; y todo esto acompañado de bostezos y malos modos.

Miguelito dice que todavía es muy temprano, y saca un cigarro de Monzon que ofrece á la mamá por ser ella la única que fuma en la casa.

Doña Ursula lo toma, y cuando el novio le ofrece el suyo para que encienda, dice que no chupa ya tarde porque le *dan acedías*.

Se oye al fin por la banquetta de la casa el compasado golpear de una pierna de palo que se acerca poco á poco y se aleja de la misma

manera, y las dos muchachas dicen con aire de triunfo:

—¿Qué tal? hasta el cojo se va ya á dormir! Deben ser lo menos las doce.

Entonces Miguelito se levanta y despidiéndose de la familia sale á la calle, despues de un altercado bastante sério con la casera, que ha cerrado ya el zaguán.

En la esquina inmediata da las buenas noches á un individuo, que inmóvil como una estatua y firme como un guardacanton, acecha los balcones de un entresuelo.

Los dos novios no se conocen mas que de vista, y eso en la noche; pero á fuerza de verse todas ellas, han juzgado oportuno entablar esas cortas relaciones por tener comunidad de intereses en el barrio.

Miguel llega á su casa con el corazon palpitante de alegría y duerme con el sueño de los justos.

Los domingos, Miguelito pasa el dia en casa de Doña Ursula, y desde que se encuentra con la familia al salir de misa, hasta que se

retira á su casa, todos los instantes son de suprema felicidad.

En la mañana, cosa de las diez, sale de la casa, y dice que va á un negocito; y en este tiempo va á la barbería á que le rasuren y corten el pelo, y en seguida se va al mercado y vuelve con una mascada que revienta de llena, y en la que trae limas, naranjas, plátanos, chirimoyas, nueces y todas las frutas que se encuentra á mano.

¡Y qué distinto recibimiento le hacen entonces! ¡Qué sonrisas, qué halagos, qué agasajos! ¡Si parece que le quieren mas que á su vial!

Miguelito recuerda entonces la fábula de Júpiter y Danae, y acaba por convenir en que el rey de los dioses conocia profundamente el corazon humano, y repite en su interior su refran favorito: Dádivas quebrantan peñas.

A la hora de comer, Miguelito encarga unas latas de sardinas [que Doña Ursula y las dos niñas engullen admirablemente.

En la tarde, si la familia no salió á paseo, y está sentada al balcon criticando á cuantos

pasan, el pobre novio tiene que seguir desembolsando el dinero quiera que no; porque si pasa el nevero gritando por la calle, Challo dice sonriendo:

—Cuca, ahí te hablan.

A lo que esta responde:

—Era bueno tener. ¡Y á Chole que le gusta tanto la nieve!.....

Miguelito comprende la indirecta, y suena las manos llamando al nevero.

Chole se pone como un betabel, pero Doña Ursula, conociendo que se ha avergonzado y temiendo que la niña se resista á recibir el obsequio, le dice:

—Vamos, niña, no vayas á hacer el desaire á Miguelito. Muchachas, vayan á traer unos vasos.

Y Cuca y Challo entran disparadas, y salen á poco con dos vasos de á cuartillo cada una.

El nevero pregunta:

—¿De cuál ponemos?

—Yo de leche—dice Challo.

—Yo de limon—contesta Cuca.

—Yo de las dos—responde Doña Ursula— porque me gusta la campechanita. ¿Y tú, niña, no tomas?—pregunta en seguida á Chole.

—No, mamá—contesta la niña—tengo castarro.

—Anda, *guaje!* tú te la pierdes, porque está linda, y no todos los dias se toma sin que cueste.

Chole se vuelve á poner como unas granas, y Miguelito hace un gesto como si le diera una pedrada en la cara.

El nevero, viendo el respetable tamaño de los vasos, echa dos medidas en cada uno, y al retirarse pide un peso.

Doña Ursula regatea y pide que le den *á pylon*, porque el nevero se ha *encajado*.

Y Miguelito paga, viendo que la que se ha *encajado* es Doña Ursula y no el nevero, que se aleja gritando:

—¡A tomar limon y leche, al neveroool!

La señora y las niñas devoran el contenido de los vasos, haciendo gestos y teniéndose las quijadas; pero muy contentas.

Llega la noche, y cuando Doña Ursula pro-

gunta á las muchachas si quieren su chocolate, responden ellas que no, que mejor tomarán algo en el Progreso antes de irse á la zarzuela al Principal.

Así se resuelve, y Miguelito vuelve á vaciar el bolsillo para satisfacer el antojo de las niñas.

El domingo es, pues, un dia en que el novio casero necesitará una bolsa sin fondo. El teatro, la fruta, la nieve, los abrigos para las niñas en el invierno, y los aretes, los prendedores y las sortijas de *doublé* en todos tiempos; item mas, los regalitos particulares el dia del santo de cada una de las personas de la familia, y los viajes á la Villa, San Angel, etc. etc. etc., son mas que suficientes para arruinar á cualquier empleadillo segundon que no cuente con acciones en alguna mina, ó con un tío ó padrino empleado en alguna oficina recaudadora.

Por otra parte, el novio casero tiene que ser el *factotum* de la familia.

—Miguelito, vaya á dejar á esta niña que pasó el dia con nosotras.

1020006139

Y esto cuando son las once de la noche, y diluvia como si cayeran mares.

—Miguelito, hágame favor de ir á contestar esta demanda del casero maldito.

—Miguelito, acompañe á las muchachas á comprar zapatos. (Por supuesto para que á los pague.)

—Miguelito, vaya por nosotras á casa de Fulanita á la noche, porque hace mas de dos meses que le debemos visita.

—Miguelito, vaya al correo á ver si tengo carta de Guanajuato.

—Miguelito, pídamme unas muestras de muerdianas en la tienda tal ó cual.

Y Miguelito por aquí, y Miguelito por allá.

Y Miguelito, que anda como rehilete de barcos á Pilatos, por complacer á la familia en su futura; para que en cambio de tanta ofensa y tanta complacencia, le paguen con murmuraciones y groserías.

Un dia desgraciado, Miguelito queda sin destino porque cambió el gobierno á que servia, porque suprimieron su plaza en la reduccion del presupuesto, ó porque otro

hábil que él, intrigó para que lo pusieran en su lugar, y entonces empiezan en mayor escala las amarguras del pobre novio.

Como ya no tiene qué hacer, todo el dia está en la casa de Doña Ursula, y esta y las hijas empiezan á hacerle una cara capaz de desterrar á una beata de medias azules, y de hacer salir los colores á una clorótica; pero el pobre se aguanta aquello con la paciencia del santo Job, porque dice que es necesario sufrir para merecer.

Desde aquel dia, Miguelito ya no es Miguelito, sino Miguel á secas, y empiezan Doña Ursula y sus hijas á hablar mal del pobre cesante, tanto y tan seguido, como bien lo hacian cuando tenia el empleo.

Si alguna visita le pregunta por él, por considerarlo como de la familia—segun decia antes Doña Ursula—responde esta, que Miguel es un flojo, que no podrá ser nunca hombre de provecho, porque siempre está pegado á las faldas de Chole sin buscar en que ganar la vida.

—No, mire vd.—replica la visita—si tam-

bien hoy los tiempos están muy malos, y los hombres se ven y se desean para conseguir un real. Tal vez el pobre muchacho no encontrará quien le ocupe.

—No, mi alma—salta Doña Ursula—cuando un hombre quiere trabajar, se mete de liletero ó de albañil. Nunca falta en que ocuparse á aquel que lo busca con empeño; pero Miguel busca destino rogando á Dios no hallarlo.

Y esta escena se reproduce cada vez que Doña Ursula ó las niñas hallan oportunidad de desconceptuar al desgraciado novio, que ha cometido el crimen de no tener ya sueldo que gastar en la familia de su Dulcinea.

Y todo el cariño que antes se le fingía, se convierte en odio mortal, del cual participa el pobre muchacha que ha de formar con él algún día una pareja inseparable.

Si el novio se saca la lotería ó mejora su empleo y piensa en casarse, ya puede ver cómo se las compone con la familia política porque tendrá que ser el padre de aquella

criaturas de Dios tan cargadas é imprudentes, cuanto *mal impuestas* y voluntariosas.

El novio, que despues de todo esto rinde el cuello al santo yugo, ó es un héroe superior á todos los habidos y por haber, ó es un santazo de siete suelas que debería figurar en el martirologio antes que el glorioso protomártir San Estéban.

de taller se enciende de seis á seis, salvo cuando  
 do el recargo de los años se hace de diez  
 eidos de rotar algunas veces de diez eidos  
 los moesteres hacedos con sus propios talleres  
 despues de las otras cosas.

El asarte vive por lo regular en las montañas  
 otiadas, cuando es otiada a menudo y allí las  
 de las veces de por sí en donde las noticias  
 mas frescas y tambien las mas exactas que  
 adquiere en la caxa y que se ven y ad-  
 raba y cuando se ve en el asarte  
 no se ve pero que por sí se ve en la  
 caxa.

### EL SASTRE.

Hé aquí un ente raro en la especie humana.  
 Parece haber nacido condenado por Dios á ser  
 el término medio entre el hombre y la muger.  
 Tiene de hombre el sexo y algunas veces  
 la figura, aunque muchas de ellas, sus moda-  
 les, su modo de hablar y la soltura de su len-  
 gua, harian creer que este pacífico individuo  
 pertenece á la bella mitad del género humano.  
 Lo mismo que la de la costurera, su vida

alta  
di-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
 DIRECCIÓN GENERAL

de taller se cuenta de seis á seis, salvo cuando el recargo de quehacer le pone en la necesidad de robar algunas horas de la noche á los inocentes placeres con que suele solazarse despues de las diurnas fatigas.

El sastre vive por lo regular en casa de vecindad, cuando es oficial ó aprendiz; y allí hace las veces de periódico, dando las noticias mas frescas y tambien las menos exactas, que adquiere en la *oficina* y que aumenta y adorna á su gusto para dar mas interes á la narracion. Pero vamos por partes.

El aprendiz pasa la vida mas condenada que puede temer cualquier hijo de vecino, pues se reduce á un año, en que el maestro le ocupa en soplar la hornilla de las planchas, en ir á comprar el carbon y en llevar la obra, acompañando al *barrilete*, á los parroquianos cuando está concluida: cosas todas que maldito lo que le enseñan del oficio que desean aprender.

Y como á esta clase de trabajos son dedicados los chicos cuando han salido de la escuela, tiene el sastre en ciernes que sufrir las

pullas de sus antiguos condiscípulos, quienes al pasar le dicen mil cosas que le hacen ruborizar mientras no se acostumbra á estas bromas ó mientras ellos no olvidan *la devocion*.

Despues de este año, se le sienta en un banquito, y con el dedo de en medio de la mano derecha, atado con una cinta para acostumbrarle al dedal, se le tiene algun tiempo haciendo hilvanes y respuntes en recortes de paño. Aquí entra de lleno en los primeros rudimentos del arte.

Este ascenso no impide que el aprendiz se vea obligado por el maestro ó por el *barrilete*, á componer de vez en cuando, con orillo, el asiento de las sillas de los oficiales ó el borde de los chiquihuites de la costura, y á llevar la plancha fria y traer la caliente al que la necesita; y todo esto en medio de correones y palabras groseras, que se creen autorizados á dirigirle todos los que trabajan en la sastrería.

Despues se le da una que otra pieza de ropa, que deshórana y vuelve á hilvanar y á

veces, porque la costura iba torcida, hasta que queda á gusto del maestro.

El muchacho aprendiz, en todo este tiempo hace méritos, y aunque trabaja de *solis ortu ad occasu*, ó en romance: del día á la noche, no tiene el placer de ver en sus manos el fruto de sus fatigas, pues casi nunca se le da ni una cuartilla en premio de sus trabajos.

De todas estas vicisitudes se consuela con la esperanza de llegar algun día á oficial y desquitarse con los aprendices.

El oficial es el que da á conocer al personaje que nos ocupa y el que caracteriza mejor á la clase.

Se llama invariablemente Merced, Inés, Isabel, Trinidad ó Refugio; nombres que están muy de acuerdo con la ocupación femenil que adopta el que los lleva.

Se levanta el lunes tempranito, porque sería reprendido por el maestro si no estuviera á las puertas de la sastrería á la hora en que se acostumbra abrirlas para el trabajo.

Pasa el día sentado en una silla baja, sin respaldo, formando rueda con los de su clase

y contando sus aventuras del día anterior á los demas, quienes las celebran con risas francas, que demuestran el perpétuo buen humor de que goza siempre este artesano privilegiado.

Encadenado á la silla en que cose, como Prometeo al Cáucaso fatal, (¡cheche vd. comparaciones!) y con una trencita de seda en el cuello ó detrás de la oreja, murmura de cuantos pasan, y en dos por tres, descubre si el pantalón del transeunte está largo ó corto de tiro, si el levita—como él dice—necesita *sangrías en la sisa*, ó si al chaleco vendrían bien algunos respuntos mas para sujetar la *entretela*.

Hay que advertir que el sastre conoce á la primera ojeada de qué taller de los de la ciudad ó pueblo en que trabaja, ha salido cualquiera *prenda*.

A mas de este exámen que hace del vestido del hombre que pasa por la calle, se ocupa en *chulear* á las criadas de la vecindad sin distinción de edad ó color, pues en materia de amores es un Don Juan Tenorio.

A las horas avanzadas del día y cuando ca-

lenta el sol, y los pasantes de uno y otro sexo escasean por la calle, da media vuelta y presentando la espalda á la resolana, inicia una sonata, porque el sastre es filarmónico por naturaleza.

Son de oír aquellos depravados conciertos que forman á silbidos todos los de una oficina. La música de Bellini, de Donizetti, de Verdi y de Flotow se ve destrozada allí sin compasión; y no hay ópera que no *silben*, ni polka, ni redowa que no pongan en estado de ser *silbada*.

Mas de una vez he oído el aria "*Addio del passato*," silbada en tono mayor, y acompañada con *segunda, tercera, cuarta* y hasta *décimasexta*, porque ningun malhadado sastre se quiere quedar sin tomar parte en aquellos desconciertos infames.

Desde que esto pasó, he aborrecido para siempre el aria susodicha, y capaz hubiera sido de aborrecer á la madre que me dió á luz, así de tal manera los sastres la hubieran tomado en boca.

Quando refresca la tarde, vuelve el sastre

á *dar frente* á la calle, y sigue pasando el tiempo en murmuraciones y chuleos.

Al oscurecer deja el trabajo y se retira á su casa, en donde emboba á la vecindad con mil mentiras que le cuentan sus compañeros y las que él no cree, pero que tiene gusto particular en referir, cuando no inventa otras.

A buena hora se acuesta para estar listo al siguiente dia para el trabajo.

Como pasa el primer dia de la semana pasa todos los demas, con excepcion del sábado, que es cuando recibe la *raya* de la semana.

En este dia, despues de oscurecer, sale de la oficina con sus compañeros de trabajo, y forman corro en la esquina inmediata ó á las puertas de la sastrería, obstruyendo la banqueta, impidiendo el paso á todo el que viene, y obligándole á echarse por el empedrado, porque allí, sin el respeto del maestro, el sastre es mas insolente y dirige chicoleos á cada muger que pasa, aunque vaya del brazo del bigotudo marido.

El maestro da la voz de llamada, y entonces van entrando uno á uno para recibir su

respectivo semanario, y vuelven á salir á reunirse con los compañeros que esperan en la esquina que les llegue el turno.

Cuando todos están pagados, con el respectivo descuento de lo que han pedido en la semana anterior, se dividen en grupos de tres ó mas, y van á tomar *el trago* á algun tendajo miserable en donde tienen cuenta abierta, que pagan en parte quedando á deber la otra.

Despues se citan para el dia siguiente—que es natural que sea domingo, puesto que este viene despues del sábado—y coordinan su plan de paseo y el modo de gastar con mas provecho su dinero.

Amanece Dios, y varios amigos se van á la madrugada á los baños de agua fria, en donde retozan como chicos de escuela, y escriben versos muy poco decentes en la pared, volviendo á desayunarse con un apetito devorador; despues de lo cual se plantan el pantalon blanco, almidonado hasta la consistencia de tabla y planchado de manera de no perder los dobles en un año; la chaqueta de alpaca negra, la indispensable banda *solferina*, y el

cuello una *mascada* del mismo color, á guisa de corbata. El calzado casi siempre es de gamuza, y casi nunca negro; añadiéndose á este trage medio majo un plaid de cuadros de colores chillones, liado en el pescuezo, para que deje ver las descomunales y prominentes asentaderas de este individuo, únicas en su género, y que parece que usa con privilegio exclusivo.

Va siempre á misa á la iglesia en que hay música de cuerda, despues da unas vueltas por el portal de Mercaderes, en donde espera que pase al convite del circo para acompañarle hasta la plaza de donde salió.

Ve los carteles de todas las diversiones públicas, y sabe al palmo qué dramon se da en cada teatro y cómo se han repartido los papeles.

Cuando algun farsante dedica su *beneficio* á los artesanos, los sastres son los primeros en mandar hacer sonetos y décimas, que mandan imprimir en papelitos de colores, para arrojarnos desde *la galería* á la salida del beneficio ó beneficiada; gastan la raya de un

mes en proporcionarse un ramo colosal de flores de lienzo, adornado con monedas, para regalarlo al histrion, y en la noche del beneficio beben como nunca, y obsequian á todo el que se halla á mano para dar una muestra de su esplendidez.

Pasa la tarde del domingo de la manera siguiente:

En tiempo de cuaresma, va á Santa Anita y se embarca con algunos amigos.

En invierno, va á la comedia en la tarde, instalándose en un asiento de galería desde las dos y media, y gritando y palmoteando con impaciencia porque no empieza la función antes de la hora anunciada.

Allí engulle golosinas, porque el sastre come en todas partes; y cuando el traidor de la comedia cae en las manos del protagonista, el sastre grita con toda la fuerza de sus pulmones: ¡mátalo!!! desahogando así la indignación que le ha causado.

Sale del teatro y pasa la noche en algun bailecito público, en donde se bebe mistela de clavo y garapiña, alternando con copitas de

chinguirito, y donde se bailan las cuadrillas de los "Dioses del Olimpo" dando mas vueltas que un rehilete.

A las dos ó tres de la mañana se acaba el baile, y el sastre se retira de la casa en compañía de algun conocido que vive en el mismo barrio, cantando y haciendo escándalo por la calle, hasta que el guarda le lleva á dormir á la Diputación.

A esto se reduce la vida del sastre mientras no llega á maestro, pues entonces cambia notablemente, y mas si se casa con alguna costurera ó modista, estanquera ó trabajadora de alguna máquina de hilados y tejidos.

Entonces toma un aire de gravedad que causa risa, y ve á todos sus antiguos compañeros de aguja, por encima del hombro y como si nunca los hubiera conocido.

Cuando un sastre llega á tener oficina propia y á trabajar por su cuenta, comienza por hacerse muy amable con todo el mundo para atraerse los parroquianos, y por ofrecerse á las órdenes de vd. con una cortesía exagerada.

Por supuesto que no olvida al ofrecer sus

trabajos, el decir al que trata de conquistar, que *"si no hay dinero por de pronto, no importa eso, que pagará cuando quiera;"* pero que Dios libre á cualquiera de aceptar semejante ofrecimiento, porque el sastre le perseguirá como su sombra en pos de la paga, sin dejar descanso al infeliz que tuvo la debilidad de dejarse cojer en sus redes.

Se suscribe al "Courrier du Tailleur," y trabaja conocimiento con todos los comerciantes en ropa y con todos los merceros y sederos de la ciudad en que trabaja.

Desde que sopla la hornilla de las planchas hasta que enarbola las tijeras, tiene que vivir aspirando un pestilente vapor de saliva quemada que se desprende de las costuras que asientan con la plancha los oficiales fuera del mostrador de la tienda. Esta peste le repugna menos que la de la pólvora, de donde resulta que el sastre tenga, como ningun otro artesano, un miedo cerval á la leva y á la guardia nacional.

La tienda de un sastre, entre nosotros, se compone de un armazon desierto en que

miran amontonadas sin órden algunas cajas de carton vacías, y que solo conservan la muestra de los botones que encerraron en sus buenos tiempos. Diseminados por las tablas se ven algunos cortes de casimir, y en la parte superior del armazon y en una hilera de estacas con su correspondiente media luna de madera, aparece una gran coleccion de levitas viejas, sacos de mas de medio uso y pantalones que solo conservan el nombre de tales, por haber perdido ya la figura, mezclados sin órden con tal cual casaca ó levita del uniforme militar que ya no usa el ejército; prendas todas que están allí cubiertas de polvo, que les marca las arrugas expuestas á la vergüenza y como diciendo al transeunte:

"Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora Campos de soledad, mústios collados, Fueron un tiempo Itálica famosa."

Si la tienda tiene una puerta cubierta con un aparador de vidriera, se podrán ver en él algunas corbatas, algunos calcetines, algunas

muestras de los botones que estén en moda, y uno ó dos cortes de casimir y algun chaleco con un papelito cosido con hilvanes de pita, en que se leerá poco mas ó menos:

*Don Fulano de Tal,*

*á Merced Caro, sastre,* DEBE.

Por hechura y corte de  
un chaleco casimir, botones  
ágata.....\$ 6 50

Recibí

(Aquí la firma.)

Y aquí se vé la mala intencion del sastre que, sin que ese pobre D. Fulano de Tal le haya hecho trácala ni un centavo, estampa sobre el chaleco que le mandó hacer, un padron de infamia, dándole á conocer en público como deudor, tan solo porque por un olvido no se le llevó á su casa la pieza concluida.

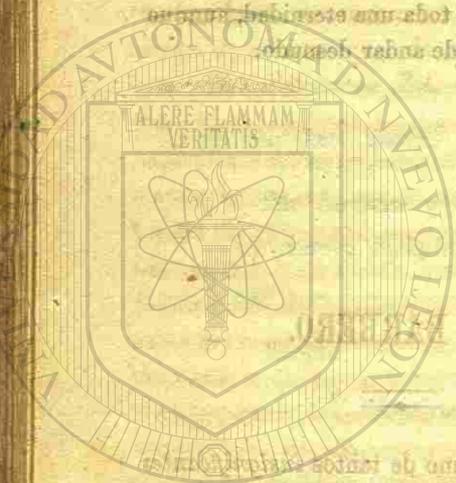
Unos cuantos figurines de modas y algunos

libros de muestras clavados con tachuelas á la pared, completan el ajuar del individuo cuyo retrato he tratado de hacer, y de quien quisiera verme libre por toda una eternidad, aunque tuviera el trabajo de andar desnudo.

## EL BARBERO.

El barbero es uno de tantos *insignificantes* (sustantivo) que andan por estos mundos de Dios, y sin embargo de esto muchas plumas, y no de avestruz, se han ocupado de sacarle á plaza con su invariable género de vida.

Decir que es filarmónico por inclinación, y otros muchos rasgos comunes á todos los barberos, no tendría maldita la gracia, puesto que ya se ha dicho por todos los escritores espa-



ñoles y mexicanos que se han ocupado de los rapa-caras.

El barbero mexicano es el mismo barbero español, salvo la diferencia que necesariamente existe entre uno y otro, quizá por la de igual clase que se observa entre la Península y el Nuevo continente.

Nuestras costumbres españolas hacen que seamos españoles en costumbres, y esto es una verdad de Pero Grullo que no necesita demostracion; por cuya razon, dejando á un lado todo lo que haya de comun entre nuestros barberos y los de nuestros abuelos, voy á procurar hacer una describeion lo mas exacta que me sea posible, á fin de reproducir á la persona, que no personage, cuyo nombre encabeza este artículo, con toda la originalidad que muestra al desocupado transeunte que se detiene á observarle.

Entre nosotros hay dos clases de barberos. Unos montados á la moderna y que han cambiado su modesto nombre por el de peluqueros, aunque no hagan pelucas, y otros, que contentos en su oscuridad, no han falseado el ti-

po y se conservan como un recuerdo viviente de los tiempos que pasaron.

De estos me ocuparé; pues los primeros no ofrecen mucho que interese al paciente lector.

Como las navajas de afeitar, el barbero tiene su estuche conocido con el nombre de barbería; nombre el mas adecuado al objeto, y que por dar perfectamente la idea, la lengua francesa lo ha trasplantado á su vocabulario, por carecer de uno semejante.

Las barberías están situadas por lo regular junto á la plaza del mercado, y en vez de las celosías que antiguamente interceptaban la mirada de los transeutes, y que hoy solo conservan las de los barrios, se engalanan con vidrieras pintadas con albayalde por el interior, para suplir con este procedimiento los cristales opacos ó de colores.

En las horas muertas, el barbero se pone en exhibicion en la puerta de la barbería.

Usa por lo regular pantalon de lienzo ó de casimir del país, y saco de alpaca negra ó chaqueta de bayeton tornasol, abierta de las mangas por la costura inferior y adornada con bo-

tones de cuerno y alamares de cordon. Lleva chaleco negro con veintitantos botones de colorines, y debajo de él una camiseta de abrigo, de cuadros negros y rojos, de aquellas que suelen usar los carreros, y una corbata con el lazo á medio hacer.

En este traje, con excepcion del saco ó chaqueta, se pone á la puerta y charla con el barbero de enfrente, con la frutera que tiene el puesto en el zaguan que sigue, ó con el pulquero de al lado.

Su cabeza está siempre deslumbradora de manteca y con la raya tirada á cordel, dividiéndole en dos partes iguales el recortado pelo.

Este barbero, cuya edad es por lo regular de diez y ocho á veinticinco años, es chancero, emprendedor y enamorado como el que mas; como el español, hace comedias particulares, canta y toca la guitarra, y mas de una vez ha salido á campaña, como guardia nacional, en defensa de la constitucion y la reforma.

Tiene entrada franca á algun teatrillo segundon, por ser quien rasura á los cómicos,

y es compadre del primer galan ó de la dama jóven. Asiste á todos los ensayos y no falta á ninguna de las funciones, que ve entre bastidores, conversando con sus conocidos y galanteando al cuerpo coreográfico femenino.

Apenas cae el telon se instala en el escenario estorbando el paso á los maquinistas y asomándose por algun agujero para ver la concurrencia.

Es muy afecto á los bailecitos de escote y á los dias de campo en Santa Anita, siempre con las gentes de su estofa, y se viste de máscara en el carnaval, con un humor y una dedicación que no tiene ningun otro hijo de Adan.

Quando se acerca el miércoles de ceniza, compra un gran surtido de caretas y disfraces para alquilarlos en los dias de locura ó ponérselos en alguno de sus bureos.

En todos estos rasgos podrá tener algo de comun con el barbero español; pero en lo que no lo tiene, y esto le hace honor, es en no ser un *Figaro*, que comercie en voluntades, porque si se ocupa en solicitar á las hijas de Eva,

es para su regalo, y no para llenar el bolsillo, sino antes bien para gastarse cuanto gana, en sus conquistas.

Bosquejado de esta manera en su vida *extraoficial* ó privada, voy á considerarle en el ejercicio de su ministerio, esto es, en la barbería, teniendo enarbolada la navaja, que como la espada de Damocles, amenaza caer sobre los carrillos del presumido parroquiano.

Para esto haré muy á la ligera la descripción de la barbería, tanto por ser ya muy conocida del público, como porque parece que todas se han hecho segun un mismo modelo.

Situada junto á la plaza del mercado, como llevo dicho, la barbería es una angosta accesoria con su puerta en la cabecera. Las paredes están pintadas con florones color de ceniza sobre fondo de color de rosa ó *barquillo*, imitando el papel de friso, y adornadas con la indispensable coleccion de cuadros que representan la historia de Pablo y Virginia, la de Matilde ó las Cruzadas, la de Guillermo Tell, y mas comunmente los principales episodios del Mazzepa ó de la Jerusalem libertada. ¡Pe-

ro qué cuadros aquellos, Dios poderoso! Son unas litografías francesas, pésimamente dibujadas y *pesimísimamente* iluminadas, que á ser vistas por el poeta de la pintoresca Sorrento y por el de la nebulosa Albion, arrepentidos de su obra—como Dios al ver la iniquidad de los hombres—mandaran un diluvio de bofetones que destruyera de una vez al caballo y al caballero, quiero decir, al iluminador y al litógrafo, juntamente con sus sacrílegas estampas.

Y agréguese á esto, que las susodichas tienen al calce, en dos columnitas, el extracto del pasaje que representan; uno en frances, y otro dizqué en castellano, pero en tan mala traduccion, que no parece sino que se encomendó á uno de los pestilentes moradores del celeste imperio.

En uno de los costados de la barbería hay una pequeña consola de ocote pintada de negro, y encima de ella una multitud de pomitos vacíos ó con manteca de toronjil teñida con vermellon. Entre ellos se encuentra uno de esos frasquitos en que viene la goma líquida,

para los escritorios, y que está lleno de una sustancia mucilaginoso, hecha con linaza y coirazones de membrillo, y que tiene un olor muy pronunciado á limon podrido. ¡Aquello es la bandolina!

Colgado de la pared y encima de la mesa está un espejo con marco de yarda de laton, que tiene el privilegio de reproducir al que se mira en él, con la cara ancha ó larga y de un color verde como si acabara de pasar una larga enfermedad, debido esto á la excelente calidad de la luna; y enfrente de la consola una silla de elevado asiento y ancho respaldo, en la cual se encadena al paciente una media hora, mientras el barbero hace sus experimentos anatómicos.

Los ángulos de la barbería, que dan frente á la calle, están ocupados por dos rinconeras sin pié, encajadas en las paredes adyacentes, y sobre las que se admiran, ó bien dos estatuas de yeso representando cualquiera cosa, ó bien dos litografías francesas, en que se quiso personificar dos estaciones de las cuatro que tiene el año.

Junto á la puerta, y en el rincon menos visible, está colocada una pequeña hornilla con la olla del agua caliente, y encima de ella, colgado de la pared, un largo estuche de badana, que encierra en sus respectivas presillas una coleccion de homicidas navajas, tan viejas como de mala clase, un súcio peine y un pequeño espejo. El pichel y la vacia figuran debajo de la mesa.

En una alacena disimulada con la pintura de la pared hay algunos jabones, algunas toallas dobladas, y entre todo esto un cuartillo de hojadelata, que le sirve al barbero para salir de apuros, cuando estos no merecen el calificativo de *mayores*; por lo tanto la alacena huele, y no á ámbar.

En la puerta de la barbería hay una muestra, que dice: "Fulano de Tal, flebotomiano," ó bien: "Se riza y corta el pelo. Se rasura."

Y en la orilla de la banqueta la consabida tina de barro que contiene un asqueroso enjambre de sanguijuelas que se rebullen al sol, cambiando de lugar constantemente y resbalándose unas sobre otras.

El dueño de este establecimiento ha sido *pico* en el hospital, y *sabe* poner y levantar cáusticos, dar sangrías de lanceta y de sa- guijuelas, y sacar muelas; todo esto dicho por él con una cuarta de modestia y cien varas de presuncion, por lo cual tiene una numerosa clientela, y mal que bien, saca de la *profesion* para sus gastos y desperdicios.

Entre sus ambiciones está la de ser barbero de algun cuerpo de infantería, y aunque no su- ra generalmente á real á los de la ciudad y á medio á los rancheros, se ajusta con el coronel para hacer la *rasura* del batallon, razon de cuartilla por plaza, lo que hace que los infelices soldados teman mas á la policia de su cara que á la carga de una columna de caballería enemiga con lanza en ristre.

Si vd. quiere hacer penitencia y desagraviar á Dios por las muchas y muy gordas faltas que haya cometido á Su Divina Magestad, no tiene mas que poner su persona en manos de un desnaturalizado barbero, que allí muchos hará, y sobrados, para merecer la gloria eterna.

Afortunadamente para la clase acomodada, hay peluquerías en donde se martiriza al prójimo con la misma calma; pero siquiera con menos porquería.

El domingo va á la barbería un pobre hijo de vecino que quiere ponerse buen mozo.

Allí están dos ó tres amigos del *profesor* que conversan á gritos, refiriendo sus aventuras pasadas ó sus planes para el porvenir.

Llega el parroquiano, y saluda, como es natural; pero los amigos del barbero, entretenidos con la conversacion, no le contestan, dejándole con su saludo, fingiendo no haber oido, pues esta clase de gente tiene odio y mala voluntad á todo el que se llama decente.

El barbero es el único que viene á encontrarle haciéndole muecas y hablando con un tono adulator y repugnante, que huele á burlesca que trasciende, y le pregunta por la familia, á quien no conoce, porque el parroquiano es solo, como la palma del desierto.

Despues de estos cumplidos el barbero sienta á su parroquiano en el banquillo fatal,—

vulgo, silla de afeitar—y le pregunta con acento almibarado:

—¿Qué hacemos, el pelo ó la barba?

Como si él pudiera hacer uno ú otra, respondiéndole mas que destruirlos, y eso de la manera mas lamentable del mundo,

Y aprovecho la oportunidad para hacer una reflexion que viene aqui como de molde.

Los barberos, al *hacer* el pelo ó la barba, se parecen—por el procedimiento que emplean—á todos los gobiernos cuando se ocupan de *hacer* la felicidad del pueblo. (Se cumplase esa!)

El parroquiano, entendiendo al revés la pregunta del barbero, contesta lo que mejor le conviene, y entonces aquel vuelve á anudar la conversacion interrumpida con sus amigos poniendo manos á la obra y comenzando la operacion.

—¿Tibia ó fria?—pregunta el verdugo, refiriéndose al agua con que ha de disolver el jabon.

A esta pregunta debe responderse siempre "fria," pues de lo contrario le pondrán al

pretende que le rasuren, una agua capaz de pelar un pollo y de cocer un huevo.

En dos por tres el barbero embadurna con espuma de jabon pestilente á legía ó á aceite de coco, la cara del infeliz parroquiano, tapándole con ella las ventanas de la nariz y los conductos auditivos, y haciéndole saborear una buena dosis al pasar los dedos por la boca de su victima, pues este preliminar lo hace volteando para otro lado y conversando con sus amigos.

Despues se pone á asentar las navajas, con mucha calma, interrumpiéndose á cada momento para dar mas fuerza con la accion á lo que cuenta, y dejando que la espuma del jabon se apague y seque produciendo comezon y tirantez en las mejillas del que la tiene untada.

Pasa la navaja dos ó tres veces sobre la mano izquierda, y comienza su obra de destruccion desollando como quien rasura á un muerto.

Despues de algunos tajos y cuchilladas, vd. siente que la mano de hierro del barbero le deja descansar, y espera con ansia que este

vuelva para concluir de rasurarle; pero viéndole aparecer de nuevo, volteá vd. y dá una ojeada por la barbería, en la cual no le encuentra; hasta que á fuerza de buscar le ve en medio de la calle hablando muy descansado con un amigo que pasaba por enfrente.

Acaba de rasurar y descañona en seguida haciendo saltar la sangre por los poros y por las incisiones practicadas en la piel, por falta de pericia.

Viene despues de esto la peinada; y para hacerlo mejor, pregunta: ¿ponemos *humedad* y sin oír la respuesta, rocía la cabeza con una botelita de tapon perforado, en que guarda una mezcla de agua y alcohol, de bergamota ó canela; pero no como quiera, sino hasta que el líquido escurre por detras de las orejas. Despues toma una media onza de pomada de torajil y empieza á untarla metiendo las dos manos entre el pelo, y dando unos estirones que hacen saltar las lágrimas á los ojos del mas fuerte y con las que el parroquiano llora la impudencia de haberse expuesto á que le cometieran tantos desafueros.

Sobre la pomada unta con un cepillo de dientes la agria bandolina, y peina, al fin, dejando la cabeza empapada y poniendo á uno en riesgo de atrapar un constipado.

Quando se ha ultrajado á uno de esta manera, hay que pagar un real, es decir, *doce y medio centavos*, pues el barbero mexicano es mas caro que el español, que solo cobra cinco, (un real de vellón); y esto ha de ser dando solamente el real, pues si se da otra moneda para que el barbero se pague, la toma sonriendo, y dando las gracias con mucha política, se la guarda en el bolsillo y no da lo vuelto, y el parroquiano sale de allí como si le hubieran dado cachetadas, enjugándose con su pañuelo la sangre que asoma á las heridas.

Si á vd. se le ocurre ir á que le *hagan* el pelo, la cosa no es mejor que la anterior, pues tendrá vd. que sufrir las distracciones del barbero, los estirones del peine cuando le desemmaraña, y el constante repiqueteo de las tijeras que sacude sin cesar junto á las orejas de vd., y que producen un *chis, chis, chaja, chaja, chaja*, capaz de crispar los nervios al Co-

loso de Rodas si hubiera tenido la humorada de cortarse el pelo, y capaz tambien de romper el tímpano de un campanero.

Agréguese á esto que el barbero le muerde á vd. la oreja con la punta de las tijeras, y que con una sal andaluza, que es lo que hay que ver, se lo avisa, como si vd. no sintiera, diciéndole:

—¡Ya le mordí á vd.! Pero estas malditas tijeras...

Y á cada estiron y á cada mordizco, vd. hace un gesto y una ruidosa aspiracion, poniendo una cara la mas triste del mundo, hasta que termina aquel martirio y vd. se encuentra con el pelo escalonado como los grandes ejércitos en marcha.

Cuando el barbero ejerce la *cirujia menor*, no es menos tirano que Dionisio de Siracusa, y parece que la estudió con Torquemada.

Si se le ocurre á algun miembro de la humanidad doliente, llamarle para que le levante un cáustico, ya puede ver lo que hace, porque el infame le arrancará la ampolla sin ninguna miramiento, y le raspará despues á cada

curacion con un cotence bruto, (segun la antigua usanza) hasta sacarle sangre, sonriendo de los ayes de dolor que exhala el enfermo, con cierta satisfaccion y como diciendo en su interior:

—Sí; yo ya sé que los cáusticos duelen mucho: mi saber me lo ha enseñado.

Y si alguna pobre vieja—ó viejo, lo mismo da—se le presenta en la barbería, con la cara hinchada, porque le ha salido fluxion ó corrimiento por la fuerza de un dolor de muela, y quiere que se la saque, el barbero le hace abrir la boca mas de lo que en conciencia puede hacerlo el adolorido, y despues de un brusco reconocimiento de la muela, pone una cara grave, como quien sabe mucho, y dice que el asunto es sério; que la muela tiene *careo*, y que como es de arriba y está *matriculada*, es *muy fácil* que al sacarla se le venga *pegada un ojo* del solicitante.

Con todas estas patrañas, hijas de su profunda ignorancia, pone al que trata de eliminar un hueso de su boca, en una penosa situacion de ánimo; pero el dolor aprieta, y el fin

se resuelve á que el barbero le haga el favor de sacárselo, confiando en que Dios no permitirá una desgracia.

Se sienta el paciente y abre la boca, en la cual el barbero introduce el *gatillo*; y asegurándole bien, da un tirón formidable torciendo las manos.

El de la muela ve estrellas y da un grito sofocado creyendo verse libre del huésped que le mortificaba; pero cuando abre los ojos, ve delante de él al barbero que tiene el *gatillo* en la mano con un pedazo de encía adherido y una parte del labio, habiendo dejado la muela en su lugar. Al segundo ó tercer tirón sale la muela de la boca y el paciente de la silla, y el barbero le da un vaso con agua de menta para que se enjuague la sangre.

Con razon el anagrama de *barbería* es *barbarie*, quitando el acento.

Este es el barbero comun, y hay otros, aunque quedan muy pocos, que conservan todavía las costumbres de sus antepasados. Visten pantalon negro de perpetuela y chaqueta blanca; tienen su barbería en qualquiera calle,

y afeitan á algun canónigo y á algunos clérigos.

Esta clase de barberos usan patillas pequeñas, de esas que se conocen con el nombre de *clavo*, y teniendo de cincuenta años arriba, son arreglados en sus costumbres y económicos en sus gastos.

Las barberías de estos individuos son las que aun conservan celosías, un mollejon en que sacan filo á las navajas, y un Divino Rostro en hoja de lata con marco de lo mismo, como patrono del establecimiento.

La charlatanería ha desaparecido de unos y otros en estos últimos tiempos.

Y lo mas particular é increíble del asunto es, que conociendo tan á fondo á los barberos tenga yo el valor, la intrepidez y el arrojo de ir á ponerme en sus manos asesinas, cuatro veces al mes, cuando menos; pero esto consiste en que las barbas que Dios me ha dado, son un enemigo mucho mas formidable que el barbero, y ¿qué he de hacer triste de mí si no apelar al medio comun para quitármelas de encima?

Figúrese vd. que rasca el lomo de un cerdo, y se podrá formar una idea aproximada de la impresion que recibiria en la mano, al pasarla por mis carrillos.

Mis barbas son gruesas en grado heróico y retorcidas como el resorte de un sofá, de manera que á los dos dias de rasuradas me sacan los colores á la cara, y en vez de salir como las de todos los hombres, dan un cambio de frente y vuelven á entrar en la piel como avergonzadas de salir á luz, produciéndome cada una de ellas una enorme y dolorosa espinilla.

Si las dejo sin rasurar, sufro las penas del purgatorio cuando las peino todas las mañanas, y se me llena la piel de barro y costurones que no me dejan momento de tranquilidad.

Varias veces he intentado dejarlas crecer libremente, pero á lo que me hacen padecer, se agrega la figura ridícula que ofrezco con ellas. No hay dos que, juntas, vayan en la misma direccion, teniendo la originalidad de nacer en la línea que forma la nariz con las orejas, dejando limpia la parte visible de mis mejillas, y extendiéndose, con una exuberan-

cia digna de mejor lugar, por la parte inferior de la mandíbula é invadiéndome el cuello por el lado derecho.

Si es cierto el sistema de Pitágoras, creo firmemente que en mi existencia anterior debo haber sido ballena ó cosa semejante.

elta  
ndi-

MA DE NUEVO LEÓN  
DE BIBLIOTECAS

tor interior de mejor lugar, por la parte interior de la mandíbula e invaginándose el cuello por el lado derecho.

Si es cierto el sistema de Frigg, esto es, que en mi existencia anterior trabajé en las abejas, como se ve en el



los jóvenes fuertes y robustos que no han más que pedir—y Antonio es una buena copia de quince años, con unos ojos negros y tristes, que parecen de una casilla de mismo San Luis Gonzaga; con un color que le hace parecer a darle un beso en las mejillas y una boca de gran belleza, "gracia"; robustos la cabeza y los

## EL MATRIMONIO.

[VARIACIONES SOBRE UN TEMA POPULAR.]

### TEMA.

(Compas, TRES POR OCHO; tiempo, DE WALS DE STRAUS, ó lo que es lo mismo, "correr de caballo....." como dice el adagio; AIRE, ALLEGRETTO, todos los compases LIGADOS, y la modulación DOLCE.)

Juan es un muchacho del pueblo, de veinte años—y cuidado que á esa edad están nues-

tros jóvenes fuertes y robustos que no hay mas que pedir—y Antonia es una guapa chica de quince abriles, con unos ojazos negros y traviesos, que sacarían de sus casillas al mismo San Luis Gonzaga; con un color apañado que provoca á darle un beso en las mejillas, y una boca de grana, de gruesecitos labios que va diciendo al espectador: “prueba y verás.”

Ademas, Antonia tiene unos brazos, ¡qué brazos! unas manecitas pequeñas, regordetas y suaves como seda; un seno turgente y virgen, que la haría acreedora á aquellos versos de Camoens que dicen:

“Andando, as lacteas tetas lhe tremiam,

Com quem Amor brincava, e nao se via:”

quitando por supuesto lo de *lacteas* que no le conviene por el color; una cintura flexible, redonda y delgada, que no parece sino que va á quebrársele, y unos pies pequeñitos y bien formados, calzados con unos zapatos de mahon negro, que no pudiendo encerrarlos, los dejan

derramar por los bordes de una manera primorosa.

Juan conoció á Toña en la Villa de Guadalupe el dia 12 de Diciembre, y á pesar de la estacion, el alma de Juan entró en un positivo *estío* que no le dejaba ver *la suya*.

Toña conoció á Juan, y como si ella era bonita y apetecible, él le dijo “*quita que voy*,” tienen vdes. que los dos sintieron en sus entrañas el fuego del Esla, y conocieron que aquello no tenia otro remedio que ir á ver al juez civil y al cura para salir de penas.

Pero es el caso que se les presentaron mil dificultades que no era muy fácil vencer, y Juan y Toña determinaron de comun acuerdo, comunicar á los padres de uno y otro la resolucion que habian formado de recibir el séptimo sacramento.

Juan era cochero de casa grande, y el padre de Toña, carpintero; así es que, como sus *condiciones sociales* allá se iban, el novio fué admitido de visita y paseo en la casa de Toña, y con estas *intimidades* pronto estuvieron mas enamorados uno de otro, que Eloisa y Abe-

lardo, con la diferencia de que no se escribían cartas para expresarse su amor, sino que la palabra tenían sus desahogos eróticos con:

—¿Me quieres?

—Sí.

—¿No quieres á otro?

—¿Aque tú!..... ¡Qué cosas tienes! ¿Y tú me quieres mucho?

—¿Cómo no, chula?..... Nomás mira.....

Y estos diálogos repetidos cada vez que se veían, eran cien cargas de combustible amontonadas en la inmensa hoguera de sus corazones.

El amor que sentían era casto, tan casto cuanto puede serlo entre personas de nuestro pueblo, por cuya razón los dos muchachos pensaron en *la casaca* más que de prisa para no retardar el instante de su felicidad.

En las visitas que Juan hacía á Toña, se pezaban por saludarse muy *cortaditos* y avergonzados; poco después se aproximaban uno al otro en la primera oportunidad, y cuando Juan salía de la casa, iba con el corazón batándole con fuerza, las manos frías y trémulas

de emoción, y resuelto á apresurar su enlace lo más que pudiera.

Toña se quedaba pensativa, sin hablar á sus padres, con las mejillas color de escarlata, la respiración agitada, y las manos ardientes y húmedas.

Los dos se soñaban *unidos*, y al día siguiente su primer pensamiento eran uno y otra.

Cansado de estar sufriendo aquel *tantalino* suplicio, Juan pidió á su *amo* el dinero que necesitaba para el matrimonio, y empezó á *dar los pasos consiguientes*; y trascurrido un mes, Juan y Toña recibieron la exhortación del juez del estado civil y la bendición del cura, convenciéndose de la gran verdad que encierran aquellos siete versos que dicen:

El amor es un bicho  
Que cuando pica  
No se le halla remedio  
Ni en la botica,  
Porque sus males  
Si el cura no los cura  
Son incurables.

Unidos con el indisoluble lazo y viendo el mundo de color de rosa, comenzaron á correr ese albur famoso que se llama matrimonio, y cuyas dos cartas son la felicidad ó la desgracia para toda la vida.

FIN DEL TEMA.

I.

VARIACION PRIMERA.

[*Andantino; compas, tres por cuatro; ralletando, staccato.*]

Julia.—¿Alfredo, por qué has venido tan tarde? Mira, hijo mio, á este angelito que no puede dormirse porque le hacen falta tus caricias.

Alfredo.—(Disimulando su mal humor, y procurando estar amable.) No es tarde, hija, que no es tan tarde; apenas dieron las diez

sin embargo, tienes razon: soy un pícaro y no me volverá á suceder, te lo prometo.

(Pausa en que Alfredo deja sobre un mueble el sombrero y el sobre-todo, y se sienta en un sillón viendo el cielo de la sala. Julia, entre tanto, finge acariciar á su hijo que tiene en los brazos; pero en realidad observa á su esposo, cuyo indiferentismo es mayor que el que pudiera temer una jóven á los dos años de casada. Alfredo tararea el aria del duque de Mantua, en la ópera "*Rigoletto*," que dice:

"*Questa ó quella á me pari sono.....*"

mientras Julia inclina la cabeza, y deja correr dos lágrimas de amargura, que caen en el tierno rostro del niño que duerme.)

Alfredo.—¿Y por qué no te acuestas? (Con sequedad.)

Julia.—Si no tengo sueño..... (Procurando sonreír.)

Alfredo.—Es que como tú creías que era la media noche..... (Con acento irónico.)

Julia.—No, Alfredo, sino que cuando no

estás aquí, me asaltan mil pensamientos funestos, y temo que te suceda algo. Ya ves, cuando uno menos lo piensa..... Y luego.... (bajando la voz y con timidez, dando una mirada afectuosa á Alfredo.) Tus amigos.....

*Alfredo.*—(Irritado y levantándose.) ¡Mis amigos! ¿Qué tienen mis amigos? ¿Te parece que yo debería estar encerrado entre cuatro paredes y no hablar con nadie, porque á tí se te antoja suponer que mis amigos me seducen, me pervierten, me prostituyen?

*Julia.*—(Con angustia.) ¡Alfredo!

*Alfredo.*—(Paseándose por la sala precipitadamente.) ¿Te imaginas, acaso, que soy un niño de cinco años para estar cosido á las faldas, y no salir si tú no me das permiso de hacerlo? No faltaba más, sino que un hombre de mi edad estuviera bajo la tutela de su muger, sin tener libertad de ir á donde le dé la gana.

*Julia.*—¡Alfredo, por Dios!

*Alfredo.*—No, señora; vd. se equivoca, esto no puede continuar así. Harto he sufrido ya las impertinencias de vd., y es fuerza que esto termine; de lo contrario, me marchó de

aquí á vivir á un h6tel, en donde no tenga quien me fiscalice ni me pida cuenta de mis acciones.

*Julia.*—Pero si nada te digo; si no trato de saber á donde vas, ni de donde vienes; si deseo que vengas temprano, es solo porque no estoy contenta cuando estás fuera de casa. (Se levanta.) Soy muy imprudente, bien lo conozco, pero ¿qué quieres? no pensé que te enfadarías..... perdoname, y no estés de mal humor, Alfredo mio!

*Alfredo.*—(Parándose y cruzando los brazos con ira.) ¡Eso es! Las lágrimas..... las palabras de reproche para tí..... ¡Magnífico! ¡Así se hace! Quien te viera, diría que yo soy un tirano contigo, que te hago desgraciada, que vives en un infierno por mi mala conducta..... ¡Oh, las mugeres! Cásese vd. para estar viendo todos los días esto; para estar continuamente bregando con un carácter como este..... ¡Reniego de la hora en que me uní á semejante muger, que con su imprudencia me hace la vida insoportable!

*Julia.*—(Ahogándose por los sollozos y con

el rostro bañado por el llanto, se acerca á Alfredo, y con voz suplicante le dice:) ¡Alfredo, baja la voz; que no se aperciban los criados de lo que pasa entre nosotros! No vayan á contarle á mamá la manera con que vivimos.

*Alfredo.*—¿Y qué me importa? Sí, gritaré, gritaré todo cuanto quiera, que para eso estoy en mi casa. Gritaré para que todo el mundo sepa la vida que paso contigo. Esto no es vida, ¿lo entiendes? Vivo en un martirio constante por tu causa, y parece que tú te complaces en hacerme sufrir. ¡Se acabó! De hoy en adelante voy á ser otro; quiero ser el amo en mi casa y tener una independencia absoluta; y en prueba de ello.....

(Alfredo toma el sombrero y el sobre-todo y se dirige á la puerta; al llegar á ella, se vuelve hácia Julia.)

*Alfredo.*—¡Que te encuentre en pie cuando vuelva, y.....!

(Julia corre á detenerle, él le dá un empujón y sale cerrando la vidriera con estrépito. El reloj de la consola da las doce, y Julia se

deja caer en la silla próxima, comprimiendo á su hijo contra su seno, y dice en alta voz:)

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo para sufrir de esta manera?

Y un nuevo raudal de lágrimas corre por sus mejillas.

Alfredo sale de la casa y se dirige á la Concordia, en donde están aun sus amigos.

Estos, al verle llegar, golpean la mesa con el mayor placer, y uno de ellos le dice:

—Chico, tú has tronado hoy con tu muger: se te conoce en la cara.

—Sí—contesta Alfredo—*la señora se incomoda de todo, y hay veces que uno no está para el paso; pero esto no es cosa de cuidado, y me alegro de ello porque pude volver á hacer á vdes. compañía.* ¡Mozol—añade gritando.—Trae mas vino y otra copa.

El mozo corre á traer el vino, y Alfredo llena una gran copa, la apura de un trago y

vuelve á llenarla. Entonces uno de sus amigos propone un brindis por que Alfredo se emancipe de la tutela de su muger.

El brindis es acogido con risas, y las copas se chocan.

A la tercera copa Alfredo canta y rie, mientras que la infeliz Julia llora amargamente en su lecho y teme por el porvenir de su querido hijo.

La mayor parte de los dias se repite esta escena, y la triste esposa sufre el desamor de Alfredo, que no conoce todo lo criminal que es la conducta que observa con ella.

¡Oh! Si los hombres reflexionaran un poco, si comprendieran la inmensa deuda de gratitud que tienen que satisfacer con la muger que se une á ellos, no querrian causarle ni el mas ligero disgusto, consagrarian su vida á complacer al ser débil que abandona su familia para ir á formar una nueva al lado del hombre á quien ha entregado su corazon.

La muger en el matrimonio lleva la peor parte. Tiene que ser la esclava de los hijos y la amiga dulce y buena del esposo.

Todos los cuidados y todas las atenciones de este, no serian bastantes para recompensar las infinitas privaciones á que está sujeta, los continuos desvelos que le causa la familia y lo mucho que tiene que sufrir bajo todos aspectos.

La muger es la que devora en el silencio del hogar todas las amarguras que su esposo sufre; ella es la depositaria de sus secretos, y siempre tiene una sonrisa y una palabra de consuelo para endulzar las horas tristes que nublan nuestra frente.

Dichoso el hombre que sabe respetar á su esposa y posee el secreto de conservar su cariño, no haciéndose indigno de ella!

Huid, jóvenes, de aquellos que llamándose vuestros amigos, os aconsejan el mal y os distraen de vuestros deberes, porque ellos son los mas terribles enemigos de vuestra tranquilidad doméstica, y tarde ó temprano serán causas de vuestra desgracia.

II.  
VARIACION SEGUNDA.

[*Compas mayor. — Fortissimo. — Todas las notas PICADAS Y AL CONTRATIEMPO. Flebile.*]

—Pues sí, vecina, es el único modo de vivir contenta; porque si una se deja dominar por el hombre ¡adios! se nos suben encima y tenemos que ser sus esclavas. Ya vd. ve: en mi casa se hace lo que yo digo, y siempre estamos en paz. Si vd. siguiera mi ejemplo....

—No, Doña Mercedes, eso va en genios, y ya por no hablar, pago.

Me parece que si los casados quieren tener paz en su familia, deben los dos poner algo de su parte, y no ser necios ni exigentes. Lo digo por mí, que cuando *aquel* está enojado, *punto en boca*, y prontito se le pasa.

¡Es tan feo estar como perros y gatos!....

—¡Qué capaz, mi alma, que yo hiciera eso! ¿Pues qué, se casó una para que la manden, y para sufrir las impertinencias del marido? ¡No, señor! Eso fuera de verse. ¡Bonita soy yo para estarme callada! cuando él viene con sus tonterías, siento que la lengua me baila y no descanso hasta que oye mi boca.

Y si no, dígame vd. El otro día le dije que quería un vestido nuevo como el que compró la muger de su gafe, que es oficial en la *gubernación*, y me salió con que no tenía *cunquibus*, que el gobierno no les paga y que al cabo tengo muchos vestidos, mientras él no tiene mas que lo *encapillado*.

¿Me da vd. *desfachatez* como esa?

—Pues mire usted, *Doñita*, que no se me hace que dijera mal: porque al fin los hombres son hombres, y tienen que andar entre las gentes, y salir á la calle á buscar *el pan nuestro de cada día*, y si no andan puestecitos como Dios manda, ¿quién les va á fiar ni un saco de alacraes?

Una al fin tiene sus obligaciones dentro de

casa, y cuando sale á la calle ¿quién va á saber si tiene mucho ó poco que echarse encima?

—¿Quién? Todito el mundo: pues en esta bendita ciudad de México parece que, entre tanta gente, no pondrían cuidado de si uno viste ó calza así ó del otro modo, y buen chasco se lleva la que no está pendiente de todo.

Empieza usted, porque le hacen balance de lo que se pone, y conocen el color de sus vestidos y las randas de sus enaguas; saben cuántos *tápalos* tiene usted, y si un día se los *tapan* *atravesados* y otro *esquinados*; saben lo que come, cuánto le paga á la moza del pretil, si toma chocolate ó café, si sopla la lumbre con *aventador* ó con un cuero, y en fin, mi alma, hasta se informan, con perdon de usted, de si la ropa que lleva la lavandera va *sucia* ó *no*. Y con todo esto vaya usted á eternizarse con seis miserables *tuniquitos* de lana y uno ó dos de seda, para que le digan que es una *rola* que no tiene segunda camisa.....

El hombre no es así. Con un pantalon, un chaleco y un levita negro, ya está despachado para un año; y si quiere tener remuda, los

compra hechos, que los hay que ni mandados hacer, y así le sale mas barato. Pero á nosotras nos cuesta un sentido cualquiera *hiacha*, y nunca tenemos lo bastante.

Ademas, que ¿quién va á *parar* la *stencion* en un escribiente como es mi marido? Anda como anduviere, siempre está bien. Y sobre todo, con estos maldecidos destinos del gobierno, que hoy son y mañana no; si una no le toma alforza al tiempo, se queda de repente sin tener con que taparse.

En esto, entra á la casa de vecindad, en cuyo patio tiene lugar el diálogo anterior, un indio que vende fruta, y Doña Merced le dice que suba á su vivienda.

Compra chirimoyas, limas, zapotes *prietos* y nueces, y gasta lo que tenia reservado para las tortillas, porque "al cabo es dia quince, y Don Prudencia, su marido, debe traer la *quin-cena*."

La vecina de Doña Merced, disfruta de aquella compra, y al oír que se trata de golosinas, salen de la vivienda de esta última tres muchachos, de los que el mayor tiene nueve

años y el menor siete; todos hijos del escribiente del ministerio.

Cuando la familia está devorando la fruta, llega el infeliz Don Prudencio, cansado del trabajo y con un agujero en el estómago, de gana de comer. Su muger le recibe arrugando el entrecejo, y sin dignarse dirigirle la vista al rostro, porque solo le ve á las manos, le dice con mal modo:

—¿En dónde está la quincena?

—Hijita, en la tesorería, supongo, porque lo que es á nosotros ni siquiera nos han hablado de eso.

—¡Buena la has hecho! Ahora que no tenemos ni para las tortillas! Pero ya se ve, como tú eres tan bonazo que jamas reclamamos lo que te deben..... Estoy segura de que todos tus compañeros están pagados, y de que tú eres el único que te has venido con las manos limpias.

—¿Qué pagados ni qué calabazas! Si vieras, chulita, los trabajos que pasan todos los demás empleados de mi oficina..... Dí que yo estoy en Jauja y que nada me falta.

Hay allí un pobrecito hombre cargado de familia, que no tiene con el pequeño sueldo que gana, ni para desayunarse.

—¿Y qué me sales ahora con eso? ¡Como si me importara algo lo que les pasa á otros! Vamos á ver: ¿por qué no has pedido tu quincena?

—Porque, hijita mia, hubiera sido inútil. No se la dan al que quiere, si no hay para todos.

—Pues no comerás, porque yo, confiando en tí, gasté lo que tenía.

¡Qué hombre, Virgen Santísima! ni para su conveniencia es bueno!

—Pero hija, no seas imprudente: ¿crees que si de mí dependiera, no traeria quincenas todos los dias, para que no estuviéramos á la cuarta pregunta, como desgraciadamente estamos?

¡Vaya usted á ver! Te incomodas porque no traigo dinero todos los dias, como si fuera tan fácil encontrarlo.

—¿Qué modos son esos? ¿Te parece mal que te pida?

—No me parece mal que me pidas, sino que me pidas con necedad, cuando yo te doy todo lo que gano sin reservarme nada para mis gastos.

—Eso es, tú querrias que yo fuera de palo para que no te hiciera ningun gasto; pero desgraciadamente para tí, soy de carne y hueso, y tengo necesidades que satisfacer como *toda hija de vecina*.

—Está muy bien: si yo no te digo que no gastes; pero que gastes con medida, arreglándote á lo que gano. Me parece que treinta pesos cada quince dias, son mas que sobrados para cubrir nuestras necesidades y aun quedaria algo para hacer una alcancia. Pero, no señor, tú tiras en porquerías lo que yo gano con mil afanes, y andan mis pobres hijos hechos *una arandela*, que hasta duele el verlos. ¡Dios me dé paciencia!

—¿Quiere decir que yo soy una desperdiciada que no sirvo para muger de casa? Eso tiene usted con haberse casado conmigo. Yo estaba muy contenta con mis padres, sin que nada me faltara, haciendo mi libre y soberana

voluntad. ¿Para qué fué usted á quitarme mi bienestar trayéndome á sufrir tantas privaciones? Sí: lo que sucede es que ya te enfadaste de mí (haciendo pucheros) y por eso te pesa que satisfaga cualquier antojito.

Doña Merced baja los ojos y empieza á limpiarse las faldas del vestido y á hacer como que se quita motitas de hilo. Don Prudencio ve que ella va á llorar y se aflige mucho, no hallando como satisfacer á su ofendida costilla.

Ella observa la turbacion de su marido, y queriendo dar el golpe de gracia á su debilidad, inclina la cabeza, se cubre el rostro con la punta del delantal y se suelta dando unos sollozos y unos gritos que ponen en alarma á toda la vecindad.

Entonces Don Prudencio acaba de perder el resto de energía de que se habia armado, y cree firmemente que es un monstruo de iniquidad, que merece la horca por el mal trato que da á su desgraciada muger.

Se acerca á ella con timidez y quiere separar el delantal que oculta su rostro: ella se re-

siste, y entonces el buen marido cae de rodillas delante de su esposa, y con los ojos rasados de lágrimas y *tragando gordo*, le dice:

—Mercedita, hija mía, perdóname mis imprudencias..... ¿No me oyes?

—¡Aaaaah, jay, jay, jay, jay! ¡Qué desgraciadas..... somos.... las.... mugeres.... con tener que sufrir todas las crueldades de los hombres!

Y Doña Merced llora con mas fuerza.

—¡Válgame Dios!—dice Don Prudencio aparte, retorciéndose las manos hasta hacerse tronar los huesos.

—¡Mercedita, hijita de mi alma! ¡qué! ¿y no me quieres? ¿Pues por qué me afliges de ese modo?

Y Doña Merced, como si tal cosa.

Entonces Don Prudencio apela á un recurso dramático, viendo la inutilidad de sus súplicas. Se levanta y comienza á pasearse por el cuarto; y tomando actitudes cómicamente trágicas, mientras con el rabo del ojo observa el efecto que producen en su muger, dice con

voz temblorosa y ahogada, dizque por la grande emocion que experimenta:

—¡Qué vida, Dios mio, qué vida! ¡Tengo el don de errar! ¡Yo que siempre estoy pendiente de sus mas insignificantes caprichos; yo que procuro complacerla en todo y por todo, no soy dueño de venir un dia *mal guisado*, porque es para que se venga el mundo abajo!

¡Por qué, Señor, me sucede esto? Toda la gente tiene sus ratos de mal humor y se le dispensan; pero á mi, ¡nada! cualquiera cosilla que diga es recibida mal, como si azotara á un Santo Cristo..... ¿Qué pecado estare pagando?..... ¡No! (Con resolución.) Es fuerza que esto acabe. Puesto que yo hago desgraciada á mi muger, el remedio es *quitarme de en medio*. ¡Me voy á pegar un tiro!

Aquí los hijos de Don Prudencio, que han presenciado la escena anterior confusos, cañracontecidos y llorando en silencio, no pueden permitir que su padre vaya á correr una suerte tan desastrada, y se arrojan á él abrazándose de sus piernas, *gritando* un terceto de súplicas conmovedoras de:

—¡No, papacito!

—¡No te mates, papá!

—¡Mamá, mirá á mi papá que quiere matarse!

—¡Eh, largo de aquí!—dice Don Prudencio, viendo que los muchachos le impiden terminar su pantomima.—¿Quién les mete en la cabeza que no les importa?

Y espera que su muger suspenda su llanto y venga á arrebatarle de los brazos de la muerte.

Pero lejos de eso, Doña Merced se quita el delantal de los ojos, y con una sonrisa entre desechada é irónica, dice á sus hijos:

—Déjenlo, no hay loco que coma lumbre, y además, que no tiene pistola para darse un tiro.

¡Anda, sinvergüenza! Eso es lo que te gusta: asustar á los niños y darme mortificaciones—añade dirigiéndose á su marido:—mejor fuera que te midieras un poquito conmigo para evitar estos escándalos.

El tono de Doña Merced ha cambiado muy favorablemente para Don Prudencio. Es ya

no un reproche, sino una amistosa reconven-  
cion.

Don Prudencio se conmueve y finje llorar, y entre tanto Doña Merced se suena y sale del cuarto.

A la puerta de cada vivienda están asomados los vecinos, sacando la cabeza con curiosidad, y al ver aparecer á Doña Merced unas se ocultan y otras entablan mil diálogos por el estilo de este, aunque todos en voz baja:

—¡Qué vida! ¿no, vecina? Es para morirse.

—¡Ay Dios! Yo con una semana así, iba á dar á Santa Paula.

—¡Pobre muger!—dice otra vecina á la que tiene mas cerca.

—No, si es ella la mala con su marido. Como es tan *rasca-rabias*, él no la puede sufrir. ¡Bendito sea el Señor, que yo y aquel vivimos en paz!

Y Doña Merced va entre tanto al cuarto de su amiga la de enfrente, y le pide un real prestado para las tortillas, mientras las vecinas la observan con asombrados ojos.

—Sea por Dios, Doñita—le dice aquella—  
¡qué trabajo es vivir así!

—¡Qué!—contesta Doña Merced—si ya está como una seda. Si no fuera porque ya sé el modo, me iría muy mal; pero en cuanto veo que me va á regañar por algo, suelto las lágrimas, y á poco rato se da de santos con que me contento, y no se acuerda del principio de la cuestión. Si no, ahora se hubiera enojado porque gasté lo de las tortillas y hubiera armado una trifulea que solo le digo.

—Pues será lo que usted quiera, pero yo estoy en las mias: es muy triste que vivan los casados como perros y gatos.

### III.

#### VARIACION TERCERA.

(Llave de SOL; compasillo; tono, DO NATURAL; es decir, sin ACCIDENTES; tiempo de polka ALLEGRO.)

—Miray hija, qué bonito corte te compré en el cajón. ¡Si parece de seda! ¿Te gusta?

—No me ha de gustar? ¡Si está preciosol

—Es para que lo hagas para el día de tu santo. Verás qué bien te sale este color de paja, adornándolo de encarnado, con tu colorcito moreno. ¡Ay! Ya no veo la hora de que hagas el vestido.

—¿Y tú, qué compraste para tí?

—Para mí, nada: ya ves que hay bastante con la ropa que tengo. Estando tú vestida como la gente, poco me importa mi persona.

—Oh! ¿Ya lo ves? Siempre haces lo mismo, por mas que te advierto que no quiero que me compres nada, si tú no te haces un vestido. Eso no está bueno, y me disgusta mucho.

—No, vida mia, si yo tambien me compré algo. Ahora lo verás.

Y Manuel saca de la bolsa trasera de la levita un rollo envuelto en un papel.

—¿A que no adivinas qué es?—dice á su muger, levantando en alto el brazo para que ella no pueda tomarlo.

—Será una corbata, cuando mucho.

—No aciertas—dice Manuel sonriendo.—

Y vaya que es una cosa que te agradará, por que hace tiempo que estabas deseando que la comprara.

—Pues no se me ocurre; ya ves que soy muy torpe para adivinar. A ver, trae acá.

Concha se levanta y pugna por alcanzar el rollo que Manuel tiene en la mano, hasta que este se lo deja sorprender, y Concha corre á un lado y desenvuelve media docena de pañuelos blancos.

—¿Ya lo ves?—dice á Concha despues de darle un beso en la frente.—No me he olvidado de mí; pero quiero que marques estos pañuelos con tus iniciales, para traerlas siempre conmigo.

—¡Sí!—responde Concha—eso lo haces para que yo los use. No me la pegas.

—Y suponiendo que así fuera, ¿qué tendria de particular? ¿No uso yo los tuyos algunas veces? Conque anda, acéptalos como míos, y déjate de escrúpulos. Ya sabes que tengo mucho gusto en complacerte; compláceme tú en esta ocasion.

—Pero así salimos con que para tí no trajiste nada.

—No, porque de estos seis pañuelos, cuatro solamente serán para tí, y yo usaré todos los restantes—contesta Manuel haciendo una caricia á su esposa.

—Bien está: paso por ello; pero con la condicion de que de tu sueldo del dia primero te compres algo para tí, y no me vengas con lo de costumbre.

—Te lo prometo.

\* \*

—¡Mamacita, mira qué buen dulce he comprado al salir de la escuela! Toma la mitad, y guárdale á papá la otra mitad.

—No, hijo, le guardaré á tu papá un poco, y de ahí comeremos los dos.

—Pero si yo lo quiero..... ¿por qué no quieres tomar lo que te doy?

—Porque á nosotros no nos gusta el dulce tanto como á tí, y no quiero que te prives de él por dárnoslo.

—Pero si yo ya comí, mamacita, y está muy bueno. Por eso quiero que ydes. lo prueben.

—Pues siendo así, lo tomo.

—¡Ay, qué buenol! Ahora, en pago de mi dulce, dame un beso.

Y Concha dá á Enrique, gracioso niño de seis años, el beso que solicitaba; no como premio de su regalito, sino como un nuevo obsequio que recibe de los labios de su hijo.

—¿Mamá?—dice Enrique inclinando la cabecita á un lado, y viendo á Concha con cierta timidez.—Voy á pedirte una cosa; pero no me la vas á negar.

—Segun sea lo que me pidas.

—No, si te lo pido no más porque no me regañes, porque lo que te voy á pedir es miyo; pero no quiero tomarlo sin tu permiso.

—Pues bien, ¿qué es?

—Pero ¿me has de dejar hacer lo que quiera con lo que te voy á pedir?

—Si puede ser, ¿por qué no?

—Bueno; te voy á contar antes, para que te dé lástima como á mi me ha dado.

Y el niño, colocando los brazos sobre las rodillas de su madre, y viéndole á la cara, empieza su relato de esta manera:

—Mira, mamacita: el portero está muy pobre, y dizque no gana tanto dinero como papá; y por eso lo ves tan mal vestido y cosiendo zapatos viejos á la puerta de su cuarto.

Ese niño que sube á jugar conmigo algunas veces, tan rotito y tan sucio, es su hijito; y siempre que compro alguna cosa delante de él, me mira con unos ojitos tan tristes, tan tristes, que algunas veces le doy mi dinero y ya no compro nada, diciéndole que es para que gaste en lo que quiera. Pero el pobrecito, en vez de comprar, se lo lleva á su padre, y el pobre hombre viene y me abraza y me hace cariños, diciéndome como si quisiera llorar: ¡Dios te lo pague, niñito, y haga que nunca les falte que comer á tus papás!

Pues bueno; desde hace tres días, el muchachito no está sentado en la puerta; y como yo lo habia extrañado, le pregunté al portero por él, y ¿qué piensas que me dijo? ¡que estaba malo de calentura! Me dió tristeza y le dije

que me llevara á verlo; pero ¡ay mamá! ¿vieras qué cuarto tan feo el del portero!... No tienen ni mesas, ni sillas, ni nada. Un cantarito con agua en un rincón, tapado con un jarrito, y un petate hecho pedazos en que está el muchachito acostado, tapado con las enaguas de su madre.

—Pues bien—continúa Enrique en voz baja, retirándose un poquito de Concha y viendo el suelo con la mirada húmeda—¿qué ro que me des una sábana de las mías y una colcha viejita para dárselas al pobre muchachito, porque si yo estuviera así, y tú y mi papá no tuvieran con que taparme.....

Enrique se pone el brazo derecho en los ojos, y suelta el llanto que le impide continuar hablando.

Concha le estrecha sobre su corazón, y llorando también de felicidad al ver la exquisita sensibilidad y el buen corazón de su hijo, le cubre de besos y caricias diciéndole con acento afectuoso:

—Sí, hijo mío; le darás todo cuanto quieras, y aliviarás de ese modo su miseria. De

hoy en adelante tú socorrerás á la familia del portero, para que las bendiciones que de ellos recibas alcancen la protección de Dios para nosotros.

En ese momento aparece Manuel en la puerta de la habitación, é informado de lo que pasaba, tomó á su cargo la curación y la asistencia del niño enfermo, proporcionando después otra ocupación mejor á su padre.

¡Felices los esposos que saben conservarse el cariño que los llevó al altar, y que dan á sus hijos una educación que los haga útiles á la sociedad!

¡Bien hayan los padres que enseñan á sus hijos la práctica de la virtud, y no ponen á sus ojos el mal ejemplo de un matrimonio desunido por la imprudencia y las malas pasiones!

¡Bendito el hogar en que no resuenan palabras producidas por la ira, sino que es consagrado por la expansión de corazones amantes y virtuosos!

## IV.

## VARIACION CUARTA.

(Llave de DO en CUARTA; TRES BEMOLES; tiempo de MARCHA. FUGA.)

Se trata nada menos que de Juan y Toña, que se casaron al principio de este artículo, como quien dice: "al principio de las aguas."

Juan, hace tiempo que no es el mismo de antes, ni cosa que se le parezca.

Fue despedido de la casa en que servía, porque ya no servía para maldita de Dios la cosa, y se daba unas empulcadas de padre y muy señor mío.

¿Y por qué se había dado Juan á la *bébera* *cua*? Vamos á verlo.

Cierta día, Juan tuvo la tarde libre porque la familia de su amo no quiso salir al paseo en el coche, y el cochero juzgó prudente ir á dar una vueltecita por su casa.

Llega á ella, y se encuentra de manos

boca con un simple advenedizo, que parado junto á la puerta hablaba mano á mano con Toña, que estaba un poco mas adentro.

El advenedizo abre tamaña boca al ver á Juan, y Toña cambia su color apiñonado por los siete colores *del iris*; indicio mas que suficiente para que su marido creyera que allí había habido *tempestad*.

Toña tosió, se compuso el rebozo, escupió, y volvió á toser aturdida con la repentina presencia de su esposo; y el que la acompañaba se quedó como tonto en vísperas.

Viendo Juan que lo que pasaba era muy raro, permaneció mudo, apretando los dientes y los puños, hasta que el interlocutor de su muger logró serenarse un poco, y le dijo sin que se lo preguntara:

—Estaba informándome con la niña, si no sabia donde vive un hombre que hace peines de *cuerno*.

—No, amigo, por aquí nadie comercia en *eso*—respondió Juan haciéndose un esfuerzo para ocultar la sospecha vehemente de la infide-

lidad de su muger, que se le habia puesto entre ceja y ceja.

El desconocido se retiró sin despedirse, y Juan entró á su casa taciturno y mal encarado.

Toña ni siquiera le preguntó por qué no habia sacado el coche á paseo.

Lo que pasaba á Juan era muy gordo para que le pudiera salir del cuerpo; así es que meditó el modo de convencerse de su deshonra, aunque la actitud confusa de su muger y el que no le hubiera recibido como solia, de amable y festejosa, le demostraban bastante la realidad de su desgracia.

Desde aquel día, el desventurado cochero buscó alivio á sus penas en el pulque, y la frecuencia de sus libaciones le granjeó que su amo le despidiera del servicio.

Quedó *desocupado*, y pasaba el día en la pulquería hasta las horas de comer y de dormir, en que iba á su casa, no á jugar como antes con Toña, sino á pelear con esta diciéndole palabrotas, y dándole sus quejas en un tono muy poco á propósito para hacerle aborrecer su falta.

En cambio, el *cazador de vedado* que habia cautivado su corazon, aprovechaba la continua ausencia de Juan, para cultivar á sus anchas las relaciones que tenia entabladas con Toña, no muy platónicas que digamos.

La vida de los dos esposos era un infierno verdadero: y si al principio la infidelidad *teórica* de Toña pudo muy bien tener remedio, su marido empleó el método peor para reducirla al órden, y fué causa de que la *práctica* viniera á coronar la obra.

\* \*

Era el tiempo de aguas. La noche estaba como boca de lobo, y en el barrio en que vivia Juan, se veian ya esos provisionales puentes formados por una viga que atraviesa la calle, para que los vecinos puedan llegar á sus respectivas casas, sin echarse á nadar en los inmundos lagos de cieno en que está convertido todo el piso.

Juan estaba en la pulquería, que era su acantonamiento diurno, acompañado de algunos bebedores de profesion y del guarda que cuidaba la calle.

Llovía á cántaros; pero eran las diez de la noche, y como los parroquianos no habian de venir, el pulquero resolvió despedir á los que allí se encontraban, para cerrar su *establecimiento* mercantil é irse á dormir.

Todos dieron las buenas noches, y con los brazos cruzados sobre el pecho para abrigarse un poco, desfilaron cada uno por su lado con andar vacilante, resbalando á cada paso en el lodo, y no perdiendo pisada á ninguno de los charcos de la banqueta.

Juan salió tambien; y al llegar á la esquina de la calle, se detuvo un largo rato, contemplando á la luz del farol el mar invadeable que se extendia delante de sus ojos.

La embriaguez le impedia ver la viga susodicha, que completamente cubierta de lodo y sumerjida en el agua hasta su borde superior, se extendia de una banqueta á otra, semejándose al célebre puente Sirat de los mahometa-

nos, delgado como un cabello y cortante como una navaja de afeitar, por donde tenian que pasar para llegar al paraíso de las huries.

Juan lanzó dos ó tres juramentos y extendió una pierna para tantee el vado, yendo su pié á sumerjirse en el lodo frio y hediondo.

Maldijo su suerte y fué á buscar paso mas adelante; pero vió de repente que un bulto pequeño, pardo y que venia trotando en cuatro piés por la acera opuesta, rastreó un poco, y atravesó la calle con el paso que traía, sin atascarse ni nadar.

Desde luego conoció que allí debia estar el paso, y se dirijió á él con resolucion.

Estiró de nuevo la pierna hasta poner el pié en la viga, y despues de asegurarle dió un paso, y comenzó á atravesar la calle.

Toña estaba en su cuartito desmantelado y sucio hablando tranquilamente con su nuevo

galan, sin cuidarse de que su marido volviera antes de las diez.

Ya Toña no era la muchacha robusta, fresca y seductora de antes: había enflaquecido de una manera muy notable, y en vez de sus enaguas limpias y *compuestas*, llevaba unos giro-nes de percal de forma indecisa, y un rebozo sucio y roto que dejaba asomar el pelo si se cubría con él la cabeza.

Se hallaba sentada en un banquito pequeño, recojida la ropa y *hecha monton*, para no mostrar á su amante toda la deformidad de su miseria; y el amante, en la única silla alta que allí había. Un niño de algunos meses lloraba en un rincón del cuarto, acostado en un petate.

—Tú aguantas esto porque quieres; ya te lo he dicho: tu marido no puede darte mas que disgustos y mortificaciones, pues con el maldito vicio, no trabaja y no puede darte el trato que mereces.

—Pero ¿qué quieres que haga? Desde que murió mi padre no tengo ya á quien volver

los ojos, y es fuerza que sufra sus impertinencias.

—¿Y yo, Toña? ¿No te estoy diciendo que lo dejes, hace mucho tiempo? Pero parece que tú estás contenta con esta vida, y no pones nada de tu parte.

—¿Y mi hijo? ¿Cómo quieres que lo deje solito, tan *tiernito* como está, al lado de Juan, que lo dejaría morir encerrado en el cuarto mientras se fuera á la pulquería con sus amigos? ¡Ah! Si esa criatura estuviera grande, Juan no volvería á ver ni mi sombra.

El amante bajó los ojos y suspiró ruidosamente.

Juan, que iba llegando á su casa, resbaló y estuvo á punto de caer, lo cual hizo que profiriera los juramentos enérgicos que acostumbra, y siguiera hablando solo y en voz alta hasta muy cerca de la puerta.

Toña y su amante oyeron la voz del antiguo cochero, y se dispusieron á recibirle cada uno á su manera.

El, ocultándose detras de la puerta, y ella yendo á recostarse con su hijo.

Entró Juan á la casa sacudiéndose el lodo de las piernas, y el amante de Toña se deslizó detras de él y salió á la calle sin ser notado.

Despues, Juan cerró la desvencijada puerta del cuarto, y buscó por todas partes á su rival, como si hubiera algo en que pudiera ocultarse.

En seguida sacudió el sombrero, lo puso de canto apoyado contra la pared para que se escurriera el agua de que iba empapado, y con voz gruñona y tartajosa por la embriaguez, dijo á Toña:

—¡La cena!

—¿Qué cena quieres que te dé? ¿Me has traído acaso con que hacerla?—respondió Toña con una voz altanera y descomedida, que oía á cuerno de á legua.

—¿Y desde cuándo no traigo? Ves que no tengo qué hacer y que es fuerza que yo coma.... y.... tú lo buscas. Dame la cena y déjate de cuentos, que hoy no estoy para aguantar.

Toña hizo un dengue demasiado significativo y no contestó.

Juan se quedó parado, con las piernas abiertas, en medio del cuarto, pudiendo apenas sostenerse, yendo y viniendo con un bamboleo *sui generis* y respirando como fuelle de herrería.

El amante de Toña espía por una rendija de la puerta el momento en que el desgraciado marido cayera como un tronco, para no levantarse hasta muy entrado el día, á fin de introducirse, como lo tenia de costumbre, á la cámara nupcial.

Pero aquella noche Juan iba de un humor de todos los diablos, y resolvió reducir al órden á su muger, pues creía, con justicia, que el cambio que notaba en ella no podía venir sino de la falta del carifio, cuyos frutos aprovechaba otro mortal afortunado.

Así es que reunió toda su energía y se dirigió al sitio en que su muger estaba recostada, descargando sobre ella un verdadero aguacero de patadas, manazos é insultos dignos del oficio de que se veia retirado hacia tiempo.

Toña no esperaba aquella silenciosa acometida y recibió las primicias de la cólera de su indignado marido; pero luego se levantó gritando con voz de *soprano di forza*, y arremetió con los puños cerrados contra su infeliz marido, y en dos por tres le puso hecho una lástima de arañazos y pellizcos, que á poco mas le saca los ojos.

Juan la asió de los cabellos y tiró con todas las fuerzas de que podía disponer; pero Toña estaba en sus cinco sentidos, y enlazando una pierna á las de su esposo, dió con él en tierra echándole de espaldas, quedando libre de sus garras.

Esta operacion fué acompañada de los insultos mas del caso, no faltando entre ellos, sino antes bien ocupando el principal lugar, la palabra clásica con que las gentes del populacho designan á los cofrades de San Cornelio.

El niño lloraba hasta desgañitarse durante esta escena conyugal, y el amante sacudia la puerta para libertar á su Toña de la injusta agresion de su esposo.

Juan cayó de espaldas, y así pasó toda la noche.

Al dia siguiente fué despertado por el guarda diurno que cuidaba la calle, y que entró, porque se encontró la puerta abierta.

Toña, llevando en brazos á su hijo, habia tomado el portante despues de la riña, acompañada del amante, que desde aquel momento iba á representar *en público* el papel de Juan.

Al ser este despertado por el guarda, tenia entre los dedos un mechon de cabellos de la que fué su esposa: les dió una mirada triste, cuando se convenció de que ella le habia abandonado; los hizo una marañita, que metió en un agujero de los muchos que habia en la pared, y salió á la calle cerrando la puerta.

Al dia siguiente, en la puerta de una pulquería, se encontró el cadáver de un hombre que habia muerto ahogado por el pulque.

¡Era Juan!

una casa de espaldas y así quedó la

la de al frente fue desahogado por el

caso que ocurría en la calle y en el

caso se acordó la guerra y se

caso, pero en el caso de guerra se

caso de guerra se acordó el

## EL MEDICO.

¡Oh noble, desinteresada, benéfica, humanitaria y filantrópica aunque lucrativa profesión del médico!

¡Oh felices sucesores de Esculapio é Hipócrates, que dais la vida, aunque adoleceis del defectillo de ser *mortales* como todo hijo de vecino!

Perdonad si mi mal cortada péñola se atreve á tomaros por objeto del presente artículo, y concededme la razon en cuanto de vosotros diga—que no será mas que la verdad des-

uelta  
indi-

nuda,—so pena de aparecer ante el respetable público, como parciales é indignos de su confianza; y quiera el cielo librarme de vuestras manos, mandándome tocar retirada de este planeta sub-lunar, con alguna enfermedad incurable (la vejez, *verbi-gracia*) para que no perdais todo el atractivo y la simpatía que para mí tenéis como salvadores de la humanidad doliente, á la que no quisiera pertenecer ni por mal pensamiento.

¡Salud y pesetas, prestidigitadores de la vida, y procurad que el mundo se componga de gente sana y robusta merced á vuestra ciencia!

Pero sirva lo anterior como invocación, y vamos al grano.

Yo amo á los médicos, y en prueba de ello, diré que pensé convertirme en idem, y comencé á estudiar la oscura ciencia; pero *destripé*, en abstracto, por temor de *destripar* en concreto, cuando tuviera el título de cirujano.

Amo á los médicos, y este amor es la causa de que me haya puesto á observarlos para hacer su panegírico, como se verá mas adelante.

Cuando el padre Adan nos hizo el flaco servicio de perder la gracia, merced á los buenos oficios de nuestra muy amorosa madre Eva, recibió, entre otros muchos accesorios, el regalillo de las enfermedades, y lo que es peor, la facultad de morirse cuando menos lo quisiera.

En aquel mismo instante debieron nacer el primer médico y el primer boticario; y segun cuentan malas lenguas, no fué el diablo quien instigó á Eva á comer el fruto vedado, sino el espíritu de un médico en ciernes que se introdujo en la serpiente, con el fin de hacer necesarios sus servicios á la futura humanidad.

De entonces data la necesidad de curarse, y quizá por eso el signo simbólico de la medicina es una serpiente enroscada en el mango de un espejo.

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que los médicos existen, y que cual mas, cual menos, todos tenemos que habérmolas con ellos mas de una vez durante nuestra vida.

Entre ellos los hay buenos y los hay malos; y en el presente artículo procuraré hablar

de unos y otros, para que se vea que no tomo la cosa por donde quemá, poniendo en ridículo á una clase que merece el respeto de la sociedad por mas de un título.

Los médicos han sido siempre objeto de críticas y sátiras desapiadadas, viéndose mas de una vez calificados con epítetos mas ó menos denigrantes y ofensivos.

Escritores ha habido—y no vulgares por cierto—que les han hecho una guerra cruelísima, como Moliere en “El enfermo imaginario,” “El amor médico,” y “El médico á palos” en que los pone como ropa de pascua; Quedo, que en casi todas sus obras les pone como chupa de dómine, y Boileau que dice hablando de uno de ellos:

*“Fu le premier démon qui m’inspira de vers,”*

ó en castellano:

*“El fué el primer demonio que versos me inspiró.”*

Tienen ydes. que los desdichados médicos deben ser los esclavos humildes y sumisos de

la señora sociedad, desde que la facultad médica del país ó ciudad en que hacen sus estudios les concede el título, y echándoles la bendición, los pone en libertad de correr el mundo en pos de epidemias y malos climas.

La señora sociedad se parece por ellos, y sin embargo los trata con mas desprecio que al casero.

Desgraciado de aquel que recibido de médico, no monta su casa con todo el lujo y toda la elegancia posibles, aunque esto sea solamente en la fachada, y no tiene un carrujillo en que ir á la casa de los clientes; porque entonces no habrá un solo enfermo de cierta categoría que quiera ponerse en sus manos, por mas que sea mas hábil que el *ánalo-todo*.

¡Como si la ciencia se estudiara con el cochero y las mulas, y no en los libros que de tan difícil materia tratan!

Si el médico hace un sacrificio, y tiene coche, ya puede estar seguro de que todo el día le buscarán los enfermos acomodados y de que en muy poco tiempo reunirá un capitalillo que asegure el porvenir de su familia. Si no tie-

ne coche, ni un amigo que se lo preste, que pierda la esperanza de salir de pobre y se resigne á curar á dos ó cuatro reales la visita y quizá las mas veces á hacerlo de balde.

No hay gasto que se haga con mas repugnancia que el del médico; y no parece sino que se roba el dinero que le dan en remuneracion muy mezquina por cierto, de los grandes años y largos años de estudio que empleó para ponerse en estado de ser útil á sus semejantes.

Si hay una horrorosa epidemia y todo el mundo se cuida del aire, del sol, y de visitar á los que están atacados de ella por miedo de contagiarse, el médico tiene que arrostrar con todos estos peligros, como si tuviera cédula de vida, y no descansar un solo instante en el servicio de sus desagradecidos prójimos.

Se levanta tempranito, y ya le esperan cuatro, seis ó mas criados, que le llevan recado de que la señorita no pudo dormir en toda la noche, de que el niño sigue estreñido, de que el señor tuvo una tos que no lo dejó *pegar los ojos*, ó de que la esposa del caballero continúa

con la basca, y no puede conseguir que se le quede *nada* en el estómago; y es que la señorita está enamorada, el niño se dió un atracón de queso, el señor está en el último periodo de la tisis, y la esposa del caballero lleva ya tres meses de *novedades* inevitables.

Todos los criados dicen que en casa de sus amos esperan que la suya sea la primera visita que haga, por lo que el médico se vé en la imposibilidad de darles gusto, y dice que si á todos, se desayuna muy de prisa y sale á la calle acabando de anudarse la corbata y limpiándose los dientes con una pluma.

Y esto es correr y esto es sudar la gota gorda, andando de ceca en meca y de soca en colodra para que le reciban en todas partes, impacientes por su tardanza, diciéndole que la medicina de la víspera no produjo ningun resultado y que piense en otra mejor que aquella.

El médico, desde que entra á la casa en que tiene algun enfermo, se hace cargo de cual es el camino mas corto del zaguan á la recámara y todos los dias entra derechito á la cama de su cliente sin hablar con nadie de la fa-

milia, pues conoce muy bien que *le masean no le tragan*, como dice el refran; y que si fuera por la necesidad imprescindible que sus servicios tienen, no le saludarian siquien.

Llega, deja el sombrero y el baston en cualquier parte, y se sienta á la cabecera del enfermo, quien vuelve á él sus ojos lánguidos mandándole una mirada llena de inquietud queriendo adivinar en su rostro el estado que guarda la enfermedad y el grado de alivio ó gravedad en que se encuentra.

El médico saca el reloj y se pone á observarle mientras cuenta las pulsaciones; despues hace que el enfermo saque la lengua cubierta de sarro y seca las mas veces; hace un signo de aprobacion con la cabeza, dando al mismo tiempo un pujidito particular que quiere decir «ya me esperaba esto;» y entabla con el doliente un diálogo, poco mas ó menos, como el que á continuacion se expresa:

—¿Qué tal pasó usted la noche?

—¡Ah, señor! Muy mala: el dolor no me dejó dormir y en ratitos quería conciliar el sueño; pero era muy *vano* y no me satisfac-

—¿Y el régimen?

—Ni duro ni blando.

—¿Pastoso?

—Sí, señor.

(Aquí el médico hace otra muestra de aprobacion y deja oír de nuevo el pujidito particular; medita un poco con el entrecejo arrugado, y

—¿Hay apetito?—vuelve á preguntar.

—No mucho; lo que tengo es sed, y quisiera como agua de limon ó de naranja agria. ¿Podré tomarla?

—¡Oh! no! Por ahora todavía no; pero tomaremos una agüita azucarada para quitar la sed que nos molesta. Los ácidos nos perjudicarian demasiado.

En esto sale la señora de la casa, y sin saludarle le dice:

—¿Cómo le ve usted?

—*Vamos bien, vamos bien*: la inflamacion ha cedido y luego que logremos desterrar el esputo sanguinolento entraremos en la convalecencia.—¿Ha tomado las píldoras?

—No, señor; porque mandé preguntar á la

botica si tenían mercurio y me mandaron decir que sí. Le suplico á usted que no receta mercurio, porque creo que no hay necesidad pues la enfermedad no es *lo que usted piensa*.

—Pero, señora, si el mercurio nada tiene de particular, sino antes bien es un agente precioso que obra de una manera *heroica* en la economía, y nunca nos da un mal resultado.

—Será lo que usted quiera; pero yo estoy resuelta á no darlo á ninguno de mi familia, porque tiene muy malas consecuencias, y dan reumas y se aflojan los dientes y se cae el pelo. Si usted tuviera otra cosa que poner en su lugar, se lo habia de agradecer.

—Está bien: puesto que usted no quiere... pero soy de opinion de que se le dé.

—¿Pero qué, no tiene la medicina un equivalente?

—Sí, aunque no de un efecto tan rápido.

El médico pasa á la sala, en donde están el tintero, la pluma y un pedacito de papel para la receta.

Mientras escribe, la señora le está distraendo con preguntas inconducentes sobre lo que

ha de comer el enfermo, y continúa encargándole que no vaya á recetar mercurio.

Cuando acaba de hacerlo, la señora le pregunta:

—¿Qué mando á la botica?

—Una botella para unas cucharadas. Las píldoras vendrán en una cajita. Le dá usted una cucharada cada hora y una píldora en los intermedios; á las doce en vez de cucharada le da usted su alimento y lo mismo á las ocho de la noche.

—¿Y dígame usted, la bebida no tiene mercurio?

—No, señora, es una cosa muy distinta; no tenga usted cuidado.

—¿Y..... sabrá mal?

—Todo lo contrario, tiene un sabor muy agradable.

—¿Pero no le irá á hacer daño y le descompondrá el estómago?

—Le digo á usted que es una bebida completamente inocente. Deseche usted todo temor. Conque no olvide usted que una cucharada cada hora y la píldora en los intermedios,

El médico se despide fastidiado, y cuando va saliendo á la calle le alcanza el criado y le dá el peso consabido, si es que el señor de la casa no se lo deslizó furtivamente en la mano al despedirse, como si estuvieran jugando *al florón*.

Yo no sé que demonio de cosa tiene el avaro de pagar la visita al médico, que causa vergüenza tanto al que da el peso, como al que le recibe. Cualquiera creeria que los dos individuos eran aquellos de que habla Sor Juana Ines de la Cruz cuando dice:

El que peca por la paga  
O el que paga por pecar.

Siendo el dinero en cuestion, el ganado más honradamente por parte del uno y el mejor y más útilmente gastado por parte del otro.

En otra casa el médico tiene que ver á una señora que empieza por no saber lo que tiene y que le hace rabiarse de lo lindo con sus respuestas fuera de propósito.

—¡Ay, doctor! Estoy como ánima, hecha un cuento de dolores.

—¿Pues qué siente usted, señora?

—¡No sé! Tengo la cabeza *como podrida*, según lo que me duele; el estómago no lo aguanto y siento *como cólico*.

—¿Digiere usted bien? pregunta el médico para ver si puede formar su diagnóstico.

—Las rodillas, contesta la señora saliéndose de la cuestion,—las siento como si no fueran mías.

—Pero digiere usted bien?

—Tengo á ratos unas ansias en las piernas..... que no hallo mi lugar.

—Le pregunto á usted que si digiere bien.

—¡Qué he de decir! Por las mañanas, cuando me levanto, siento *como* catarro, y luego ¡ahí están las punzadas de cabeza! Dígame usted ¿qué no tendré solitaria?

—¡No, señoral qué solitaria va usted á tener! Si esa es una enfermedad de jóvenes. Ahora verá usted, voy á recetarle unas medicinas que la pondrán buena en tres días.

Y el médico, convencido de que la señora

está mas buena que él mismo, y de qué su enfermedad es pura aprension, receta agua de azahar con jarabe de cidra y píldoras de miga de pan; saliendo de la casa despues de haber perdido en ella una hora mortal, que pudo emplear en visitar á un enfermo real y efectiva.

De repente, cae en cama un niño con una calentura que vuela, y la mamá empieza á hacerle remedios caseros; pero lejos de eso el niño empeora por momentos, y cuando se han pasado cuatro ó cinco dias en aplicarle *plantillas de cernada*, *bañitos de brazos*, cocimientos de rosa de Castilla para que se purgue, sebo con sal en los piés y otros mil menajes por el estilo, mandan por el médico que se encuentra con que la calentura es fiebre escarlatina ó *tifus*, y que por no haberle acudido á tiempo es muy difícil su curacion.

Allí es el suplicarle, y preguntarle los de la familia si el niño se morirá, y el no dejarle ni respirar en cada visita.

Toda la gente de la casa, inclusive los criados, están en la recámara á la hora que va el médico.

La mamá grita por aquí y grita por allá pidiendo una vela para que el doctor pueda ver la lengua del niño; los hermanitos del enfermo corren y hablan dizque en secreto, produciendo todos un murmullo y un viento, dentro de la recámara, con sus entradas y salidas, capaces de ocasionar la fiebre al que no la tenga.

El médico tiene que sufrir toda esta barahunda sin chistar, y pone toda su atencion en la curacion del niño.

¡Ah! Se me olvidaba decir que la cama del enfermito está rodeada de estampas de santos bajo cuya proteccion le ha colocado la madre y de quienes espera su salvacion.

Si el niño se muere por que la enfermedad era grave, la culpa es del médico ignorante que no sabe ni donde tiene la cara, y empezarán á desconceptuarle con todas sus relaciones para que no le ocupen, diciendo que el niño tuvo catarro, pero que el médico *no le conoció la enfermedad* y le dejó morir como á un perro; y si sana merced á la eficaz asistencia del médico, la familia dirá á voz en cuello, que ha sido un milagro patente de señor san Antonio,

del Señor de Esquipulas ó de otro *espectífico* de esta especie.

Se ve, pues, que la suerte del médico es la peor de todas las suertes conocidas, y que el individuo que tiene que cargar con ella es un ser excepcional en la humana especie.

Ademas, la tal carrera absorbe por completo todos los momentos de la vida del infeliz que la ejerce, pues el médico no puede ir al teatro á desquitarse con un rato de distraccion, de las diurnas fatigas, porque cuando esté mas enternecido viendo representar el pasaje mas patético de un drama, sentirá que le tocan en el hombro, porque le manda llamar don Perico el de los Palotes, que está á las puertas del sepulcro de una indigestion; y tiene que dejar la inocente diversion de que gozaba.

Cuando está durmiendo tranquilo en su blando lecho, debe temer que le vayan á levantar, aunque sean las dos de la mañana y esté enfermo, y llueva á cántaros y no le lleven ni paraguas.

Todos los demas profesores, seanlo de lo que

lo fueren, tienen sus horas fijas de trabajo, y á nadie le ocurre ir á molestarlos fuera de ellas; pero el desventurado médico tiene que estar á disposicion del público dia por dia, hora por hora y minuto por minuto.

Agréguese á todo esto que muchas veces las visitas no le son pagadas á proporcion que las va haciendo, sino que se le dice que se le darán por junto despues de la curacion; y entonces si el enfermo se muere, la familia ofendida con el médico porque no tiene la ciencia de resucitar *lázaros* como Cristo, no solamente no le paga, sino que ni siquiera le saluda cuando le encuentra en la calle.

Si el enfermo sanó y la familia es acomodada, se le pone una cartita muy seca y muy lacónica, diciéndole que pase la cuenta: si la pasa, le piden que haga una rebaja porque les parece excesivo lo que cobra; y si no la pasa, tendrá que conformarse con un regalito, que consiste en un corte de chaleco, un platon de leche de almendra adornado con un ramo de flores de lienzo, ó un libro cualquiera para no

ofender su susceptibilidad, mandándole dinero en pasta.

Si el cliente es pobre ó amigo de la infancia ó condiscípulo de colegio, ó por lo menos paisano suyo por haber nacido en el Estado en que el médico vió la primera luz, no debe esperar ninguna retribución en metálico ó cosa que lo valga, pues eso se queda para otra clase de personas mas apegadas al *vil oro*; sin tener en cuenta que precisamente por conseguir ese decantado *vil oro* sufrimos todos los trabajos y penalidades de la vida, y que no con otro objeto los médicos arrostran una profesion tan sucia cuanto peligrosa.

El agradecido cliente pobre, pagará la dedicacion y los buenos oficios de su salvador, yendo á verle luego que pueda salir á la calle; pues sus primeros pasos fueron dedicados desde antes de sanar á cumplir con esa obligacion sagrada.

Otras veces toda la recompensa que el médico recibe, son unas cuantas líneas publicadas en un periódico, en la seccion de remitidos, dirigidas á poner por las nubes la ciencia del

señor doctor D. Fulano de Tal, y á hacer pública la gratitud del favorecido con ella; cosas que maldito lo que le sirven, pues no le han de dar ni pan, ni ropa, ni calzado, en cambio de aquellos elogios.

El médico, á pesar de todo esto, sigue estudiando con empeño para cumplir debidamente la mision que se ha impuesto; contento con vivir de una manera mediocre, subviniendo á sus necesidades honradamente.

Hay otros que no sufren todos los disgustos y molestias que dejo apuntados; quizá porque ellos son los que los hacen sufrir á los que tienen la desgracia de ocuparles.

Estos médicos son los ignorantes; los que no comprenden la elevada mision que tienen que llenar, y que se valen de ella únicamente como de un medio de hacer fortuna, sin cuidarse de la pobre humanidad, que con una fé ciega entrega en sus manos infames el mas caro de los bienes: la vida.

Hay muchos de estos que obtuvieron el título por lástima, en circunstancias excepcionales para el país ó en tiempo de revolucion, cuan-

uelta  
indi-

do el gobierno se abroga facultades omnímodas en todos los ramos, y hace un doctor de cualquiera ayudante del cuerpo médico, que ha seguido en todos sus paseos y retiradas al representante *ad nomine* de la *legalidad*, y forma un general del primero que quiere serlo.

Como es de suponerse, la ciencia no es el fuerte del que recibe el título de tales manos, y los médicos de esta clase vienen á ser otros tantos individuos autorizados *por alguien* para matar impunemente, y como si dejáramos otros tantos ejecutores de una ley de suspensión de garantías.

Uno de ellos pone su placa en la puerta de la casa en que vive, y ahí tienen ustedes á un *facultativo* en toda forma.

Si le llaman para que asista á un enfermo y no conoce la enfermedad que tiene, primero se dejaria matar que confesarlo, y receta infusión de flor de tilia endulzada con jarabe de goma; cosa que, en sí misma, no puede causar mal al paciente pero que hará, sin duda, que la enfermedad progrese y se lleve al otro bar-

rio, por falta de asistencia, al infeliz que la sufre.

El enfermo sigue agravándose, y los parientes de este dicen al médico que les parece que la enfermedad no es la que él ha creído, pues los síntomas son alarmantes; pero el médico se rie de esto y contesta que no hay cuidado, que esos son *fenómenos patológicos* muy naturales y que la enfermedad *marcha perfectamente*; lo cual es una verdad como un templo, porque á los pocos dias el enfermo, arrastrado por la *perfecta marcha* de la enfermedad, se ve á las orillas del sepulcro.

Era muy natural que al verle en tal situación, el malvado á quien está encomendada su curacion, confesara que se habia equivocado y pidiera una junta de médicos que le iluminaran con su saber; pero no, señor, eso fuera dar una prueba de honradez de que el médico de esta clase carece absolutamente, así es que la medida prudente que toma es no volver á la casa y dejar que su cliente aquel se vaya por donde vino; es decir, que vuelva á la tierra de donde fué formado.

Si la junta es promovida por la familia del enfermo, y el médico no puede excusarse, contradice todo lo que proponen los otros, oponiéndose á que se apliquen las medicinas que ellos ordenan, lo que dará igualmente por resultado que el enfermo semuera por culpa suya.

Si por una mera casualidad acierta en el diagnóstico y el achaque es cualquiera cosa, lejos de aplicar al enfermo un medicamento energético que le pusiera bueno en dos dias, se va muy poquito á poco dándole dosis pequeñas que solo produzcan un ligero alivio sin curarle completamente, porque esto seria un mal para el *medicastro*, que dejaria de percibir tantos pesos cuantas visitas dejara de hacer por la sanidad intempestiva de su cliente.

Para esta clase de médicos, no hay enfermedad que no sea de suma gravedad, para cuya curacion se necesite emplear todos los recursos de la ciencia, aunque usted se vea acometido de un catarro, de una postemilla ó de dolor de sus pecados; pues solamente así podrán pasar por hábiles y entendidos, teniendo ocasion de raspar muy buenos pesos al bolsi-

llo del incauto que tiene la descabellada idea de llamarlos para que le curen.

Una visita suya es una verdadera cátedra de barbaridades y pedanterías, porque quieren encubrir su ignorancia hiperbólica charlando á mas y mejor en los pocos términos técnicos que conservan en la memoria, los que aplican las mas veces fuera de propósito y cuando menos conviene.

Si usted tiene *inflamado* un dedo del pié derecho—ó del izquierdo, que para el caso es lo mismo—el médico le dirá que está usted afectado de una *estomatitis aptosa* peligrosísima; y si es dolor de muelas ó escorbuto, dirá que la enfermedad de usted es una *descomposicion en los gángleos de la tibia femural*, que puede serle funesta.

Nunca dan su nombre comun y corriente á las enfermedades, pues llaman á la diarrea *enterocolitis aguda*; á los frios, *fiebre intermitente*; al dolor de estómago, *gastralgia*; á la jaqueca, *congestion cerebral ó encefalitis*; á la torcedura de los nervios del pescuezo, *tortico-*

lis; á la tos, *bronchitis pulmonar* y á la debilidad *anemia*.

¡Y vaya usted con todo esta gerga á saber lo que ha tenido despues que sanal ¡Y vaya usted á averiguar con qué ha sanado, cuando ha oido que el médico llama *emulsion blanca* á la horchata, *pediluvios sinapisados* á los baños de piés con mostaza, *cloruro de sodio* á la sal de comer, y *proto-óxido de hidrógeno* á la agua de la tinajal

Toda esta charlatanería no sirve mas que para poner en evidencia su colosal majadería y para embobar á los tontos, pues cualquier gente de mediano sentido comun conocerá por ella que donde hay tanta paja no debe haber mucho grano que digamos.

El médico de esta clase es inhumano y desnaturalizado como un ministro de la guerra. Verá morir á un prójimo sin impartirle ningun auxilio y con la mayor calma, si no le pagan trabajo.

Si un pobre hombre va á despertarle á las once de la noche porque su muger tiene un ataque de apoplejía, le echa una buena re-

fiada por conducto de su criado, y dice que aquella no es hora de enfermarse, que vuelvan mañana y que en lo sucesivo procuren accidentarse durante el dia, porque él no ha de dejar la cama para ir á ver á nadie á la media noche.

Tiene siempre un trato brusco con sus enfermos, y procura con ahinco ser nombrado médico de hospital para tener un sueldo seguro y menos trabajo.

Cuando va á hacer la visita diaria á los tristes enfermos, recorre los salones con el sombrero puesto, sin tener ninguna consideracion al estado que guardan, y pasando de una cama á otra como el gato por las brasas.

Si un individuo está enfermo del pulmon, le dará en la espalda con el puño cerrado, unos golpes capaces de hacer polvo una bomba de á veinticuatro, preguntándole *si duele*; si hay otro con inflamacion de vientre ó hidropesía, le picará repetidas veces, en distintos lugares, con la mano extendida en forma de espada, pero no como quiera, sino hundiéndosela hasta el codo; si el de mas allá tiene un tumor que todavía está *verde*, pero que á pesar de

uelta  
indi-

eso le duele como un *qué*, el bárbaro le dará unos apretones formidables en todos sentidos que le hagan gritar como una cabra, y por último con el mismo dedo picador, y sin limpiárselo, reconocerá las hemorroides de un enfermo y las anginas de su vecino.

Después tomará el recetario y escribirá en él lo siguiente:

*Dia tantos.*

Agua de linaza y atole *para todos*.—Al número 12, que se le haga la amputación de la pierna. (Cuando ese desgraciado número 12 está enfermo del pecho.)

Al número 7 cáustico en el pecho. (Y ese infeliz tiene una pierna fracturada por el ferrocarril de Tlalpam; pero el Galeno confundió á uno con otro).

Por el estilo de esta son sus demás prescripciones, así es que él solo da más que hacer al sepulturero que el cólera morbo.

Cuando esta especialidad de la ciencia no es médico de hospital, se pone de acuerdo con

un boticario tan inteligente como él, cuya botica, haciéndole mucho favor, valdrá á lo sumo veinte pesos incluso el profesor, para que despache sus recetas y cobre por ellas doble ó triple de lo que valen, repartiéndose entre los dos los productos.

Por supuesto que las tales recetas van escritas en un lenguaje convencional, con objeto de que no sean entendidas más que por su cómplice, en caso de que vayan á comprarlas á otra botica, contra lo que terminantemente ordena en casa de sus enfermos.

Este sér recomendable por mil títulos, no se para en pelillos en tratando de adquirir dinero; por lo que se mete á político en la primera oportunidad; intriga, adula al gobierno y comete todo género de bajezas, por tal de hacerse elegir diputado, pues muy poco le supone dejar la población en que reside, no teniendo una gran clientela que le produzca lo que necesita para pasarse la *vita bona*.

Con tan apreciables cualidades, bastaría una docena de estos bribones para acabar con una población, por grande que fuera; pero afortu-

nadamente son pocos relativamente al número de médicos que existen para bien de la humanidad.

Termino este artículo con la convicción de que en cambio de él, quisieran los adoloridos recetar-me unas pildorillas de estriquina, para que me curara de la manía de andar tomándolos por mi palillo de dientes; pero su enojo me tiene poco alarmado, porque si algún día caigo enfermo, antes que llamar á uno de ellos, me arrojaré con gusto á un precipicio, y quizá tendré mas esperanzas de vida que en sus destructoras manos.

## LOS NERVIOSOS.

¡Dios me perdone el mal juicio! Pero se me figura que este artículo va á hacer torcer á mas de alguno de los que se vean retratados en él.

Es mucho cuento ponerse á hablar de entes tan originales como los que ahora tengo que tocar, corriendo el riesgo de ponerlos en cama; pero qué se ha de hacer! cada individuo tiene que *cumplir la misión* con que ha venido al mundo, y la mia, según todas las apariencias, es la de confeccionar retratos en silueta, bien que esto me acarree mas de un disgusto.

nadamente son pocos relativamente al número de médicos que existen para bien de la humanidad.

Termino este artículo con la convicción de que en cambio de él, quisieran los adoloridos recetar-me unas pildorillas de estriquina, para que me curara de la manía de andar tomándolos por mi palillo de dientes; pero su enojo me tiene poco alarmado, porque si algún día caigo enfermo, antes que llamar á uno de ellos, me arrojaré con gusto á un precipicio, y quizá tendré mas esperanzas de vida que en sus destructoras manos.

## LOS NERVIOSOS.

¡Dios me perdone el mal juicio! Pero se me figura que este artículo va á hacer torcer á mas de alguno de los que se vean retratados en él.

Es mucho cuento ponerse á hablar de entes tan originales como los que ahora tengo que tocar, corriendo el riesgo de ponerlos en cama; pero qué se ha de hacer! cada individuo tiene que *cumplir la misión* con que ha venido al mundo, y la mia, según todas las apariencias, es la de confeccionar retratos en silueta, bien que esto me acarree mas de un disgusto.

¿No padece usted de los nervios, señor lector? Pues, hombre, es una verdadera felicidad; porque si viera usted lo que hacen sufrir los tales nervios.....

No por esto se crea que yo padezco de ese malecito, ¡líbreme Dios de semejante calamidad! pero he tenido la desgracia de tratar á muchas víctimas suyas, y he sufrido muy á mi pesar los desastrosos efectos de esos mal intencionados componentes del ser animal.

Imagínese usted que está encerrado en la bartolina de un loco furioso y tendrá una idea aproximada de lo que sufriría tratando á un nervioso. (¡Vaya por el consonante intempestivo!)

El nervioso es una verdadera plaga para su familia, y desde que está en pañales empieza á ejercer con ella el poco simpático papel de verdugo.

Supongamos que la criatura pertenece á la bella mitad del género humano, y que un día la nodriza la tiene en los brazos, asomada al balcon, porque pasaba por la calle un cuerpo de infantería que volvía de la revista.

La niña miraba con ojos alelados los relumbrones y los colorines de los uniformes, mándose el dedo por distraer el hambre, cuando suena de repente la chillona corneta, precisamente debajo del balcon, mandando dar vuelta á la derecha.

Aquel cornetazo viene á ser la trompeta de San Gerónimo que saca á luz los adormecidos y tiernos nervios de la niña; pues en el mismo instante se estremece, da un fuerte chillido y comienza á retorcerse en los brazos de la nodriza, acometida de ataque de alferecía.

¡Los nervios, ese *pulpo orgánico* del cuerpo humano, ha extendido sus múltiples tentáculos por todos los confines del individuo en mantillas; apoderándose de él como de cosa suya para no abandonarle mientras viva!

Desde ese momento huye la tranquilidad de toda la familia y vienen á renglon seguido las friegas de aceite de comer con añil, que son *especialísimas* para el caso; viene el encierro para la nodriza y el silencio reina en toda la casa.

Si la criaturita no se muere, no se crea por esto que ha sonado, pues eso sería pedir peras

al olmo, sino que vivirá enclenque y enfermiza, y su vida será mas duradera que la de cualquiera otro muchacho robusto y bien acondicionado.

La niña irá creciendo en compañía de sus hermanitos, mimada y chiqueada sobre todos ellos, por consideracion á su enfermedad.

Si alguno compra un juguete cualquiera que haya deseado por largo tiempo, y lo vé la enfermita, tendrá que resignarse á dárselo porque su mamá lo exige así para evitarle el ataque. Si á la hermana mayor le han comprado un abrigo azul y á la niña uno rojo por estar este mas bonito, la enfermita querrá el azul á pesar de ser el peor y llorará hasta que se lo den, dejando á su hermana sin ninguno porque querrá los dos.

A la hora de comer se le antoja siempre el plato ageno, el lugar que otro ocupa y la cuchara que ha tomado cualquiera de sus hermanos.

En la noche tiene antojo de apagar la luz cuando su papá está escribiendo, ó le quita la

pluma de la mano para emborronar la carta que no ha sido firmada ni concluida.

Cuando hay visita en la casa quiere la sombrilla de la señora, ó el baston del señor para hacer *caballito*: la mamá le dice que nó, haciéndose un esfuerzo, pero llora la niña hasta ponerse lívida, y con todo y su vergüenza, la mamá suplica á la visita que satisfaga el antojo de la niña, para que no le vaya á dar el ataque.

La visita dice que no hay cuidado, que la cosa no merece la pena y entrega el baston á la niña, que se pone á correr por la sala haciendo corvetas y dando azotes con el pañuelo de la señora.

A poco rato salta el puño hecho pedazos y la mamá se mortifica, se pone colorada y dá trescientas disculpas á la visita, que vuelve á tranquilizarla sonriendo, pero quemada interiormente.

Otras veces querrá romper una vidriera y habrá que dejarla; y haciendo estas y peores cosas pasa su infancia fastidiando á todos los

de su familia y destruyendo sola mas que las leyes de reforma.

Conocí á un niño que padecía de alferecía, y que por consiguiente estaba acostumbrado á hacer su santísima voluntad; y una vez que jugaba distraído á los pies de su mamá mientras ella me daba conversacion, divisó por mal de mis pecados un retrato mio en ambrotipo que yo habia regalado á la señora en tiempos atras, y que á la sazen se hallaba colgado en su respectivo marquito, arriba del sofá.

Verlo el niño y pretender jugar con él, todo fué uno, y sin mas preámbulos ni circunloquios, dijo á su mamá, con la boca en disposicion de hacer un puchero á la primera negativa:

—Mamá, quiero el *santito*.

—Nó, niño si con los santos no se juega. —le respondió la señora para evitar la irremediable catástrofe que amenazaba á mi efigie en aquellas infantiles manos.

—Sí se juega, mamá, quiero *el santito*.

—¡Valgame Dios! ¿Qué criatura, nó? —suspiró la señora volviéndose á mí como consul-

tándome en aquel caso apurado, pues le daba vergüenza condenarme á una muerte cierta á mi propia vista.

El niño le daba manacitos en el vestido, sin dejar de decir con voz plañidera:

—¡Andalé! ¡Dame el santito, mamá!

—¿Ha visto usted? —Volvia á preguntarme la señora fingiendo una incomodidad y una mortificacion que, aquí para *inter nos*, estaba muy lejos de sentir.

Yo entre tanto paseaba mis miradas del niño á la señora y ponía una cara de Pascua sonriendo como un bienaventurado, pero ni de chanza decia á la señora que accediera á la peticion de su hijo.

—¡Andalé, mamá, quiero el santito! —repetía el niño retorciéndose la blusa y dándose sentoncitos en el suelo.

—¡Ah qué muchacho! Dios me dé paciencia contigo! —dijo al fin la buena mamá levantándose y descolgando mi pobre retrato, que con el brazo derecho apoyado en la mesita correspondiente, la mano izquierda en la solapa de la levita, y la cabeza erguida en una posi-

cion nada académica, presenciaba, mudo como yo, aquella atentatoria escena.

Pero la cosa no tuvo *ni quitolis*, y el pobre fué á parar á manos del angelito, quien cantando una pieza de su invencion, imitaba *la tambora* ó el bombo en los ladrillos con mi desventurada cópia.

La señora reanudó conmigo su conversacion interrumpida por aquel incidente; pero yo no tuve ya tranquilidad para escucharla, porque seguí sin perder una nota la canturria del niño, como si estuviera oyendo el *Stabat Mater* de Rosini, ú otro *trozo* de música selecta.

Como me lo temí, á fuerza de llevar el compas y de hacer el bombo, mi retrato se hizo astillas. Yo dí un salto en mi asiento y tosié para disimular la mala impresion que me habia causado el desastre.

La señora tosió tambien, siguiendo mi ejemplo; pero no se dió por entendida y seguimos hablando muy tranquilos; disimulando cada uno por nuestro lado.

Cuando el niño hubo dado fin al retrato y acabó de mascar los viceles, dirigió una mira-

da oblicua al sitio que habia ocupado en la pared, y yo tuve el candor de creer que se arrepentia de su atentado; pero no duró mucho mi error, porque con la misma vocecita de antes y retorciéndose la blusa en la propia forma, dijo:

—¡Mamá! ¡quiero el clavito!

—¿Qué clavito, hijo?

—Ese en que estaba colgado el santito.

—¿Pero, para qué lo quieres, niño?

—¡Para que sí!

—¿Ha visto usted que ideas de niño? ¡No, si esto es para visto!—Y la señora se hincó en el sofá en que yo me hallaba sentado, alargó el brazo mas que la vez anterior y sacó el clavo llenándome de cal mi levita nueva y de teroncitos la cabeza.

El niño jugó un rato con el clavito pero no le encontró mucha diversion, y comenzó á ver á todos lados, buscando algo nuevo que pedir.

Yo temblé interiormente por mi sombrero; pero por fortuna mia el niño no se fijó en él, sino que volviendo á levantar los ojos al lugar del difunto retrato, volvió á decir á la señora:

—¡Mamá! quiero el agujerito.

—¿Cómo el agujerito?— le preguntó la señora con extrañeza sin comprender la petición del niño.

—¡Sí, mamá! el agujerito del clavito del santito!

—¡Esta es otra! exclamó la señora cruzándose de brazos y mirándome con la cabeza inclinada á un lado.—¿Qué le parece á usted?

Por toda respuesta volví á reirme como un bienaventurado, y aquella vez mi risa fué de muy buena gana, gozando con la situación de la madre, que no hallaba medio de satisfacer el antojo último del niño.

—¡Andalé, mamá, quiero el agujerito!

—¡Pero, niño!—decía la señora aflijida.—¿Cómo quieres que te lo dé?

—¡Bien, mamá, dame el agujerito!

—¡Pero si eso no es posible!

—¡Sí es posible, mamá! ¡Dámelo! ¡andalé!

—¡Válgame la Virgen Santísima!—decía la señora en el colmo de la aflicción.—Y lo peor es que no se va á callar esta criatura en todo el día, y es capaz que le dé el ataque.

—¡Dámelo, mamá, porque si no, me da el ataque! ¡Andalé!

—Señora, pues déselo usted si es preciso—dije por fin sin poderme contener.

—¡Hágame usted favor!—continuaba la señora sumamente afligida, al ver que el niño lloraba ya á lágrima tendida, insistiendo en su petición con mas energía que al principio.

—¡Mira, mi alma, si no es posible quitar el agujerito! Te subiré para que lo toques.—¿Quieres?

—¡Nooooó! ¡Quiero el agujerito.....—empezó á gritar el niño; pero la alferecía vino á cortarle el uso de la palabra y del llanto.

La señora le cubrió con su tápalo, tomándole en los brazos, y yo aproveché la oportunidad para salir de la casa.

¿No es verdad que es una desgracia padecer de los nervios?

Pues bien, este niño crece y usted se lo encuentra por todas partes para *su ejercicio y mayor corona.*

Delante de un nervioso no puede usted estornudar sin anunciar su estornudo, porque

será usted causa de un susto mortal, y se expondrá á que el nervioso le diga una majadería.

Si tiene usted un negocio con alguno de ellos y le divisa en la calle, guárdese muy bien de hablarle por detras ó ponerle la mano en el hombro para que voltee; porque se volverá hácia usted con el rostro pálido y temblando como un azogado, diciéndole:

—¡Hombre, me ha pegado usted un susto!

Nunca vaya usted al teatro ó á la iglesia acompañado de un nervioso, porque á lo mejor se le ocurrirá que va á temblar; y pretenderá que ustedes se salgan de allí, diciendo que aquel edificio está muy malo, que hace tiempo que está oyendo decir que amenaza ruina, y que si en aquel momento temblara.....

Estos signos ortográficos que pongo entre paréntesis, son equivalentes á la mueca con que el nervioso termina la manifestacion de su temor, la que consiste (la mueca, no la manifestacion) en abrir los ojos desmesuradamente y apretar los labios, bajando los extremos de la boca, meneando la cabeza.

Si usted lo lleva del brazo cuando vaya á

la retreta, tendrá que sufrir un pellizco formidable á cada tamborazo y sufrir la vergüenza de los saltos que dé á cada golpe de música imprevisto.

Siempre cree padecer cuantas enfermedades se nombran delante de él, y no puede asistir á unos fuegos artificiales porque teme un temblor de cuerpo que no se le quita en toda la noche.

Si se habla en su presencia de alguna operacion quirúrgica en que haya que cortar algo ó cuando menos de abrir un ñero ó una postemilla, el nervioso siente que se le contraen los nervios posteriores de los muslos y le viene un desmayo.

Nunca se asoma con confianza á un balcon, porque no vaya á hacer el diablo que se desplome; si usted lo hace en su presencia sin ponerle antes *en autos*, el nervioso le echará mano al cuello de la levita dándole un porrazo para romperle el pescuezo, porque creerá que iba usted á caerse.

Esto de pasar por una casa que esté en obra, y cuyos andamios queden por el lado de la ca-

lle, seria una temeridad digna de un desesperado; y ver corridas de toros, circo, acróbatas ó ascenciones aerostáticas, es una cosa imposible de hacer, sin desvanecerse y sentir vahídos.

El nervioso no bajaria, ni por *por un Cristo de oro*, al fondo de una mina, aunque entendiéra que en ello estribaba su salvacion eterna.

Si usted quiere excitar la cólera de un nervioso, despues de haberle hecho sufrir las penas del infierno, no tiene mas que ponérsele delante y pasarse entre los dientes una hoja de maiz, rascar un asiento de terciopelo, cortar un corcho con un cuchillo, limar un clavo, frotar con los dedos un entorchado de guitarra, darle á comer ejotes guisados ó hacer que chupa un limon. Todos sus nervios se pondrán en movimiento, produciéndole contorsiones y estremecimientos ridículos, y cuando usted acabe su operacion, se verá tratado de *bárbaro, bruto, hombre sin educacion*, ó con otros calificativos semejantes á estos.

El nervioso tiene, por lo regular, un miedo espantoso á las tempestades, y no podrá ver un raton sin dar gritos desaforados.

¿Y dígame usted si con todas estas preciosidades no son los nerviosos una verdadera caricatura? Yo aconsejo á los padres de familia, que cuando en un hijo suyo noten propension á esta clase de temperamento, procuren evitar su desarrollo, fortificándole con ejercicios violentos, alimentos nutritivos y un método de vida que contrarie semejante calamidad, si no quieren tener en casa un ser ridículo ó inútil por añadidura.

Un nervioso no sirve mas que para estarse en el rincon de su casa sin hablar con nadie, porque á la menor cosa se atufna como los gatos y empiezan á temblar como combelidos.

uelta  
indi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

... de las artes, la industria y la agricultura, puesto que para que las anteriores vengan á reducir á metálico sus productos, es preciso que estos sean pesados en la dorada balanza del comercio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

... muchas veces no ha de ser el comercio el que se encargue de reducir á metálico los productos de las artes, la industria y la agricultura, puesto que para que las anteriores vengan á reducir á metálico sus productos, es preciso que estos sean pesados en la dorada balanza del comercio.

**EL DEPENDIENTE.**

El comercio es, á todas luces, una de las fuentes de riqueza con que cuentan las naciones para su engrandecimiento; y es en verdad una de las mas productivas, teniendo el privilegio de venir á ser el último resultado de las artes, la industria y la agricultura, puesto que para que las anteriores vengan á reducir á metálico sus productos, es preciso que estos sean pesados en la dorada balanza del comercio.

Al comerciante, pues, tienen que pagar su

uelta  
indi-



contingente, el artesano (y muchas veces el artista), el industrial y el agricultor, siendo por consiguiente el comerciante el mas querido, el mas solicitado y á quien todos tienden la mano, no para ayudarle á subir, sino para ser elevados al pináculo de la prosperidad ó cuando menos para evitar la caída.

Muchas veces me he dicho:—¡Quien fuera comerciante! ¡Dichosos mil veces y bienaventurados los comerciantes, porque de ellos es el reino de este mundo y quizá el del otro! aunque esta suposición esté en pugna con aquello del camello y el ojo de una aguja.

Y con todo esto ¿quien ha de decir que este ser feliz tiene un enemigo tanto mas formidable, cuanto que le es desconocido?

Este enemigo existe y se llama el dependiente.

El dependiente es una cosa tan necesaria al comerciante, como el cajon en que guarda su dinero y como los libros en que asienta sus compras y sus ventas.

Supon, querido lector, y perdona la confianza, que eres dueño de un capitalillo de tres á

cuatrocientos mil pesos ó de otra cantidad mas ó menos insignificante, y que tienes el gusto de que te produzca un setenta y cinco por ciento al dia por tenerla convertida en efectos de lujo. Para expender estos efectos necesitas una tienda (ó cajon como malamente se les llama entre nosotros) que sea un poco mas grande que un estanquillo ó accesoria con una puerta, y como en esta tienda ó cajon no podrias *despachar* tú solo, te ves en la dura necesidad de fiar tus intereses á segundas manos, buscando para ello al que te preste mas garantías.

Esto es lo que hacen todos los comerciantes.

De repente se les presenta una señora pobre, aunque honrada, y acomodada en otro tiempo, que perdió á su marido hace algunos años, y que no tiene ningun recurso para vivir.

Lleva al hijo único, que tendrá diez y seis ó diez y ocho años á lo mas, y que no pudo seguir en el seminario porque la señora no tenia para comprarle los libros que necesitaba, puesto que le faltaba aun lo necesario para alimentarse.

La madre lleva todavía el tápalo y el túnico que fueron negros y que le sirvieron para el luto de su esposo; y los cuales aunque han pasado ya algunos años, no han podido ser reemplazados por otros de color, por cuya razón viendo ellos que en el corazón de su propietaria se disminuía el dolor que causara la muerte del consorte, fueron perdiendo poco á poco el fúnebre color negro, tomando en su lugar otro pardo ó verde ó *ala de mosca*, merced al mucho uso y al ningún descanso.

El niño va pobremente vestido, dejando ver la rota camisa por los codos de la rota chaqueta; el pelo rebelde, peinado solo por la urgencia del caso, y al cuello una tira de un túnico viejo de la señora, con ínfulas de corbata, cayendo triste y desalentada sobre la zurcida pechera de la camisa; por las mangas de la chaqueta asoma, como queriendo escaparse, un giron de lienzo blanco, que debió ser puño en tiempos mejores, pero que ahora es un extremo del fleco de hilas en que está convertida la manga de la camisa. El pantalón ostenta unas rodilleras enormes, que dan por resultado que las

piernas se hayan encojido una cuarta á lo menos, dejando descubierto todo el zapato sin tacon, y parte del calcañal del candidato de comerciante, llevando por añadidura un buen remiendo de distinto color en la parte correspondiente á aquella del cuerpo que se cubre y oprime cuando uno se sienta.

Llegan estos dos vivientes á la presencia del comerciante, y la madre con tono humilde y acento suplicante hace su solicitud en los siguientes términos, teniendo lugar poco mas ó menos la escena que viene al calce:

—Muy buenos días dé Dios á usted.

—¿Qué se le ofrece? pregunta el comerciante con voz rápida y altanera, arrojando sobre los recién venidos una mirada de desconfianza y disgusto, y dignándose apenas dirigirles la palabra.

—¡Saluda, Cosmitol! —dice la madre á su hijo, que se quita el flexible sombrero y empieza á darle vueltas sobre el índice de la mano izquierda ó le muerde las alas grasientas.

—Buenos días, —dice á su vez el muchacho

torciendo la cara y sonriendo, con la vista fija en el suelo.

—¿Qué se ofrece? repite el mal encarado comerciante, calculando por la facha de aquellas pobres gentes, que ninguna compra de consideracion pueden hacerle, y temiendo que vayan á pedirle una limosna.

—Señor, yo venia,—revienta al fin la madre avergonzada,—á ver si usted me hacia favor de recibirme aquí á mi hijo, que ya va á ser hombre y que por la escasez de mis recursos no puede seguir *la carrera*. El niño es vivo y sabe leer, escribir y contar hasta quebrados. En los últimos exámenes de la escuela municipal en que aprendió, le dieron el tercer lugar; y no porque no supiera lo bastante para ser el primero, sino que el muchacho que lo tuvo, era hijo de una comadre del maestro, y ya sabe usted lo que esto vale.

Ademas, el mio era pobre y no le llevaba regalitos al maestro el dia de su santo, y el otro sí, como que á la madre nada le costaba ganar el dinero; porque hasta la fecha tiene varios amigos que se lo llevan *en cantidad*.

El comerciante dulcifica un poco el ceño adusto, y comienza á sonreir para sus adentros. Deja la pluma con que hacia cuentas sobre la papelera que tiene delante, y se pone de codos en ella, dispuesto á divertirse con la charla de la solicitante.

*El comerciante.*—¿Y bien?

*La madre.*—Que si usted me hace el favor que le pido, sacará una ánima del purgatorio porque yo no tengo ya ni á quien volver mis ojos, pues estando los tiempos como están, todos se hacen desconocidos y parece que jamas han visto á uno por la calle. ¡Ah! si viviera mi esposo.....

*El comerciante,* (poniéndose serio, porque comienza á enternecerse.)—No hay que afligirse, señora. ¿Y qué edad tiene el muchacho?

*La madre.*—Señor, nació cuando el pronunciamiento de D. Juan Alvarez, y tendrá diez y siete ó diez y ocho años, ¿no es verdad, hijo?

*El muchacho.*—Sí, señora.

*El comerciante,* (mojando la pluma y tomando un papel que presenta con ella al mucha-

che.) Vamos á ver: pon aquí tu nombre, para ver que tal letra tienes.

El muchacho apoya el brazo izquierdo en el mostrador, se recuesta sobre él, y sacando la lengua se pone á escribir, con la mano derecha hecha bola, y siguiendo con las quijadas el movimiento de la pluma.

Los dependientes, agrupados en el otro extremo de la tienda, rien y murmuran *sotto voce*.

El comerciante toma el papel y con mucha dificultad lee lo siguiente:

«Cosme Damian Morales.»

Despues dice á la madre:

—La letra no es muy buena, pero se compondrá. Mañana mándelo usted, y ya veremos de hacer de este chico un hombre de provecho.

*La madre*, (con arrebató y á punto de hacer pucheros.)—Señor, Dios le pagará á usted este beneficio que se digna hacerme.

*El comerciante*.—No es para tanto, señora, y ojalá que el muchacho corresponda á mis esfuerzos.

*La madre* (dirigiéndose á su hijo y tomando un aire de formalidad cómica.)—Ya lo oyes; de hoy en adelante el señor es tu padre, y tienes que obedecerlo en todo. Cuidado con dar motivo para que te regañe, porque ya te puedes componer. (Dirijiéndose al comerciante.)—Señor, á usted se lo entrego con todo y nalgas. —Da las gracias, Cosmito.

El muchacho hace lo que su madre le manda. En seguida la pobre muger se despide del comerciante y los dependientes con mucha amabilidad, y sale de la tienda haciendo reverencias.

Al dia siguiente Cosmito llega á la tienda cuando se va á abrir y espera al patron ó al principal. Pasa el dia acercándose á los dependientes,—con quienes apenas ha hablado dos palabras,—para ver los géneros y los precios y colocando en su lugar las piezas de lienzo que se han enseñado á los marchantes.

Desde este dia el nuevo dependiente se ocupa en barrer y arreglar la trastienda, en abrir y cerrar por dentro las puertas del cajón, y en sacudir los géneros con un cotense todas

las mañanas. Y como estos quehaceres no son de lo mas divertido ni mas honroso, y como ademas, el prójimo que los tiene á su cargo no gana aún ningun sueldo, pasan en la carrera del dependiente por méritos hechos para alcanzar, despues de algun tiempo, ser recompensado con ocho ó diez pesos cada mes.

Durante él, el comerciante en ciernes se llama *meritorio*, nada mas justo: y entre sus méritos entra el de galantear y dar madejas de seda y varas de liston á las criaditas de buenos bigotes que van á buscar algo allí; pero llega el fin del año y entonces es el dia mas feliz para los jóvenes de mostrador.

El dueño de un establecimiento de comercio hace su corte de caja y *cierra* sus libros para *abrirlos* al dia siguiente. Hace el *balance*—ó en castellano,—la balanza respectiva, y premia á sus dependientes con algun regalillo en numerario á unos, con aumento de sueldo á otros, y asignando los ocho ó diez pesos consabidos á los meritorios que entraron á servirle en el año que fina.

¡Adios escasez! ¡Adios economías! ¡Adios

mala vidal. Aquellos venturosos diez pesos son, por decirlo así, un prodigioso talisman que va á proporcionar al nuevo dependiente todo género de comodidades y toda clase de placeres.

Cosmito está de aleluya porque un porvenir dorado se ha abierto á sus ojos.

\* \* \*

Es un domingo. La mañana está fresca, y por el limpio azul del cielo cruzan algunas nubecillas blancas barridas por el viento tibio que anuncia la entrada de la primavera.

Hace un año que Cosmito gana diez pesos cada mes, y ha cambiado de un modo notabilísimo.

Ha desaparecido en él completamente aquel exterior andrajoso y desaseado, y sus ásperos cabellos se ostentan limpios y unidos por unas buenas dosis de pomada y bandolina; su trage es decente..... mas que decente, elegante, lujoso. Está hecho segun los últimos

figurines de Paris, por el sastre frances que mas caro cobra y de los casimires de mas alto precio. Su camisa es de finísimo lino, con cuello y puños sobrepuestos, comprados en la camisería de mas tono, y sujetos con botones de oro. La corbata es del mejor gusto, y en ella lleva con mucha gracia un alfiler adornado con una perla de un regular precio. Los gemelos de la camisa son de monedas inglesas de cinco dollars, y el reloj es una *repetición* de Lozada, del tamaño de un *toston*, primorosamente esmaltado de azul con un par de rimitos de brillantes en las dos tapas, y sostenido por una gruesa cadena de oro. La presencia de Cosmito se conoce desde á legua por el fuerte olor de violeta ó berbena que se desprende de su perfumada humanidad.

Es un domingo por la mañana, como llevo dicho, y Cosmito entra á la peluquería de Ecabasse para que le acicalen en toda forma.

Allí se encuentran muchos dependientes haciendo igual operacion ó esperando que les llegue el turno, y reciben al reciénvenido con muestras de gran complacencia.

Entra Cosmito arrastrando los piés é inclinándose para saludar á derecha é izquierda, y se instala en el sofá al lado de sus amigos, que leen el anuncio del circo ó de la comedia.

—¿Qué haces, chico? ¿Por qué vienes tan tarde esta mañana?—le pregunta uno de los que esperan el turno.

—¡Canario! pues no he de venir?—responde el interpelado sacando del bolsillo una lujosa petaca de *chagrin* y ofreciendo un cigarro de la Honradez á los circunstantes. Figúrense vdes. que hoy es el día de mi chica, y que me pasé la noche de claro en claro esperando que amaneciera para llevarle *los días*. Por supuesto que la orquesta estuvo famosa: diez instrumentos, y tocados á las mil maravillas. Eso sí, que me ha costado la danza un ojo de la cara; pero en tratándose de mi Lola, no me paro en pelillos y me gastaria hasta la camisa. Dame fuego—se interrumpe alargando el brazo por encima de los del sofá para tomar el cigarro del que está en el extremo opuesto. Da unas cuantas chupadas y

arroja el suyo diciendo que la desvelada le ha puesto malo el estómago.

Entretanto, se presenta á la puerta de la peluquería un muchacho que trae en la mano un ramo primorosamente hecho, y que pregunta con voz argentina:

—¿Está aquí el niño Don Cosme?

—Pasa—le dice este, y el muchacho entra á la peluquería y se dirige á nuestro elegante.

Los amigos de Cosmito empiezan á admirar el ramo, que viene colocado en una estaca de madera con pié de tabla, y adornado con una *corola* de papel calado, y atado con un ancho liston azul, cuyas puntas llevan fleco de hilo de oro. En el centro del ramo se ostenta una hermosa camelia blanca, cuya frescura y magnitud llama la atencion de todos, causando grande satisfaccion al dueño de él.

—Este es para Lola—dice al fin sacando cuatro duros y dándolos al muchacho, que se retira.

Poco á poco van siendo despachados los que esperan, hasta que al fin, lo es tambien Cosmito y sale de la peluquería con sus amigos.

Se despide de ellos en el portal para ir á ver á su chica y dejarle el ramo, citándose para comer juntos en la Concordia, Fulcheri, Gran Sociedad, ó en algun tívoli cualquiera, en donde toman copas abundantes y juegan boche hasta la hora en que se van al paseo, y en que viene un mozo con el caballo que Cosme tiene en la pension.

En la noche, al teatro ó á alguna reunion de muchachas, novias todas de dependientes, y en donde se toca la guitarra, y se baila y se juegan juegos de estrado.

Aquí tienen vdes., poco mas ó menos, la distribucion que hace del domingo un dependiente, y que con franqueza, quiero que alguno me diga si es posible que con los diez pesos que gana uno de estos despreocupados hijos de Mercurio, se puedan hacer tantos y tan considerables gastos.

Ademas de esto, el dependiente está siempre abonado al teatro, trae constantemente en el bolsillo algunas monedas que gastar en cualquier cosa, y es pródigo y desinteresado como el que mas, tirando mas dinero y dándose me-

por vida que el mismo comerciante á quien sirve por un sueldo miserable.

¡Y tienen estos desvergonzados el descaro de alternar con la buena sociedad; y no se ruborizan al tender la mano á un hombre honrado que no tiene las suyas manchadas por el robo, y que trabaja día y noche para proporcionar á su familia un pedazo de pan con que satisfacer su hambre!

A estos bribones disfrazados de caballeros se deben tantas quiebras como presenciarnos todos los días, y la ruina de muchos comerciantes.

El dependiente, por medio de la sencilla operacion aritmética que se llama *sustraccion*, hace pasar del cajon del mostrador á su bolsillo, el dinero de su patron, dando pruebas de habilidad en el arte del escamoteo, y haciendo que el adorador del becerro de oro vea, cuando menos lo piensa, convertida su deidad en becerro de viento.

Si yo fuera comerciante, observaria cuidadosamente la conducta de mis dependientes, llevándoles la cuenta de los vestidos nuevos,

las alhajas y los gastos que hicieran, y siempre que sus egresos fueran mayores que sus ingresos, los pondria bonitamente de patitas en la calle, para no correr el riesgo de quedarme el mejor día á la luna de Valencia y sin un cuarto en el bolsillo.

He hablado de la generalidad de los dependientes, y seria un calumniador si afirmara que todos son lo mismo.

En prueba de esto diré que conozco á un jóven que quedó huérfano de padre y madre, siendo aun muy niño, teniendo tres hermanas mayores que él, á quienes sostener y amparar.

Este niño fué puesto en una casa de comercio, y pasó por las penalidades del meritorio, sin haberse hecho un solo pantalon nuevo ni haber comprado un pafuelo. Se le asignó al cabo de algun tiempo un pequeño sueldo, y sin tomar de él ni un solo peso para gastar indebidamente, lo llevaba cada mes á sus buenas hermanas, quienes vendian dulces, cosian ropa agena, y asistian estudiantes para proporcionarse la subsistencia.

Este jóven habia aprendido á tocar la flau-

ta por afición, cuando vivían aun sus padres; y para ayudar á sus hermanas en los gastos de la casa, y para que pudieran hacerse un vestido decente para salir á la calle, se contrató con una compañía de músicos de baile, y en las noches, cuando salía de la tienda, se iba con la compañía á donde los llamaban á tocar, retirándose á su casa algunas veces al amanecer, y casi siempre despues de la media noche.

Empleaba para ganar la vida honradamente, lo que en sus primeros años aprendiera por adorno, robando al descanso algunas horas de la noche; pero jamas tuvo la idea de robar al comerciante que le habia abierto las puertas de su casa, poniendo en sus manos la custodia de sus intereses.

Al principio, se ruborizaba al entrar á la casa á que eran llamados los músicos, porque por lo regular en cada bailecito encontraba á algunos condiscípulos de colegio y á algunas amigas de su familia, de las que lo fueron en sus tiempos de bonanza; mas reflexionando un poco, vino á convencerse de que nadie debe avergonzarse nunca de vivir honradamente de

su trabajo, y de que solo debe ocultarse el que no tiene un corazon limpio y una conciencia sin mancha.

Así pasó muchos años este honrado jóven, hasta que su mérito fué conocido y se le hizo justicia.

Hoy se encuentra colocado en un almacén ganando un sueldo bastante bueno, y creo que sus hermanas podrán vivir ya sin las aficciones que antes tenían.

Como este jóven hay algunos, y no van dirigidas á ellos las líneas que anteceden. El dependiente que cumpla con su deber, seguramente no se verá retratado en este artículo, y el que sienta calor en el rostro al pasar los ojos por estas líneas, que cambie de conducta si no quiere, andando el tiempo, ser despreciado por la sociedad é ir á parar tal vez en el patíbulo.

vuelta  
indi-

DE NUEVO LEÓN  
DE BIBLIOTECAS

## LOS ROTOS.

## I.

¿Se creará que voy á ocuparme de unos individuos cuyo trage se encuentra en mal estado? Pues no, señor: no es eso, ni mucho menos; el nombre que encabeza estas líneas tiene mas bien una significacion moral, como si dijéramos *rotos* de la conciencia, *rotos* de las costumbres y *rotos* de la vergüenza; ó mejor dicho, el que lleva este nombre es el lado por donde la sociedad está *rota*, por donde deja descubrir *la trama*, por donde *le sale el cobre*.

vuelta  
indi-

Dice el refran que nunca falta un roto para un descosido; pero si se tratara de aplicar el tal refran, lejos de saber que no es difícil encontrar un *roto* cuando se necesita, se veria que en México—la capital, entendámonos—son mas los *rotos* que los descosidos, y que si se pretendiera dar compañero á cada uno de los que existen, habria necesidad de descoser media ciudad.

La capital goza del privilegio de encerrar en su recinto todos los rotos de la república, de donde resulta que esta alimaña no sea conocida en ninguna de las demas ciudades mexicanas.

El roto vive de la manera mas rara y misteriosa que puede darse, para aquel que no está interiorizado de sus costumbres, y como por su exterior no es fácil distinguirle del que no lo es, lo mas frecuente es caer en sus garras de una manera inevitable, y llevar cada banderilla que canta el trisagio.

La condicion de *roto* es una especie de predestinacion, que cae sobre el prójimo que ha de desempeñar tan importante papel entre los

mexicanos, desde el momento en que el agraciado ve la primera luz; y así pudiera practicar este primer acto de la vida en dorada cuna ó en groseros pañales, la mano de su destino le perseguirá inflexible por todas partes, hasta reducirle al estado de parásito.

Ya todo el mundo sabe que con el destino no hay que andar con "*aquí las puse,*" porque es un señor testarudo, si los hay, que á todas nuestras súplicas hace oidos de mercader, y que no se le da un ardite de nuestras lágrimas ni de nuestros quejumbres; por cuya razon debemos dar mil gracias á Dios de que no nos haya predestinado para rotos, porque esta habria sido una desgracia mayor que pecar en cementerio.

Valga esto en descargo de las muchas cosas que los rotos hacen, y vamos al asunto.

Segun lo dicho anteriormente, los rotos pueden salir de todas las clases de la sociedad, y una vez en la suya propia, hacen todos ellos muy buenas migas, llevándose admirablemente el hijo del potentado con el del gañan, y el que nació en un palacio con el que vino al

mundo en una *acesoria*, formando una hermandad modelo, en que cada uno da la mano al que ve mas abatido, y en que todos se socorren mutuamente sin pararse en pelillos, dándose el caso de que el que descende de menos honrados padres venga á ser respetado por otros muy superiores á él en origen y condicion social.

Pero señor, ya llevo escritas mas de cuatro letras y todavía no puedo entrar en materia, porque me falta una definicion. Veamos de encontrarla.

—Roto es aquel individuo que vive á costa ajena..... N6, no me parece buena esa definicion, porque el roto se confundiria con todos los políticos de profesion, del presidente de la república abajo. Ensayemos otra:

—Roto es el que no tiene oficio ni beneficio.....

Mucho menos me gusta esta que la otra, porque se creeria que hablaba yo de los hijos de rico, de los literatos, (¡Dios me socorral) de los que hacen por sentar plaza de diputados, de los militares retirados á dispersos, y

de otras muchas personas apreciables que me merecen toda consideracion.

Busquemos por otro lado:

—Roto es..... el marido de la rota.....

¡Hombre, pues no mas eso me faltaba, meterme á gracioso cuando mi sufrido lector apechuga con todo lo que se me ocurre decirle! ¡Vaya! Que suelo tener unas cosas.....

A ver si ahora acierto:

—Roto..... roto..... roto..... Pero váyase al diablo la definicion, y quédese para la Academia Española, que las hace que ni pintadas; como aquellas que da de las palabras *idea* y *percepcion*, que sacan tanto de dudas como un *porque sí*, y la otra de *aguacate*, que dice que su hueso es un *manjar agradable*. ¡Hágase vd. el cargo! En premio de esta definicion daria yo á comer á su autor una docena de esos agradables manjares, para que otra vez no se metiera á escribir sin tomar, cuando menos, informes exactos sobre lo que escribe.

Dando por supuesta la definicion del roto, voy á entrar de lleno en el exámen de su vi-

da, para que mi muy querido lector salga al fin de la duda.

El roto se encuentra en todas partes.

Si vd. sale á pasear por la Alameda el domingo en la mañana, verá mezclados entre la multitud de *bellas y bellos*, un crecido número de individuos con apariencia de caballeros, que se pavonean con mucho garbo, dirigiendo miradas altivas al que pasa á su lado, sin atra- vesar palabra con alma nacida.

Llevan sombrero de seda, levita negra, chaleco segun la estacion, y pantalon de casimir, que no es precisamente del color mas de moda.

Sus botines están cuidadosamente barnizados, y su camisa quita la vista de blanca.

En la boca, precisamente, ostentan un enorme puro de perilla, que les viene de idem, para tener un aire distinguido, y sobre su chaleco reluce una gruesa cadena de reloj, que aunque no es de oro, lo parece mucho.

El puro está apagado *casualmente*, y á pesar de esto, el *roto* se lo quita de vez en cuando de la boca, siempre que pasa cerca de alguna muchacha de buenos bigotes, aparenta

tirarle la ceniza sacudiéndole con el dedo de en medio, y le vuelve á colocar en su sitio.

Es tal el aplomo del roto en todos sus actos, que la mayor parte de la gente se lleva un chasco soberano creyéndole persona decente é inofensiva; pero para distinguirle bastará fijarse en el cuello y puños de su camisa, que es lo único que de ella se le ve, porque lleva la pechera cubierta con el chaleco, que siempre es alto.

Los citados puños y el mencionado cuello, si no son de papel, cosa muy frecuente, deben dejar ver forzosamente algunas hebritas del tejido, que roto en los dobleces, se ha de haber convertido en sierra á fuerza de uso; aunque las mas veces el roto tiene cuidado de rasurar con las tijeras esas indiscretas hebras que pregonan la antigüedad de la camisa que en su poder nunca ha sido nueva.

La bolsa del chaleco, en cuya boca se introduce la cadena del reloj, denunciará al mas pequeño exámen un furtivo alfiler que impide que la repetida cadena salte á impulso de su propio peso, pues no habiendo reloj que la de-

vuelta  
indi-

tenga, va avergonzada de representar en público un papel que no es el suyo. Además, se verá que falta el bulto que el reloj debería hacer en el bolsillo, caso de que allí estuviera.

Los zapatos dejarán percibir, á pesar del brillante betun, las costuras no escasas ni bien disimuladas de un centenar de remiendos puestos en todos los puntos por donde hace tiempo que los dedos han querido salir á la luz, fastidiados de tener siempre una misma cárcel.

Y por último, el sombrero del roto tendrá ya ese lustre que dan la antigüedad y los muchos servicios; lustre que está muy bien á un guerrero ó á un sábio; pero que en un sombrero de copa alta es imperdonable.

La edad del roto varía desde los diez y nueve á los cuarenta y cinco años, y á proporción que va entrando en ella su exterior mejora muchísimo y sus tiros son mas certeros al bolsillo de los incautos.

El campo de sus hazañas es vastísimo, y donde quiera encuentra ocasion de sacar provecho.

Así como se ven varios individuos de esta

clase, se observan entre las elegantes y empolvadas hijas de México, otras hembras que vienen á ser el complemento del roto y constituyen su familia.

Estas hembras, sí que en poco ó nada se diferencian en traje de las que no son rotas, pues su vestido es de buen corte, de muy buena calidad y muy de moda.

Ellas son las que consumen la mayor parte de las utilidades del roto masculino, aunque si se ha de decir verdad, son su mas poderoso elemento de ganancia.

Pero para proceder con órden voy á hablar de esta especie de bichos, clasificándolos por sus estados respectivos.

Los rotos pueden dividirse en solteros y casados; así es que hablaré primeramente de aquellos, y despues de los que tienen familia.

## II.

El roto soltero es un viviente despreocupado y filósofo, que se pasa una gran vida unas

vuelta  
indi-

veces, y otras anda á la cuarta pregunta pasando mas hambres y recibiendo mas frios y aguaceros que el *Caballito de Troya*.

Su vestido es, por lo regular, comprado á algun criado de casa grande cuando el amo se lo da para que le use ó le venda; su calzado tiene una procedencia semejante; su comida casi nunca es igual á la de la víspera, ni en calidad ni cantidad, porque toma lo que le dan, y su habitacion pasa desapercibida para la generalidad de sus conocidos, con excepcion de los *de la clase*.

El roto soltero tiene sus lugares fijos para exhibirse, en los cuales saca algun provecho necesariamente; y son el café del Progreso y el del Infiernito, el Zócalo, la fonda de la Estrella y la del País, y los vestíbulos de todos los teatros.

Si va vd. á tomar un helado, chocolate ú otra cosa cualquiera al Progreso, se encontrará, cuando menos lo espere, con un individuo excesivamente amable y cortés, que le ofrece su cigarro para que vd. encienda el suyo. Es muy natural que vd. le dé las gracias por su

comedimiento, y esto dará ocasion al roto para entablar una conversacion sobre el mal servicio de aquel café, sobre lo destemplado de la estacion y sobre el Can-can que se baila muy deshonestamente en el Teatro Principal, (y es que el roto no va al teatro hace mil años, y no sabe que el baile citado fué prohibido por el excelente gobernador del Distrito D. Tiburcio Montiel.)

A propósito del mal servicio del café, contará á vd. que hace dos horas pidió una taza de chocolate, dando al mozo un peso para que se cobrara, y "esta es la hora" que no vuelve. Y lo peor de todo—añadirá—es que no se puso mas dinero en el bolsillo, y el pícaro del mozo le ha dejado sin blanca.

Guárdese vd., si tal cosa le pasa, de ofrecerle lo que va á tomar, porque no se hará desentendido al obsequio y aceptará incontenti por no desairar á vd.

Si el que se ve acometido por un roto se hace el sordo á sus indirectas del Padre Cobos, el susodicho empezará á apretarse las manos, á suspirar como si estuviera muy affi-

vuelta  
indi-

jido y á decir á media voz con muestras de grande angustia:

—¡Válgame Dios! ¿Qué haré ahora? ¡Qué suerte la mía!

Y otras mil cosas para provocar al que quiere explotar, á que le pregunte la causa de su afliccion; pero nada de esto, pues el macuco parroquiano del Progreso sigue tomando su chocolate muy tranquilo, comiendo á dos carrillos, sin que le importe un comino la cuita ficticia del prójimo que se lamenta delante de él.

Entonces el roto, viendo que está majando en *ferro frio*, se decide á hacer su demanda, acercando su semblante al del otro, quien percibe un olor muy pronunciado á *cura de pueblo*, proveniente del no mudarse la ropa en mucho tiempo.

—Señor, disimule vd. la confianza, pero no he comido á esta hora, y tengo una hermanita de siete años que está en el mismo caso que yo. ¿Quiere vd. hacerme el favor de *regalarme* una peseta?

Ante una peticion semejante, hecha por un

individuo que gasta levita, se siente cierto embarazo y da mortificacion negarse á satisfacerla, so pena de pasar por un hombre sin entrañas; así es que con todo y no querer hacerlo, saca el solicitado la peseta en cuestion y la da al solicitante de muy mal humor.

El roto la toma, y dando las gracias con efusion, sale del Progreso y se lanza á escape al teatro de América á gritar mucho y á pedir repeticion del baile al fin de la *tanda*.

Si puede hacerlo sin ser notado, se encaja al foro á charlar con Juan Martínez, y se queda así á la *tanda* siguiente.

Otros de ellos se acantonan en la entrada del Principal ó de Iturbide, para ver llegar la concurrencia y ser vistos por todos, y si alguno de tantos muchachos que van allí á vender cerillos y pedir *vueltas*, les ofrece un boleto por la mitad de su valor, le contestan que ya tienen; cuando lo que tienen de sobra es ganas de ver la funcion.

Comienza esta y el triste roto se pone á dar paseitos en el vestíbulo, dando tiernas miradas al interior y escuchando con amarga melanco-

vuelta  
o indi-

lía los acordes de la orquesta y las voces de los actores. Entre tanto se pone á leer el anuncio de la funcion siguiente que está cosido al cartel, ó habla con los cobradores de boletos, contándoles que espera á un amigo suyo que le dijo que le aguardara para entrar juntos.

Si los cobradores se descuidan un poco, se desliza al interior y ve la comedia por la puerta de algun palco ó en alguna de las entradas al patio.

En los entreactos, se introduce á las lunetas y dirige miradas protectoras á las plateas y las galerías: á las primeras, en busca de conquistadas, y á las segundas como teniendo compasion de aquellas *pobres gentes* que no pueden pagar la entrada á los departamentos de la gente decente.

Concluye la funcion y pasa una segunda revista á la concurrencia, retirándose despues á su casa, es decir, á algun cuarto inmundo en un arrabal, en donde no tiene mas muebles que la llave, que deja encargada en la vecindad á alguna vendedora de fiambre, que se retira á su casa tan tarde como él; un cordelito

atado á un par de clavos en un rincon del cuarto, que hace las veces de cómoda, baul ó ropero, porque en él cuelga la ropa cuando va á acostarse, y un petate roto que le sirve de cama despues que se queda en paños menores, sin mas cobertor que la atmósfera húmeda y pestilente, ni otra almohada que el brazo doblado.

Así duerme el roto, arrullado con el canto de los *mestizos* que habitan debajo del teclado de viguetas que forman el pavimento, y despierta temblando de frio y con el estómago *in albis*, cuando la aurora empieza á rayar por el oriente, y la primera luz se toma la libertad de colarse por las rendijas.

Esta es la peor categoría de los rotos; pues los individuos que pertenecen á ella andan siempre á salto de mata; se visten de dado, comen de idem, cuando comen, y se divierten de gorra, ya sea entrando á las diversiones públicas á la paloma, metiéndose cuando no son vistos; concurrendo á la Alameda y al Zócalo, ó simplemente á los cafés cantantes del Factor y Vergara, en donde oyen chillar á

vuelta  
indi-

aquellas deplerales cantadoras, y berrear los tres ó cuatro instrumentos de metal que forman la orquesta, acompañados de un detestabilísimo piano.

En los citados cafés sacan un doble provecho, pues á mas de oír la cencerrada, suelen recibir obsequios comestibles y *bebestibles*, de algun rancheron rico que viene á la corte á *darse una paseadita*, y que paga con un chocolate de á medio, una copa de vino ú otro agasajo de este jaez, la esmerada cortesía del roto que se pone á darle conversacion y á preguntarle qué le ha parecido México.

Al despedirse el roto de su ranchero, casi siempre le ofrece como suya una casa que esté situada en una de las calles principales, y no olvida, por fin de funcion, pedirle un peso prestado, diciéndole que se dejó olvidado el dinero al cambiarse chaleco; pero que al dia siguiente se lo mandará con un criado al cuarto número 4 del meson de Balvanera, en que está alojado el ranchero.

Este cree que la fortuna se le ha entrado de rondon en su casa por haber hecho amistad

con aquel caballero *tan catrin*, que le ha dicho que tiene varias haciendas y que puede disponer de sus intereses como de los propios, así es que se considera muy feliz en prestarle aquel peso, y siente en el alma que no le haya ocupado en mayor cantidad.

De esta manera, sin ninguna variacion, es decir, unas veces á pié y otras andando, recorre el feliz roto el camino de su desgraciada existencia, sin cuidarse del mañana, pues lo que le importa es el hoy, y esta lo pasa tan ricamente, merced á ese industrioso y espeditivo carácter.

El roto cultiva, indispensablemente, la amistad de algun barberillo de los que tienen su *Salon de aseo* en las calles de San Juan, Santa Catalina ó San Hipólito, y frecuentemente va á pasar allí las horas del dia en que no tiene en que divertirse.

De su amigo el barbero saca las mas veces el café de por la mañana, y suele tomar *algo* á la hora de comer cuando va el muchachito mandadero con la pertavianda; aunque es cierto tambien que desquita en algo estos servi-

cios, limpiando los sábados en la noche las lunas de los espejos, componiendo todos los días las lámparas de *gas líquido*, y afilando las navajas que prueba en sus carrillos para convenirse de que han quedado buenas.

Una que otra vez desaparecen de la barbería, un peine de goma quebrado, un jabón de rosa casi concluido, ó un número del *Monitor*, de la suscripción que toma el barbero, y al notar la falta, dice el *maestro* á alguno de sus ayudantes:

—Ya falta tal cosa!

—Sí señor—contesta el ayudante sonriendo—ya vd. sabe.....

—Sí—repone el barbero—se la ha de haber llevado Marcelino; está tan pobre!..... No le vaya vd. á decir nada.

El día menos pensado el roto sienta plaza de cabo ó sargento, se mete á cómico de la legua, ó simplemente se introduce de *comparsa* en alguno de los teatros de la capital, desempeñando alguna vez un papelito de cualquiera cosa, por un peso ó dos, de esos que en el tecnicismo teatral se llaman *volos*, y entonces el

roto ya es hombre de provecho, y dice muy orgulloso que viviría de su trabajo si los artistas fueran estimados; pero que en la actualidad es una verdadera desgracia ser hombre de génio.

Estas y mas peripecias tiene la vida del roto, y siendo un Periquillo en embrion, no es raro que en vez de cultivar las artes de Talía y del belicoso Marte, se dedique á la adoración de Mercurio haciéndose ratero de las iglesias y de los aparadores de las tiendas, yendo despues á formar parte de alguna gavilla que asalte la diligencia dentro de garitas; hasta que un día fatal la policía le echa el guante, y segun el delito en que fué aprehendido, va á dar á una prision por algunos años, ó *al palo*, en donde termina su azarosa carrera.

### III.

El roto casado es aun mas peligroso que el soltero, porque no se le conoce á primera vista, y es uno de tantos entes que viven sin sa-

berse de qué, y que son la resolucion viviente del problema mas intrincado de la vida humana: subsistir sin trabajar.

Este roto está relacionado con todo el mundo, y se da mas humos de gran señor que aquel amo desastrado que tuvo Lazarillo de Tormes, el cual se paraba en la puerta de su casa picándose los dientes con una paja, para hacer creer á los transeuntes que acababa de comer, cuando no habia probado migaja en veinticuatro horas.

Aunque este roto es menos emprendedor que el soltero, sus *banderillos* son mucho mas terribles que las de aquel porque son de mas importancia, pues no se reducen á sacar unos cuantos reales al primero que se presenta, sino que van mas allá de esto, costando muy cara su amistad al que la acepta.

El roto casado es hombre de sociedad, tiene muy finas maneras y trata con cierta familiaridad á todo el mundo. Es hombre de historia, y entre sus hazañas cuenta mas de una batalla contra el invasor extranjero; ha sido en diversas épocas prefecto político de mas de

un pueblo, ó ciudad de tercero ó cuarto orden; ha desempeñado comisiones importantes del gobierno, y sabe al palmo la historia de todos y cada uno de los *sopetecientos* presidentes que ha tenido la república mexicana, conociendo al dedillo su vida íntima, y siendo, por consiguiente, un tesoro inapreciable de anécdotas curiosísimas de cada uno de ellos.

Su conversacion es agradabilísima, y conoce á todos los antiguos amigos de la familia de vd., y le habla con minuciosidad de episodios que vd. creía ignorados de la generalidad.

Ea, ademas, un sumario de todas las noticias que dan los periódicos, sabe qué funcion se da en cada teatro y si la dama tiene relaciones con tal ó cual *pollo*, y si le cuesta tanto ó mas cuanto el lujo de esos amores teatrales. Desde su modesto hogar compone y arregla la administracion del país, y es el profeta mas atrevido sobre los *futuros contingentes* políticos, no dándosele nada porque sus predicciones salgan fallidas, merced á que los acontecimientos se verificaron de un modo diametralmente opuesto á su profecía.

Su primera pregunta al encontrar á cualquiera es: *¿qué hay de nuevo?* no porque quiera averiguarlo, sino para tener oportunidad de espetarle las noticias que él trae adquiridas ó forjadas conforme á sus deseos. Tiene, además, el mérito de ser siempre opositor con el de la oposicion y gobiernista con el que lo es, quedando siempre á las mil maravillas con todos los políticos, pues llama revoltoso y trastornador del orden á Porfirio, cuando habla con un *juarista*, y dice que Juárez es un déspota y un sultán insoportable, cuando se encuentra con un enemigo de la presente administración.

Hasta aquí, el roto en cuestion no aparece como hombre temible, pues las cualidades mencionadas le harían acreedor á lo sumo al título de *vividor*; pero tiene otro aspecto que es el que viene á caracterizarle mas perfectamente.

Vamos á verlo.

Don Crisanto—llamémosle así—es casado con una matrona de cuarenta y seis años que está muy conservadota y todavía da

tazo cuando se acicala, que es todos los días; no presentando gran diferencia con su hija mayor, que se llama Luz, y que parece mas bien hermana suya. La hija menor tiene diez y seis años y es una *polla* deliciosa con su colorcito *apastillado*, su sedosa y abundante cabellera de azabache y sus ojos traviosos y negros que son el martirio de la mayor parte de los amigos de la casa.

La mamá, Claudia y las dos niñas Luz y Sara son rotas por los *cuatro estados*, no por ser hijas de roto, sino porque sus costumbres las hacen acreedoras á la gran cruz de la orden.

Esta familia vive donde vd. quiera, y su casa es frecuentada por una docena de varones de todas edades, que hacen el oso unos á la madre, otros á las hijas, y otros quizá á las tres.

La casa de Don Crisanto es una continúa tertulia, pues los *interesados* concurrentes se empeñan en promover reuñoncitas familiares, á las que asisten tres ó cuatro familias de la

evuelta  
o indi-

misma estofa y que sirven de cebo á los tertulianos.

Un día dice Luz que seria bueno hacer un bailecito de escote, y al instante uno de sus amigos saca la cartera y cuotiza á los demas, encargándose de repartir comisiones.

—A Chucho—dice—le encargaremos que vea la música; á Alejandro que compre la estearina; á Rentería que se encargue de los caldos y á Perez que compre los pasteles y demas comestibles.

—No señor; ¡qué disparatel—interrumpe Don Crisanto.—¿Qué van á saber esos muchachos de comprar nada? Lo mejor será que reúna vd. el dinero y me lo entregue, que acá en casa arreglaremos todo con economía y se hará la cosa mas lucida, pudiendo bailar una horita mas con el mismo dinero.

¡Cómo le van á replicar á semejantes razones!

Así es que el susodicho recoge la cuota y la entrega á Don Crisanto, quien de acuerdo con su familia dispone el bailecito para en la

noche, gastando la octava parte del dinero y quedándose con el resto.

Otras veces no es baile, sino día de campo en San Angel; y en la casa de Don Crisanto se hace la comida al estilo del país, sucediendo con el dinero de los contribuyentes una cosa idéntica á lo del baile.

Al día siguiente de alguna de estas fiestas, los amigos van tempranito á la casa y se están recordando todos los episodios de la noche ó el día anterior; entre ellos y ellas critican á los concurrentes de su sexo respectivo tratando de ponerlos en ridículo, y de esa conversacion sale un nuevo proyecto para la siguiente semana.

La familia de Don Crisanto va por esas calles de Dios, vestida con un lujo escandaloso, y al verla creeria cualquiera que eran capitalistas ó cosa así, no teniendo mas capital que su carácter y su maña.

Siempre que se acerca un día grande, las niñas empiezan á hablar de los preciosos cortes que hay en los aparadores de la "Primavera," de la "Sorpresa" ó del "Sol;" de los

evuelta  
o indi-

magníficos aderezos de las joyerías; de las últimas primorosas castañas que vienen en "La Moda Elegante" y que Escabasse ha hecho admirablemente; concluyendo su enumeración por invitar á sus amigos á que vayan á ver todo eso.

Como ellos están deseando complacer á aquella seductora familia, para ver *si cae* alguna de las atractivas criaturas, aceptan con júbilo la invitación, y en un salto están en las calles de Plateros admirando los primores que han discurrido los inventores de la moda; y á la primera exclamación de las niñas, de que les gusta algo de lo que ven, los galanes se apresuran á decirles que pasen *al cajón* para que vean lo que escojen. Ellas no se hacen rogar mucho, y al día siguiente, el más interesado de los pretendientes ó el más sencillo, tiene que pagar una cuenta de ciento ó más pesos.

Si se trata de ir al teatro ó á algún baile, las rotas dirán, á la media para las ocho, que se les ha olvidado comprar guantes, y uno de los amigos volará, acto continuo, á traer una

caja de ellos: si la castaña de Luz está sin peinar, lo dirá Sara delante del adorador de su hermana para que este se precipite á llevarla á Escabasse, de cuya casa salió la montañita aquella de pelos, mediante diez y seis ó diez y ocho pesos: si Sara tiene deseos de ir á almorzar al Tivoli de San Cosme en donde cuesta hasta diez pesos el cubierto, Luz lo sacará á colación muy naturalmente, para que venga á renglón seguido el convite de alguno de los tertulianos.

A todas estas *indiscreciones* de las muchachas, la mamá ó el papá dirán cuando mucho, en tono de reconvención:

—¡Niña, aunque fuera ya!

A lo que la niña aludida contestará muy fresca:

—¡Eh! ¿qué tiene? Si yo no lo dije por eso: y *vale* que hay confianza.

El amigo que debe hacer el obsequio en cuestión se deshará en disculpas de la niña, manifestándose ofendido por aquella susceptibilidad de *los papás*, añadiendo que no merece ser tratado con tanto cumplimiento; á lo

cual los repetidos *papás*, responderán que la confianza tiene sus límites y que Luz ó Sara *de á tiro se privan*.

Entonces el galán obsequioso se pone serio, viendo que su Dulcinea se ruboriza, y pretende salir de la casa altamente ofendido; pero Claudia ó D. Crisanto le detienen y finjen dulcificarse aceptando el agasajo, únicamente porque el *amigo* no se ofenda.

Estas escenas se repiten casi todos los días, y al acercarse la "Noche Buena," D. Crisanto promueve indispensablemente el hacer *posadas* para recompensar con aquella pequeñez las mil atenciones de sus amigos íntimos.

En las dichas *posadas* se repiten en mayor escala las estafas que han tenido lugar durante todo el año, porque á cada uno de los tertulianos se le señala un día, en que tiene que echar la casa por la ventana *despulfarrándose* mas que el que *encendió* la noche anterior.

Por supuesto que lo único que hace el agraciado es desembolsar el dinero, pues todos los gastos se hacen por la familia de D. Crisanto de la manera económica que el bailecito y el

dia de campo; de donde resulta que al fin de diciembre tiene *la caja* de los rotos una *existencia* considerable que sirve para sacar algunas *prendas* que se mandaron al montepío para pagar al casero y la lavandera.

La familia de D. Crisanto es *enemiga de etiquetas*, por lo que le basta ver á otra *sola vez* para cambiar sombrillas ó abrigos cuando salen juntas; para pedirle prestada hasta la camisa, y para irse á comer sin que la conviden cuando menos se la espera.

Invita á cualquiera al teatro para que pague, y manda pedir platos, cubiertos, mantel y hasta el asador, cuando tiene convidados; porque su loza no está para que la vea la gente; y no es caso raro que todo aquello vaya á dar al montepío, careciendo de ello su dueño porque le da pena mandar á cobrarlo.

Una de las cosas indispensables para esta clase de rotos es el calendario, que consultan constantemente para estar al tanto del día de cada uno de sus conocidos, en cuyo día se instalan desde muy temprano en la casa del *colgado* y sin mas invitacion se quedan á comer,

evuelta  
o indi-

y piden vino para echar un pisto antes de la sopa y no salen de allí hasta las once de la noche, si es que no hay baile, pues si lo hay hasta se quedan á dormir.

La conversacion favorita de esta gente, es la buena educacion, la decencia, lo repugnantes y despreciables que son los chasquistas y otras cosas *tan fuera de su profesion* como las anteriores; y lo mas particular es que no se ruborizan al hablar de esto.

Siempre sacan á colacion con cualquier pretexto que fueron invitados á comer en la casa de Don Fulano de Tal, persona de las mas acomodadas y que ocupa un lugar distinguido en la sociedad, y cuentan que se tutean con el lucero del alba, para dar á conocer que están relacionados con la aristocracia.

Esta es poco mas ó menos esa plaga que por desgracia hay en nuestra sociedad, y creo que me he quedado corto al enumerar las gracias que la adornan.

¡Y díganme vdes. si no es una verdadera ganga el tener que escaparse de semejante

gentuza, cuando ella forma la gran mayoría de nuestra poblacion!

Indefectiblemente la sociedad está mas *rota* de lo que deberia, y no le vendria mal echarse un remiendo que cubriera sus *miserias*.

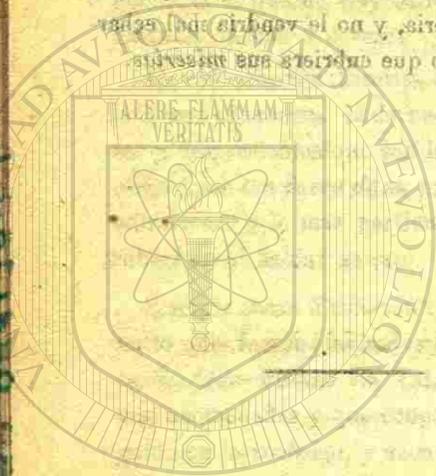
evuelta  
o indi-

ANIL

MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

generar, cuando ella forma la gran mayoría  
de nuestra población.  
Indefectiblemente la sociedad está más  
de lo que deber, y no la verdad es que  
es un remedio que cubren sus necesidades.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO

de este obrando a tolerar, cuando como  
un pez, y surtido en su gusto es un  
granito de azúcar que se le da a  
en mal tiempo y por concedidos varios  
en un día, cuando cuanto pretencioso y rabi-  
culta mesa, que yo a mi silencio me atenga  
lam sin nos de la facilidad con mis mal  
acomodadas fotografías.

Has de saber, lector amabilísimo, que esto  
de escribir para ti tiene tres bemoles, porque  
eres un señor muy delicado de paladar, y sue-  
les á veces no comulgar con ruedas de mo-  
lino.  
Escriban cuantos desatinos les vengan á las  
mientes, ciertos individuos que creyéndose el  
mismísimo Apolo, tienen la peregrina ocurren-

### PUNTOS SUSPENSIVOS.

evuelta  
o indi-

cia de creerte obligado á tolerar, callado como un pez, y sufriendo sin decir esta boca es mia, cuantas barbaridades quieren espetarte, ya sea en mal rimados y peor concebidos versos, ó en tan desaliñada cuanto pretenciosa y ridícula prosa; que yo á mi silencio me atengo, por ahora, y dejo de fastidiarte con mis mal aconsejadas *fotografías*.

Nada, en verdad, pierdes con esto, que si así fuera, gustoso haria el sacrificio de mis horas de descanso en aras de tu complacencia, para que no te vieras privado del placer, mucho ó poco, que de mis incorrectos escritos pudiera venirte; pero felizmente ni tú vendrás á menos en tu salud ó tu buen humor por la falta de mis artículos de costumbres, ni yo puedo continuarlos á causa de que otras ocupaciones que me darán, si no mas honra, sí mayor provecho, van á absorber todo mi tiempo.

Larga es la coleccion de artículos que á tu disposicion quedan en mi papelera; los que quizá otra vez, tendré la satisfaccion de ofrecerte, en un tamaño mayor, en mejor papel y por entregas adornadas de litografías, siem-

pre que hayan sido de tu agrado los pocos que hoy he puesto delante de tus ojos; así es que pide á Dios que los caminos se pongan expeditos en toda la república para que las entreugas susodichas lleguen con felicidad á su destino, y sobre todo ruégale, y con mucha fe, que me depare un editor filantrópico y humanitario que quiera partir conmigo las pérdidas y las ganancias, pues de lo contrario ni tú ni yo tendremos el gusto de volver á vernos estas caras de rosa.

Mientras esto sucede, te seguiré haciendo algunas visitas en verso en las columnas del "*Eco de ambos mundos*," ya que me ausento de las del diario que hasta hoy me ha llevado semanariamente como apéndice dominical; por cuya razon no temo que te olvides de mí al grado de no conocerme cuando vuelva á presentárteme *fotografiando*, á la *sombra*, las caricaturas que son tu *títtere* y el mio.

Me despido, pues, de tí, deseando que hayan servido, ó sirvan en lo sucesivo para corregir los muchos vicios de que adolece nuestra sociedad, los artículos que no con otra in-

atención he escrito; dejando para mejores dias,  
 el continuar su publicacion, á la que hoy pongo,  
 en vez del punto final, unos cuantos *puntos*  
*suspenivos.*

Hasta mas ver.

JOAQUIN GOMEZ VERGARA.

en este punto de vista, los artículos que se publican en esta revista, son de carácter informativo y de divulgación, y no de carácter científico. Por lo tanto, no se debe esperar que los artículos publicados en esta revista sean de carácter científico. Sin embargo, los artículos que se publican en esta revista, son de carácter informativo y de divulgación, y no de carácter científico. Por lo tanto, no se debe esperar que los artículos publicados en esta revista sean de carácter científico.

evuelta  
o indi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



